

Frases

y sucedidos

VIDA ANECDÓTICA

por un

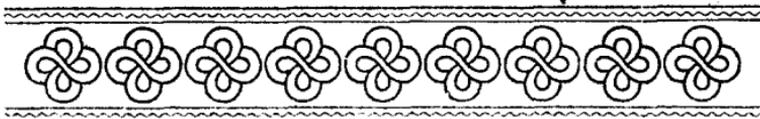
Coleccionador

AL LECTOR:

La impresión de este libro no tiene otro
objeto que el de recoger en él "frases y
sucedidos" ingeniosos unos y ocurrentes
otros, que se hallaban desperdigados y
que, encerrándolos en estas páginas, se-
rán algo así como una sección recreativa
que hará agradable y amena su lectura.

Si tal cosa hemos logrado, llegando a
interesar "*Vida Anecdótica*" a cuantas per-
sonas pasen la vista por estas páginas, no
para llorar, sino para reir, que tal es el úni-
co propósito que ha inspirado la publica-
ción de este librito, quedaríamos satisfie-
chos y altamente agradecidos
a la benevolencia
del lector.

INCÓGNITO.



“Vida anecdótica”

“Frases y sucesidos”

¡A TAL SEÑOR...!

Hará unos quince años, nuestro Rey Don Alfonso marchaba en automóvil desde Madrid a San Sebastián. Cerca de Miranda, en un paso a nivel, hubo de hacer una parada, y sintiendo apetito bajó del «auto» con uno de sus fieles amigos, que en aquella ocasión le acompañaba, y pidieron a la guardabarrera que les diese algo de comer.

Las provisiones de que allí se disponía eran muy modestas: apenas si fué posible preparar unos huevos fritos y acompañarlos con un poco de pan y dos vasos de vino. Al despedirse, el Rey dió a la guardabarrera dos monedas de a duro. Ya se disponían a reanudar la marcha cuando, de improviso, apareció una niña que se puso a gritar:

— ¡Viva Don Alfonso XIII!

Para la guardabarrera aquel grito fué una revelación, y corriendo hacia el «auto» gritó al Rey:

—Puesto que Su Majestad es Su Majestad, nuestro Rey, déme Su Majestad otros dos duros.

Y Don Alfonso, echándose a reir, pagó aquel descubrimiento de su incógnito.

CUESTION PROTOCOLARIA

Siendo el aplaudido autor D. Pedro Muñoz Seca presidente de la Sociedad de Autores, fué nombrado Su Majestad el Rey presidente honorario de dicha Sociedad.

Una Comisión de la Junta directiva fué a Palacio para llevar al Monarca un artístico pergamino con el nombramiento.

Su Majestad, que tanto se interesa por la literatura española en todos sus aspectos, acogió con gran benevolencia a los comisionados, que le hicieron entrega del título de presidente honorario, y con ellos estuvo examinando las firmas que llevaba el pergamino, y entre ellas figuraba una con rúbrica.

Uno de los autores, al ver que el Monarca se fijó en aquel detalle, dijo:

—Este no conoce el protocolo.

Y Muñoz Seca rápidamente intervino diciendo:

—Señor, este es que se ha proto... colado.

El Monarca no pudo contener la risa que le produjo la ingeniosa contestación de Muñoz Seca, y los demás autores tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no soltar la carcajada.

UNA LECCION APROVECHADA

Un bizarro capitán procedente de la clase de tropa, había obtenido sus ascensos por su bravura ejemplar en brillantes hechos de armas. Era bastante pre-

suntuoso de su cultura, que á todo trance deseaba adquirir rápidamente.

Un buen día llega a la puerta del cuarto de banderas un soldado y dice:

—¿Da usted su permiso?

—Permiso—replica el capitán.

—¿Da usted su permiso?—dice entonces el soldado.

Y el capitán entonces, con visible satisfacción al ver que ha corregido la viciosa pronunciación del soldado, le dice:

—Adrento.

TODO ES SEGUN EL COLOR...

En casa del senador D. Augusto Comas, se celebraba una comida a la que estaba invitado el gran novelista Alarcón.

Cuando ya los invitados no podían comer más, **entró** un sirviente portando magnífico pavo trufado. **Todos, con un gesto, se negaban a servirse, y al llegar a Alarcón, éste miró largamente la fuente y con pausado ademán apuntó en una tarjeta las señas de su casa, diciendo al criado:**

—Luego me lo llevas.

Ante las risas provocadas por sus palabras, el novelista, dirigiéndose a la señora de la casa con un ademán de perdón, exclamó:

—Lo que he hecho aquí puede ser una gracia: pero en mi casa es un pavo.

EL MAL GENIO DE RAQUEL MELLER

Raquel Meller tiene un genio insufrible. Todo lo que hay en su arte de femenino y de ingenuo, tiene de agrio en su carácter.

Requel tuvo una vez una tremenda pelotera con Ernesto Tecglen, el afamado autor varetinesco. Parece ser que la «diva» y el «cupletero» habían discutido por un quitame allá esas canciones. Pasaron los días. Y una buena noche presentóse Raquel en el saloncito de un teatro madrileño, donde discutían y charlaban varios autores del género frívolo. Entre ellos estaba Ernesto Tecglen.

La «diva» fué saludando, con un cordial apretón de mano, a todos cuantos en el saloncillo había. Es decir, uno solo escapóse al apretón: Ernesto Tecglen. Esto produjo entre los contertulios cierta expectación burlona. Y uno de los cupleteros le dijo así a Ernesto:

—¿Has visto Raquel, qué grosera?...

—Sí; ya me he dado cuenta.

—Ha saludado a todos; menos a tí.

A lo que contestó Ernesto Tecglen en voz alta para que lo escuchase con perfecta claridad la «diva»:

—Sí; pero no tiene nada de particular. Los loros mal educados, no dan la patita a todo el mundo.

UNA RECTIFICACION

Siendo Augusto S. de Figueroa director del «Heraldo de Madrid», se publicó en la sección de sucesos un suelto dando cuenta de que por haber sido cogido «infraganti» robando un reloj, había sido detenido un sujeto llamado Vicente Pérez.

Al día siguiente se presentó en la Redacción un sujeto reclamando una rectificación, pues llamándose Vicente Pérez no había sido detenido ni tenía la menor noticia del reloj hurtado.

Se le hizo comprender que con un nombre y un apellido tan vulgares no era extraño que abundasen los individuos que coincidiesen en tal extremo; pero el

reclamante se obstinó en que el periódico tenía obligación de rectificar, y así se le prometió.

En efecto, aquella noche el popular diario publicó un suelto que decía así:

«El Vicente Pérez que ayer fué conducido a la cárcel por intentar robar un reloj, no es ninguno de los Vicente Pérez que no metieron en la cárcel.»

¡PERO QUE ENTIERREN DOS!

Alejandro Dumas odiaba a los curiales, y vivía en la misma casa que él, en la época de su mayor esplendor, un escribano honradísimo, muy trabajador y tan caritativo, que murió en la más espantosa miseria. Dumas no sabía ni que existiese tal escribano, pues la casa era muy grande y había muchos vecinos.

Al morir el escribano no tenía la familia con qué enterrarlo, y acudió a un vecino del piso, el cual, compadecido, fué de cuarto en cuarto para ver si recogía alguna cantidad. Todos cuantos conocían al buen escribano dieron algo, y decidieron bajar a casa de Dumas, el cual los recibió muy cortés. Le expusieron el caso, le contaron lo bueno que había sido el escribano y le rogaron que contribuyese con algo. Preguntó que con cuánto habría bastante, y le contestaron que con cien francos.

Alejandro Dumas se levantó del butacón donde estaba arrellanado, fué a su mesa, abrió un cajón y les entregó doscientos francos, diciéndoles: «Ahí van doscientos francos; pero que entierren dos.»

LA GARRA DEL «TIGRE»

El ex-Presidente de la República francesa, Sr. Clemenceau, que tiene el título de médico, no ha desperdi-

ciado ocasión de bromear con sus colegas en la ciencia de curar.

Un día, en un camino de la Vendée, encontró el Sr. Clemenceau a un médico joven que llevaba al hombro una escopeta de caza.

—¿Dónde va usted, mi querido colega, con ese aparato?—le preguntó el «Tigre».

—A ver a un enfermo, señor Presidente.

—¿Pero no le basta a usted con las recetas?

El «querido colega» no perdonó al «Tigre» ese inocente zarpazo de su garra.

PRONTO LE MATÓ

Examinábase de Historia de España, en el preparatorio de Derecho y en la Universidad de Granada, el chispeante y gracioso malagueño D. José Carreño.

Entre el catedrático de la asignatura y el examinando, desarrollóse el siguiente diálogo:

Profesor.—Díganos el reinado del Rey visigodo Recaredo.

Carreño.—Re...recaredo fué... fué un Rey que... que dió va... varias batallas: unas las ga... ganó y otras las per... perdió y... y al fin se mu... murió.

Profesor.—Hombre, pronto le ha matado.

Carreño.—Co... como que... que hacía diez... diez mi... minutos que no sa... sabía que ha...hacer con él.

IGNORANCIA ENCICLOPÉDICA

Un nuevo rico muy conocido en Vizcaya, donde ocurrió el hecho que relatamos, había convenido con el director de un aristocrático Colegio, poner internos a sus hijos para el siguiente curso, y de su decisión dió conocimiento a un amigo suyo.

—Me parece muy bien -le contestó su amigo—; pero mientras tanto debe usted comprarles una Enciclopedia.

—¿Yo?—contestó el nuevo rico indignado.— Jamás les compraré eso; que se revienten y que vayan a pié, como fui yo cuando tenía su edad.

Había creído que se trataba de una marca de automóviles.

SIGUE. QUE TE DEJO

Un ingenioso escritor, al que la fantasía suele inspirar las más pintorescas exageraciones, refería en una tertulia de café, presidida por Jacinto Benavente, historias tan graciosas como inverosímiles, fruto de su caudalosa imaginación. Los oyentes fingían creer aquellos estupendos relatos; pero hubo momentos en que la credulidad se resistió, y un murmullo entre asombrado e irónico, se extendió por el corro. Lo advirtió nuestro hombre y apeló a un recurso que solía darle buen resultado.

—Aquí está Benavente—exclamó—, que conoce el caso y no me dejará mentir...

Pero el glorioso dramaturgo, con toda suavidad, se apresuró a tranquilizarle diciéndole:

- Sigue, sigue, que te dejo..

LE HA PARTIDO A USTED POR MEDIO

Un escritor muy conocido y cuyos libros se venden como pocos, acababa de publicar un nuevo volumen. El crítico de un gran diario se ocupó de él y le juzgó severamente, llegando a decir que aquello era un esperpento deleznable.

El autor se encontró con don Ramón de Valle-In-

clán, gran amigo del crítico, y se lamentó de la forma en que era tratado.

—Ya ve usted maestro—le decía—. No solo escribe que no sé sintaxis, sino que me llama bípedo.

—¡Hombre! ¿Le llama bípedo?

—Sí, señor. Y eso no puede tolerarse.

—¡Claro, hombre, claro!—replicó Valle-Inclán, muy seriamente—. ¡Como que le ha partido a usted por la mitad!

EL INHALADOR DE SAGASTA

Los catarros de D. Práxedes, que se hicieron célebres en los anales de la política española, no constituían los únicos estados patológicos que tan oportunamente suspendían la actuación del ilustre personaje ya en el Parlamento, ya en la gobernación del Estado.

En las intimidades de su casa tenía también lesiones repentinas, que le libraban de muchas impertinencias.

Hallábase un día en el comedor de su casa un periodista conversando con el entonces presidente del Consejo, cuando le anunciaron la visita de un ex-ministro con quien indudablemente no tenía muchas ganas de conversar.

Antes de recibirlo ordenó al criado que encendiese la lamparilla de un inhalador, y comenzó a aspirar las inhalaciones del aparato, ordenando antes que pasase el visitante.

—¡Hola, Marqués!—dijo al recién llegado entre aspiración y aspiración—. Aquí me tiene usted fastidiado por orden del médico. ¡Una hora he de estar tomando inhalaciones!

Aunque el ex-ministro parecía tener necesidad de hablar largo y tendido, asustado ante tan larga espera se despidió inmediatamente.

Apenas desapareció retiró D. Práxedes el aparato y exclamó dirigiéndose al periodista:

—No hay mejor secretario para espantar visitas que un inhalador utilizado oportunamente.

UN BUEN CONSEJO

Consiguió el gran periodista Adolfo Suárez de Figueroa que Ramón Melgares, fuese encasillado para la elección de diputados a Cortes por un distrito andaluz. Se buscó un distrito en que no hubiera que gastar dinero, por la poderosísima razón de que Melgares no lo tenía y no podía luchar con esas armas. Contra lo previsto, cuando ya estaba en el terreno de la lucha el candidato oficial, apareció un inesperado candidato de oposición con los bolsillos repletos de billetes.

Un día recibió Suárez de Figueroa el siguiente telegrama:

«Mi contrario paga los votos a duro. ¿Qué hago? Y el ingenioso protector contestó lo siguiente:

«Tomar tu duro y venirte a casa.»

EL EGOTISMO DE CASTELAR

Al acabar Castelar uno de sus discursos, generalizador y panorámico como todos los suyos, pero en el cual había destacado su acendrado egotismo, se levantó a contestarle Martos, que en la oratoria representaba el sentido clásico. Y molesto por el abuso de la definición en «yo» que empleaba Castelar, le dijo:

—El señor Castelar es tan egotista que, en una boda, quisiera ser la novia, en un bautizo el recién nacido, y, en un entierro, ¡el difunto!... Siempre, el centro del mundo.

A Castelar le molestaron tanto estas palabras, que durante mucho tiempo procuró «meterse» cuanto pudo con Cristino Martos.

MI MUJER VA A REMO

A Frasquito «el del Trinquete», lobo de mar popularísimo en Huelva, se le murió la mujer, y el pobre, con la aflicción natural, acudió a la funeraria a contratar el entierro.

—De lo más barafito, don José de mi alma—le dijo «el del Trinquete» al dueño de la tienda, que era hombre apegado a su negocio y con mucho amor a las pesetas—; de lo más baratito, que llevo una temporada «varao» y este bandazo ha «acabao» de desarbolarme.

Discutieron mucho Frasquito y don José, y por fin convinieron en que el entierro sería de infima clase y costaría ocho duros. Mas cuando el marinero salía ya de la funeraria, el dueño de ésta le llamó de nuevo para decirle:

—Te advierto, Frasquito, que en los ocho duros no pueden entrar las velas

—Déjelo, don José—replicó acongojado «el del Trinquete»—que mi pobrecita mujer va a remo.

¿ESTA CASADO?

El Sr. Portela Valladaras, fundador e inspirador de «El Pueblo Gallego», de Vigo, consagraba a dicho periódico una gran atención y un gran entusiasmo, y durante los veranos que pasa el ex-ministro de Fomento en aquella ciudad gallega, no deja de ir ni un solo día para intervenir directamente en todos los asuntos.

Hace pocas semanas dos inteligentes redactores

del periódico, los señores Casado y Téllez de Meneses, incurrieron en el enojo—desde luego cordial—del Sr. Portela Valladares. Este llamó primeramente a Téllez de Meneses, y después de hacerle una amistosa reprimenda que azoró mucho al camarada, le dijo:

—¡Váyase a trabajar y haga méritos para que se le suba el sueldo!

Y luego de una pausa, agregó:

—¿Está Casado?

—No, señor—contestó Téllez, muy sofocado—; ¡pero en cuanto usted me suba el sueldo me casaré con una novia que tengo, lindísima!

EL CONDE DE BURGOS

Hay en Burgos un pintoresco señor, don Angel Conde, muy conocido por sus folletos, que prodiga en cuantas ocasiones puede.

En cierta ocasión, hallándose en Madrid, llevó unas cuartillas a «Nuevo Mundo». Preguntó por el director, y le dijeron que se hallaba reunido con los señores Campúa y Verdugo despachando cuestiones urgentes que le impedían recibir al visitante.

Pero este insistió en que se le anunciara,

—Y ¿a quien anuncio?—preguntó el portero.

—Al señor Conde, de Burgos, para una cosa urgentísima.

Le hizo pasar el director y le preguntó entonces:

—¿Es usted el excelentísimo señor Conde de Burgos?

—Sí, señor, Soy Conde de apellido y natural de Burgos; pero aún no tengo tratamiento de excelencia.

El director de «Nuevo Mundo» se apresuró a decirle:

—Pues entiéndase usted con este señor.

Y, presentándole a Verdugo, añadió.

—Aquí tiene al señor Verdugo,.. de Sevilla.

UN MERITORIO DE MERITO

El gran actor Paco Morano, aceptó en su compañía, a regañadientes, por puro e ineludible compromiso, un meritorio del que quiso deshacerse cuanto antes. Para ello le dió un papelito insignificante: un crfado que sólo tenía la misión de anunciar una visita; ¡pero qué visita!... La de un personaje alemán que figuraba en la obra y cuyo apellido, de difícil pronunciación para cualquiera, resultaba impracticable para un muchacho novato que ha de decirlo la primera vez que se asoma al escenario y ve al público cara a cara.

Así lo esperaba Morano. Tenía descontada la turbación, el fracaso y el pretexto para el despido.

El pobre muchacho repasaba las letras del endiablado nombrecito alemán, en que bailaban las «kas», las «ges», las «erres» y las «haches», y se le abrían las carnes pensando que tenía que emitir todos aquellos sonidos en el instante de aparecer en escena.

Llegó el momento. Se abre la puerta y aparece el crfado. Morano se regocija pensando en que el meritorio tiene que decir: «Señor, ahí le espera el señor... etc.»

Pero el muchacho no dice eso y la escena se representa, improvisada, de la siguiente manera:

—Señor, ahí le espera un caballero.

—¿Cómo se llama?

—No me lo ha dicho.

—Pregúntale su nombre.

Salió el muchacho y volvió inmediatamente.

—Dice que sólo se lo puede revelar al señor...

A la terminación del acto, Morano dijo al meritorio:

- Desde hoy gana usted cuatro pesetas.

EL INGENIO DE UN ACTOR

Hizo su presentación en un teatro de la Habana el actor Valeriano León, y la Empresa le había anunciado como el más gracioso de los actores españoles.

Se ponía en escena «El pobre, Valbuena». El teatro estaba lleno de público. Salió Valeriano León; se representó el primer cuadro, y ni un aplauso ni una carcajada: había sido tan grande el reclamo que los espectadores aguardaban algo que arrancase la risa a torrentes.

Al comenzar el segundo cuadro, apenas hubo pisado el escenario León, en la galería rompió a llorar un niño de manera estrepitosa.

Y León, entonces, adelantándose a la batería y dirigiéndose al nene, dijo:

—¡Cállate, rico que ya me voy!...

La ovación que recibió fué enorme, y desde aquel momento se conquistó el favor del público, llegando a ser su actor predilecto.

PARA SEPTIEMBRE

Se celebró en una capital castellana una becerrada que se hizo famosa, pues a causa de una interpelación en el Congreso consiguió el diputado señor Arroyo que fuera destituido el gobernador, que, con el nombre de «El Chico de Criptana», había toreado a un becerro.

En la becerrada tomaba parte también un catedrático auxiliar del Instituto, muy popular entre los alumnos a causa de los suspensos que prodigaba.

Ni que decir tiene que en la plaza estaban los chicos del Instituto, deseosos de meterse con su profesor.

Este corría desolado tras el becerro, sin lograr acabar con él.

De pronto se oyó una voz que procedía de un tendido:

—¡Déjalo para Septiembre!

Una carcajada resonó en la plaza, y el catedrático, avergonzado, se retiró a la barrera.

LIN TENOR EXCEPCIONAL

Siendo comisario regio del teatro Real el duque de Tovar, le recomendaron un tenor varios amigos, asegurándole que era un verdadero portento.

A los ruegos de los recomendantes no podía negarse el duque, y accedió a que el tenor cantase una tarde ante un reducido número de personas.

Cantó el tenor el aria de «La bohème»; pero la voz que habían ponderado tanto no se oyó en la primera fila de butacas.

Intentó el tenor repetir el aria, pero con el mismo resultado: no se le oía.

Entonces el duque de Tovar, dirigiéndose a uno de los que le habían recomendado al cantante, dijo:

—Es inútil insistir. Se trata de un tenor confidencial.

LIN DIALOGO

Nos parece estúpido y cruel burlarse de los sordos. Pero si la sordera de Beethoven dió lugar a anécdotas que a él mismo le hacían sonreír, creemos que, con el debido respeto, podemos referir lo ocurrido entre dos ilustres literatos españoles que como el músico genial, son también sordos.

Protagonistas: Linares Rivas y Pérez Lugin. Lugar de la acción: una ría de Galicia.

Linares Rivas lleva a hombros una caña de pescar.

Y se encuentra con Pérez Lugin, entablándose el siguiente diálogo:

—¿Qué?... ¿Va usted a pescar?

—No. Voy a pescar.

—¡Ah!... Creí que iba usted a pescar.

EL NOMBRE DEL PADRINO

En Granada, a la hora del crepúsculo, Don Alfonso XII, acompañado del duque de San Pedro de Galatino y otro ilustre prócer, se detiene, envuelto en su castiza capa española, ante el atrio de una iglesia, donde una pobre mujer llora, apretando en sus brazos una criatura.

—¿Por qué lloras?

—Porque llevo tres días pidiendo al párroco que me bautice a mi hijo, y como no traigo el dinero preciso no quiere bautizármelo.

—Pues no llores y vuelve mañana a las once, que te bautizarán al pequeñuelo.

Ordenó el Rey al duque que encargase en aquella iglesia un bautizo solemne, con gran iluminación y órgano, un verdadero bautizo principesco, y a la hora fijada, el Rey y sus acompañantes, llegaron al templo, donde a la puerta aguardaba la mujer de la víspera.

--¿Cómo no pasaste?

—Porque me han dicho que aguarde a que termine un bautizo muy grande que van a celebrar ahora.

—Ese bautizo que van a celebrar ahora es el de tú hijo. Ven con nosotros.

La pobre mujer, atónita, penetra en la iglesia tras aquellos hombres, y entran en la sacristía, donde el párroco, preparado para la ceremonia, no puede ocultar su cólera al saber para quién está destinado aquel bautizo de extraordinaria pompa.

Los tres hombres permanecen en un rincón de la

estancia, manteniendo el incógnito, mientras el cura va trasladando al libro de Registros las anotaciones de ritual.

Al llegar a la pregunta: «¿El nombre del padrino?», la mujer vuelve sus ojos al grupo de los tres embozados, que cuchichean en su rincón, poniéndose de acuerdo. La voz del párroco se deja oír de nuevo, mientras su mano diestra descarga sobre la mesa de escritorio un fuerte puñetazo.

—¿No han oído que pregunto el nombre del padrino?...

Lentamente, rompiendo el grupo y bajando con majestad el embozo de su «pañosa», avanza un caballero, que dice con voz clara y suave:

—Alonso, XII. Rey de España.

En el libro Registro hay una gran mancha de tinta, y una letra distinta a la que precede, apunta con trazos desiguales: «Por defunción repentina del cura párroco (aquí el nombre) continúa la inscripción de esta partida el coadjutor de la parroquia». etc. etc.

GROSERIA CATALANA

En cierta ocasión un alto empleado de un ministerio—de esos que ascienden a fuerza de años y paciencia—fué, en misión oficial, a dar una conferencia en determinada entidad barcelonesa. Se trataba de explicar el alcance de un Real decreto.

El infeliz estuvo muy mal.

Y Aguilera—el secretario de la Cámara de Comercio, recién fallecido—discutió con él acaloradamente.

—Ha dicho usted una sarta de tonterías.

A su regreso a Madrid, el alto empleado dijo al ministro:

—Me han llamado tonto.

Y el ministro le replicó:

—Me lo figuraba. Esos catalanes son tan groseros que llaman las cosas por su nombre.

¡COMO PASA EL TIEMPO!

Baldomero Gili Roig, el notable pintor catalán, recibe un día en su estudio de Barcelona la visita de una «troupe» de gitanos, que caen en el salón como un alud para ofrecerse como modelos.

Preside la «troupe» un gitano de luengas barbas, y Gili Roig no pierde de vista a los chiquillos de la cuadrilla, que se dedican, con intención perversa, a curiosear por los rincones del estudio.

—¿Vosotros habéis «posado» alguna vez?

—¡Andal—dice el gitano de las luengas barbas—. ¡Pos ya lo creo! Yo he servío de modelo pa un santocristo que hay en mi pueblo, y ésta—aquí señala a una gitana mustia—, ésta ha sío ya tres vese Virgen.

—¿Y quién os pintó?

—Un tar Muriyo e Seviya.

—¡Pero hombre—dice con una sonrisa Gili Roig—, si Murillo murió hace doscientos años!

Y el gitano con una cara de asombro que no es para descrita, le dice a la gitana vieja sin inmutarse.

—¿Has ódo, chiquiya? ¡¡Cómo pasa er tiempo!!

MÉDICO Y MARINO

Don Amalio Jimeno, médico distinguido y ex-ministro de Marina, acostumbra a tener en Cestona, de cuyo balneario es director, una tertulia muy animada de bañistas.

Hace pocos años, se hablaba de política y alguien le mostraba su extrañeza por el hecho de que, siendo

médico su profesión, hubiese sido dos veces ministro de Marina.

—Es natural, replicó D. Amalio con su afabilidad habitual. Usted ignora que soy hace 40 años médico de aguas, y de ahí provienen mis conocimientos marfí-timos...

LO QUE PONE CADA UNO

En un viaje realizado por D. Jacinto Benavente por los Estados Unidos, un archimillonario yanqui, gran admirador del ilustre dramaturgo, le dijo:

—Me admira que tenga usted que pensar tanto lo que escribe. Yo, en media hora, dicto toda la correspondencia a mi secretaria. No necesito ni decirle dónde hay que poner puntos y comas. Ella lo pone todo.

Y D. Jacinto, con su fina sonrisa, contestó:

—Cada uno pone lo que puede.

¡PARA UN SOBRE!

Cierto profesor muy ilustre de la Facultad de Medicina de Madrid, actuaba de examinador de Terapéutica, asignatura en la que es muy frecuente oír los más tremendos disparates. A uno de los que se examinaban, harto de hacerle preguntas con resultado negativo, para salvarle del suspenso, le dijo:

—Si me receta usted bien un sello para un dolor de estómago agudo, le apruebo.

El estudiante vió el cielo abierto, y muy decidido formuló de viva voz:

—Magnesia calcinada, sesenta gramos; creta preparada, ochenta; bicarbonato de sosa, ciento veinte...; mézclese para un sello.

Y el catedrático, con su sorna habitual, dijo:
—¿Y no le parece a usted mejor para un sobre?

MILAGRO DE LA DIALECTICA

De vuelta a su lugar cierto jóven estudiante muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más agudo que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato, escondió uno con ligereza. Luego preguntó a su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

El padre contestó:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano diciendo:

—¿Y ahora cuántos hay?

El padre volvió a contestar.

—Dos.

—Pues entonces, replicó el estudiante, dos que hay ahora y uno que había antes suman tres.

Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo, se quedó atortolado y no atinó a desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos: pero la dialéctica especulativa y profunda, le inclinaba a afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se lo comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago;

—El tercero cómetelo tú.

UN RASGO DEL REY

Entre las siempre interesantes *impresiones* del ilustre publicista señor Sangro y Ros de Olano en la gran revista *Renovación Social*, de Oviedo, hallamos el siguiente «sucedido», que pinta a nuestro Soberano de cuerpo entero:

«Por la carretera del Pardo marchando hacia Madrid se detiene un automóvil ocupado por el Rey de España. Una ligera avería obliga a hacer la parada.

En la misma dirección viene un obrero andando fatigosamente. Ha sido dura la jornada y es grande el cansancio.

Al llegar al automóvil y sin reconocer al dueño, exclama con voz suplicante: «Señorito, tiene usted cara de bueno. Si no le importara a usted dejarme en casa, se lo agradecería «la mar» Vengo, que no puedo con mi alma».

Sonríe el Soberano y dice: «Súbete». Y reparada la avería, conduce el mismo el auto, que se detiene en una modesta casa de los Cuatro Caminos.

«Muchísimas» gracias y que Dios se lo pague, dice el obrero al despedirse.

Y el españolísimo Monarca le alargaba la mano y deja al muchacho petrificado con estas palabras:— Que descanses chico, y en Palacio tienes tu casa»

Ningún fotógrafo ha podido reproducir la escena «tan social» que me complazco en referir, respondiendo de su autenticidad.

«¡ANCOJATE!»

Lagartijo el grande tenía, como todos los toreros, sus protegidos. Cierta paisano suyo consiguió por su recomendación torrear una novillada en Madrid. El pri-

mer toro del muchacho fué un verdadero «pregonao»; no había forma de matarlo, y el tiempo pasaba y los avisos se sucedían, sin que el toro se despegase de la barrera, precisamente debajo de donde se hallaba instalado Lagartijo para presenciar las proezas de su recomendado.

Sudaba éste gotas como limones viendo que le encerraban vivo el toro; de vez en cuando y a cada nuevo ataque fracasado, alzaba los ojos el maletilla y miraba con angustia a su padrino el gran Rafael, como pidiéndole consejo, Rafael, medio se incorporaba en su asiento y decía invariablemente:

—¡Ancójate!... ¡Ancójate!...

El maletilla, aunque no se explicaba la razón por la que le recomendaba el maestro aquello de «encogerse», se doblaba materialmente ante el toro y tornaba a pinchar, hecho un verdadero acordeón de encogido que se ponía.

Ya en la fonda, y consumado el fracaso del protegido, Rafael fué a visitar al pobre ahijado. Con mal gesto le dijo:

—Pero, «esaborio» ¿por que no hiciste lo que te mandaba? Si te hubieras «ancojido» no te habrían encerrado el toro.

El maletilla repuso:

—¡Pero si estaba ya hecho una pasa de tanto que me encogial...

Y Rafael, airado, replicó:

—Lo primero en er mundo es sabé hablá, hasta pa ser torero; te decia que te «ancojias», ¡vamos, que te hicieras el cojo y te fueses pa la enfermería, porque aquel bicho no lo matabas tú ni en un semestre!

UNA CURIOSA RECTIFICACION

En las pasadas Cortes y al comienzo de una sesión en el Congreso, se levantó a hacer uso de la palabra D. Felipe Lizcano.

«Ayer—dijo—, rindiendo homenaje a la elocuencia persuasiva del ministro de Instrucción Pública. Sr. Salvatella, dije que estaba dotado de un verbo magnífico y seductor. Ahora bien: el «Diario de Sesiones» me hace decir que estaba dotado de un «vientre» magnífico y seductor.»

La Cámara se vió atacada de un acceso de hilaridad y todas las miradas se fijaron en el abdomen inexistente del ministro.

Subió de punto el regocijo cuando el presidente, Sr. Villanueva, muy sonriente, contra su costumbre, dijo:

«No ha lugar a rectificación.»

¡NO LE DESPIERTES!

El conde de Romanones, nombrado por primera vez ministro de instrucción Pública, quiso comprobar por si mismo la asiduidad del departamento de que era titular.

Acompañado de su leal secretario el simpático Manuel Brocas, entró en un salón. No había nadie. Entra en otro y lo mismo, y así en los sucesivos hasta cuatro.

Por fin, en un despacho había un empleado durmiendo con los codos apoyados en la mesa.

Brocas intentó sacudir al durmiente para que despertara: pero el conde de Romanones le detuvo, diciendo:

—No, no lo despiertes, porque si lo haces se marchará también.

UNA FRASE DE DUMAS

Era en 1875. Alejandro Dumas, hijo, hacía esfuerzos inauditos por no reír ante un lienzo que representaba el retrato de una dama delgadísima con un hermoso perro a sus pies (¡y aún no se había inventado el dadaísmo!)

—¿Qué es eso?—le preguntó una señora.

Y acercándose al oído de la dama:

—¿Eso? Pues un perro que guarda un hueso.

LA INDECENCIA DEL SOL

Regresaba al amanecer de cierto día a su domicilio un grupo de escritores entre los que se encontraba aquel notable poeta que era D. Manuel del Palacio. Caminaban por la Calle de Alcalá, y el sol naciente, hirriéndolos en los ojos, los molestaba en su marcha.

Uno de ellos exclamó:

—¡Este sol es un indecente!...

Y Manuel del Palacio le replicó, rápido:

—¿Ahora se entera usted?... No hay más que ver a las horas que se levanta!...

UNA DEDICATORIA

Un autor muy conocido en aquellos tiempos en Madrid, rogó a Narciso Serra que le dialogase, en verso, una zarzuela cuyo argumento le daba, pagándole la versificación y estrenando él la obra a su nombre.

Dialogó Serra la zarzuela, cobró, se estrenó y gustó mucho. Un día estaba Serra, que era un militar muy entusiasta, en el Ministerio de la Guerra para un asunto del servicio, en la antesala del ministro.

Sobre un velador había un tomo de comedias. Serra, por pasar el rato, lo empezó a hojear, y vió entre ellas la dialogada por él, que estaba dedicada por el que se la pagó a la señora del ministro.

Entonces cogió la pluma y escribió debajo de la dedicatoria la siguiente cuarteta:

Si la comedia es francesa
y los versos míos son,
¿qué dedica ese... ladrón
a la señora duquesa?

LA AMIGA DE DON AMADEO

Don Amadeo de Saboya, durante su breve reinado, no fué hombre capaz de resistirse a los encantos de las madrileñas. Una lo cautivó, y en un pisito de la calle de la Princesa, entonces poco edificada y menos concurrida, estableció la pareja su blando nido de amor.

El Rey, de riguroso incógnito y con toda clase de precauciones, iba con frecuencia a visitar a su linda apasionada, seguro de no ser visto; pero no contaba con la curiosidad de los vecinos, mejor dicho, de las vecinas, que son capaces de inventar una aventura, y mucho más de descubrirla cuando la hay.

Una de estas vecinas, la del cuarto contiguo, se dió cuenta muy pronto de la augusta condición del oculto visitante, y abrasándole el pecho el secreto, quiso que, por lo menos, los interesados supiesen que estaban descubiertos. Y no se le ocurrió cosa mejor que la siguiente travesura:

Cuando se aproximaba la hora acostumbrada de la visita, adosó el piano a la puerta del piso y esperó, y al oír los pasos firmes, aunque cautelosos, del Rey, atacó las vibrantes notas de la Marcha Real.

Oír Don Amadeo el himno nacional y echar a correr escaleras abajo, fué todo uno.

Al día siguiente se mudó la bella inquilina a una calle todavía más apartada.

¡DICHOSO USTED. QUE...!

Era embajador de España en París el Sr. León y Castillo, y estaba una tarde en uno de los círculos más elegantes de la gran ciudad del Sena, despidiéndose de sus amigos, a quienes había anunciado que venía una temporada a España.

Encontró el que poco después había de ser marqués del Muni en uno de los salones del Club, a un viejo diplomático inglés, sir John Gray Litle, devotísimo de las bellezas de nuestra Nación, por donde había viajado mucho, y entusiasta de Andalucía, en la que había vivido y de la que siempre hacía fervorosos elogios, recordando la feria de Sevilla, el carnaval de Cádiz, el Corpus de Granada, y tantas otras fiestas famosas de Málaga y Córdoba.

Preguntó el inglés a nuestro compatriota que a qué puntos de España se dirigía, y al responderle el Sr. León y Castillo que a Madrid, Andalucía y Canarias, le atajó sir Gray Litle con viveza, diciéndole:

—¿A Andalucía? ¡Dichoso usted que va a la tierra donde las mujeres tienen los ojos más grandes que los pies!

EL TEN CON TEN DEL GENERAL

Hubo en las postrimerías del régimen español en Filipinas, un generalote, gobernador militar de Mindanao, que necesitó entenderse con los manejos revolucionarios indígenas. Hizo el buen señor lo que

pudo, y, dirigiéndose al general en jefe para explicarle sus procedimientos, le escribió:

«Por aquí las cosas siguen normalmente. En cuanto me entero de que algunos jefes moros se reúnen en secreto o tienen tratos con gente sospechosa, meto en un castillo a unos, hago que a otros los muelan a palos o que sus mismos compatriotas los ahorquen o fusilen. Así, con este ten con ten, gracias a Dios, se conserva esto como una balsa de aceite.»

¡LA HORA!

Se estrenaba en el teatro Eslava, de Madrid, una opereta interpretada por la Compañía de Ramón Peña, y en cuya representación tomaban parte, además del gracioso actor, Dionisia Lahera y Rafaelita Haro, que desempeñaban los principales papeles.

Era pesada la opereta, francamente inaguantable, y el público se revolvía nervioso en sus asientos sin poder protestar tampoco, pues la obra no era ni siquiera lo suficientemente mala para meterle los pies.

Así llegaron hasta el tercer acto, en que había una escena entre Rafaelita y Dionisia Lahera, que llegaba tras otras varias aburridas y sosas. Y un espectador—levantándose de su butaca y requiriendo abrigo y sombrero— se puso en pie, diciendo:

¿Lahera? ¿La Haro?... ¡La hora!

Y salió entre una carcajada del público, que puso fin a la obra y al tormento de los oyentes.

UNA FRASE FELIZ

Se hallaba D. Jacinto Benavente ensayando una de sus comedias en uno de los principales teatros madrileños, cuyo empresario, hombre rudo y campecha-

no, encontraba siempre incomprensibles las sutilezas del glorioso autor.

Una de las tardes de ensayo se encontraron en el vestíbulo del teatro el empresario y Benavente.

—¿Qué tal va, amigo? —exclamó el empresario—.

¿Trabajando, como siempre, en esas traducciones del inglés que nos trae aquí y que son tan bonitas?

Mordióse los labios D. Jacinto y replicó en el acto.

—Y usted en su vida «ordinaria», ¿no?

Y el aludido respondió sonriendo:

—¡Como siempre!

POR NO SENTAR EL PRECEDENTE

En el antiguo Fornos (Madrid), se reunía por las tardes con el Sr. Garay un escritor incomprometido, al que el ilustre político conservador—uno de los pocos comprensivos que en su camino encontrara el literato perseguido—convidaba a diario a café con algo nutritivo, generalmente una «media de abajo».

Cierta tarde entró radiante de satisfacción el escritor: ¡ya empezaba a hacerse justicia! Había logrado cobrar un artículo enviado a una revista literaria y mostraba orgulloso a su amigo seis brillantes alfonsinos.

Garay, que se hallaba tomando su taza de café, le dió sus parabienes, y mientras el «nuevo rico» se disponía a pedir un bifté con patatas, recordó aquél que tenía un quehacer urgente, y por no entretenerse le dijo al incomprometido, aprovechando la ocasión de hallarse con dinero su diario convidado:

—Haz el favor de pagarme el café, que tengo que salir urgentemente.

A lo que aquél contestó con calma.

Mira, entretente un momento y paga, que no quiero sentar el precedente.

EL MEDICO DE BISMARCK

El famoso Canciller de Hierro era, como suele decirse, un mal enfermo.

Desesperaba a los médicos que le asistían, por cuanto dificultaba su ministerio, pues manifestando él más absoluto desprecio de la enfermedad, cuando alguna le aquejaba, no hacía caso de recomendaciones ni recetas: se burlaba de los remedios y se negaba a dar a los doctores las indicaciones que solicitaban; más aún: no podía sufrir que le preguntaran la menor cosa.

En cierta ocasión fué llamado para asistirle el doctor Sheveninger, y como era la primera vez que le visitaba y como ignoraba las manías y el carácter puntilloso del enfermo, el doctor comenzó por hacerle numerosas preguntas.

Bismarck, poco paciente, se cansó pronto del interrogatorio. Muy secamente dijo al médico que no estaba acostumbrado a ser preguntado de tal suerte.

Entonces Sheveninger, que no tenía pelos en la lengua, respondió con frialdad:

—Pues debe usted consultar a un veterinario...

—¿Qué dice usted?—exclamó Bismarck.

—Sí. Los veterinarios curan a sus clientes sin preguntarles nada.

La réplica no desagradó al terrible canciller, ante quien todo el mundo temblaba y se sometía. Llamó al médico, que se disponía a retirarse, y contestó dócilmente a todas sus preguntas. Y halló tan de su gusto al doctor, que terminada la consulta, le rogó que volviese a visitarle. Y desde aquel momento hizo de Sheveninger su médico y su amigo.

LUNA CONTESTACION ORIGINAL

La escena que vamos a relatar ocurrió siendo ministro de Hacienda don Guillermo Osma. En su despa-

cho oficial recibió un día a uno de sus subordinados, provisto de la inevitable carta de recomendación. Leyó el ministro la misiva, en la que el recomendante se interesaba en favor de la petición que de palabra formularía su recomendado, y una vez leída la carta dijo el señor Osma a su visitante:

— De qué se trata? Hable usted.

— Señor ministro, yo desearía de la bondad de usted que me ascendiese, pues necesito un aumento de sueldo, toda vez que tengo cargas nuevas a que atender.

— ¿Y que cargas son ésas?—preguntó, curioso, el ministro.

— Acabo de casarme.

Entonces el ministro, cruzando los brazos sobre el pecho y echando al funcionario una mirada colérica, le dijo:

— ¿Qué es eso? ¿Entiende usted por casualidad que la Administración pública puede ser responsable de un accidente que le ha ocurrido a usted fuera de horas del servicio?

UN TITULO QUE RESULTA UN CANTAR

Siendo director del «Heraldo de Madrid» D. José Francos Rodríguez, el reportero de sucesos llegó un día a la redacción consternado por un crimen que acababa de realizar un feroz vecino del Puente de Vallecas, que había matado a hachazos a su propia madre.

Después de redactar quince o veinte cuartillas, en las que refería el espantoso sucedido con toda clase de detalles, escribió en una de ellas, para que fuera a tres columnas, el título del suceso con las siguientes frases:

En el puente de Vallecas

un hijo mató a su madre.

Y Francos Rodríguez después de haber leído con

detenimiento toda la información, se la devolvió con el vistobueno al redactor, añadiéndole al título estas dos líneas:

no pases tú por el puente
no vaya a ser que te maten.
Y el redactor salió por peteneras.

UNA OCURRENCIA DE TABOADA

Luis Taboada, el chispeante creador de las de Tri-
bulete, había caído enfermo de mucha gravedad. Pre-
sa de la fiebre, apenas se le oía una sola frase cohe-
rente; en suma, llegó a suponerle el médico tan en las
últimas, que, en voz baja, indicó a una persona de la
familia que fuesen a buscar sin demora los Santos
Sacramentos.

Iba a ejecutarse el encargo, entre la natural aflic-
ción de todos, cuando el saludísimo escritor, incorpo-
rándose en la cama con penoso esfuerzo, dijo con la
mayor seriedad.

—Oye, si vas a buscar los Oleos dile al cura que
los traiga buenos, que son para mí.

Todos comprendieron que el chispeante escritor
no moría de aquélla. Y el médico fué el primero en
soltar el trapo...

¡APROVECHAD LA OCASIÓN!

Eran los últimos meses de 1865 y el cólera hacía
estragos en Madrid. Los madrileños, siempre alegres,
tomaron la cosa a broma y no perdieron el buen hu-
mor, riendo mucho las noticias de «La Corresponden-
cia», que cada día publicaba una gacetilla hilarante, co-
mo ahora se dice.

Una de ellas decía: «No hay cuidado, señores; el cólera ha desaparecido por completo de la Calle de Hortaleza y ahora donde pica bastante es en la parroquia de San Sebastián.» En otra aseguraba que los médicos «se habían reunido para discutir la terapéutica del cólera, debiendo tranquilizarse el vecindario, pues los discursos pronunciados habían sido muy brillantes».

Días más tarde afirmaba otro diario que el cólera «era un castigo enviado por Dios para acabar con los que atacaban la Religión»; no faltando quien escribiera que el cólera «lo había traído O'Donnell para tener más muertos a quien hacer votar en las elecciones».

El número de muertos aumentaba cada día, y el buen humor no cesaba.

En la Concepción Jerónima había una tienda donde se vendían ataúdes, y una mañana apareció un gran letrero que decía: «¡Alto ahí! ¡Gran baratura! ¡Aprovechad la ocasión!»

¡TU... O YO!...

Cazaba el Rey en el coto de Doñana y, alejándose de sus acompañantes, se extravió. Anduvo, y fué a dar con un labriego, a quien preguntó por dónde llegaría al palacio de los duques.

—Entonces—dijo el campesino—tú eres un señorito de esos que han venido con el Rey.

—Sí—contestó Don Alfonso.

—Bueno, hombre; pues yo te acompañaré, porque el camino es malo. Y dime: ¿en qué se conoce al Rey?

—Pues, mira, en que cuando llega el Rey todos se descubren y sólo el tiene puesto el sombrero.

Llegaron al palacio y todos los concurrentes a la cacería se descubrieron.

—¿Quién te parece que es el Rey?—preguntó, sonriente el Monarca al atónito labriego.

—Pues... o tú... o yo.

¡LLEVO PRISA!

Algarra, el famoso acuarelista, había comprado un hotelito cerca de las Ventas, que por aquella época estaban muy alejadas del Madrid urbanizado, y para ir a su casa había adquirido también un coche pesadísimo y un caballo que casi no podía tirar de él.

Arderfús, que por entonces había tomado bajo su dirección los Campos Elíseos, vivía cerca de Algarra para estar más próximo al salir de su negocio.

Un caluroso día del mes de Julio subía Arderfús sudoroso por la Calle de Alcalá hacia «Los Campos» en el momento en que Algarra pasaba cerca de él con su carricoche.

—Súbete al coche—le dijo a su amigo, brindándole así una fineza.

Y Arderfús, viendo los esfuerzos que el caballo hacía para tirar del armatoste, le dijo sonriendo:

—¡Gracias, Algarra; llevo mucha prisa!

Y siguió su camino.

¡NO ME CONOCES!

Enrique García Álvarez salió un lunes de Carnaval dispuesto a embromar a alguien; se puso simplemente una careta y plantóse en la Castellana acometiendo al primer grupo de muchachas que se puso delante.

—¡No me conoces! ¡No me conoces!—decía loco de gozo el graciosísimo autor.

—Es Manolo—gritó una de las muchachas.

—Sí—añadió la otra.—No puede ser nadie más que Manolo.

Y creyendo que era Manolo se lo lanzaban unas a otras como una pelota. Más de dos horas estuvo García Álvarez paseando y riendo con sus improvisadas amigas, y diciéndoles entre chistes y requiebros:

—¡No me conoces! ¡No me conoces!

Llegó la noche, y un guardia obligó a García Álvarez a quitarse la careta, y al ver las muchachas que su compañero de paseo no era Manolo, protestaron indignadas:

—Caballero—aseveró la más decidida—no le conocemos a usted...

Entonces García Álvarez replicó tranquilamente:

—¡Lo he estado diciendo toda la tarde!...

UNA RESPUESTA OPORTUNA

Acababa de pronunciar Ríos Rosas en la Cámara Popular uno de sus vibrantes discursos y todos los diputados ovacionaban al orador, comentando apasionadamente sus opiniones. Algo más calmados los ánimos, y cuando algunos prohombres habían desfilado ante su banco, prosiguió la discusión, haciendo uso de la palabra otros políticos.

Estaban todos en silencio cuando un diputadito joven, enclenque, ridículo, que presumía de tener gran amistad con todos los primates, pasó junto al triunfante orador, y en voz alta y con tono de gran familiaridad, le dijo.

—¡Adiós, Ríos Rosas!...

Le miró el aludido de alto abajo, se apercibió de la facha ridícula del que tal le dijo, y repuso en el acto:

¡Hola!... ¿Te has bajado ya del cocotero?...

UN GRAN SALTO

En una tertulia literaria de Fornos se comentaban, hace algunos años, los prodigiosos saltos de un gimnasta que en el Circo de Price entusiasmaba a los espectadores saltando con sin igual limpieza una porción de mesas y de sillas.

—Ya veis—decía uno de los contertulios—: anoche le pusieron lo menos veinte mesas con unos sillones encima y los saltó sin tropezar con una sola.

—Eso no es nada—dijo Félix Limendoúx, el ático cronista que entonces se hallaba en plena bohemia—; Yo me salté la semana pasada el almuerzo desde un lunes a un viernes, sin tropezar siquiera con un garbanzo.

Y todos convinieron en que aquel salto era mucho más peligroso.

¿A QUIEN LLAMAN?...

Se examinaba de literatura preceptiva el famoso Carreño, que llegó a ocupar un alto puesto en la política española y que fué tan celebrado por sus graciosas ocurrencias.

Uno de los vocales del tribunal, interesado en que el examinando contestara algo, por insignificante que fuera, para justificar el «aprobado», le preguntó:

—¿Quién de nuestros más grandes ingenios en literatura escribió «La gitanilla»?

Carreño miró hacia el techo, se cogió la barbilla con la mano y guardó un profundo silencio.

No quiso el profesor dejar pasar mucho tiempo, para evitar la plancha, y algo amoscado dijo en alta voz:

--Don Miguel de Cervantes Saavedra,

El examinando se levantó y se disponía a abandonar el estrado.

—¿Dónde va usted?—preguntó el profesor.

—Como ha llamado usted a otro alumno, creí que me despedía...

Y el profesor le señaló la puerta.

LOS TOROS Y LAS MATEMATICAS

A un estudiante muy malo, y que como tal no pudo terminar el bachillerato, profesaba gran cariño su profesor, ingeniero de Caminos y hoy persona de relieve.

Un día, como tantos otros, el mal estudiante hubo de retirarse del encerado, en donde su buen amigo el catedrático le había encomendado la solución de un problema de Matemáticas. Indignado el profesor, requirió la barrita de tiza que el alumno tenía, y entre amonestaciones a su torpeza invencible púsose a trazar los signos que despejarían la incógnita del problema; pero con tan nerviosa mano, que a las primeras cifras la tiza saltó en mil pedazos. Entonces el discípulo, tomando otra barrita, se la ofreció a su profesor, diciéndole, en tono que más bien parecía dicho desde una barrera: «¡Maestro, ahí va otro estoque!»

Ante la explosión de risa de los demás alumnos, el catedrático suspendió la clase...

EL FINAL DE «CONSUELO»

Era presidente del Congreso don Adelardo López de Ayala, por los días en que el insigne dramaturgo andaba atareado buscando las frases finales de «Consuelo», uno de los dramas que mayor fama le habían

de dar, y que él ya había anunciado como próximo a estrenarse.

Los diputados, que sabían esto, y que admiraban fervorosamente a López de Ayala, solían preguntarle siempre que venía a punto:

—¿Qué tal va esa *Consuelo* don Adelardo?

—No va mal, no va mal—respondía Ayala—. Lo único que me falta es el final. No encuentro la frase, amigos...

Y, en efecto, tan preocupado le tenía que apenas si cuidaba de sus deberes presidenciales. Aunque acudía todas las tardes al Congreso y no solía abandonar su alto sitio, desde donde dirigía los debates, no prestaba a éstos la menor atención. Los secretarios tenían que indicarle cuándo debía conceder la palabra a cada orador, cuándo había que pasar al orden del día, cuándo era preciso anunciar una votación... Don Adelardo lo hacía todo como un autómatas, porque su pensamiento estaba lejos del Congreso: volaba por las regiones de la fantasía, en busca de un efecto dramático y de un consonante sonoro.

Por fin, un día, en plena discusión de un proyecto del Gobierno, encontró Ayala aquellas frases finales que le tenían obsesionado. Mientras el orador de tanta consumía la paciencia del público y de los taquígrafos con un discurso insoportable, don Adelardo, con el mayor disimulo, iba trazando sobre una cuartilla las últimas estrofas de «*Consuelo*». Acaso las recuerde el lector: Rita, la criada, sale, despavorida, de la habitación de doña Antonia, a la cual se dirigía *Consuelo*. Y el diálogo se desarrolla así:

RITA

¡Socorro!

CONSUELO

¿Qué ha sucedido?

— ¡Deténgase usted!

— ¿Qué?... ¡Dil

- Mi señora... Yo creí
de pronto que era un vahido..
—¡Mi madre!
—¡No, por piedad.
no entre usted!..
—¡Saber ansío!..
—Ha muerto.
—¡¡Muerta!! ¡Dios mío!
¡Qué espantosa soledad!

Cuando aún estaba el dramaturgo bajo el dominio de la emoción íntima que le produjo su acierto, uno de los secretarios del Congreso le dijo en voz baja:

—Don Adelardo, ya ha terminado ese hombre. Levante la sesión.

Ayala, maquinalmente, agitó la campanilla y exclamó.

—Se suspende este debate. Orden del día para mañana: el final de *Consuelo*.

Los diputados, sorprendidos al pronto, adivinaron lo ocurrido, advirtieron en el rostro de Ayala una intensa alegría, y, puestos en pie, tributaron a su presidente una cariñosa y entusiasta ovación.

INTERRUPCION HISTORICA

Como consecuencia del artículo titulado «El rasgo» que publicó Castelar, con motivo de la donación hecha por la Reina Isabel II al Estado, de su fortuna, el Gobierno dispuso que no explicase en cátedra ningún republicano.

Con motivo de esta disposición se promovieron serios disturbios, que culminaron en los sucesos de la famosa noche de San Daniel, asunto que produjo un importante debate en el Congreso, donde el Sr. Ríos Rosas pronunció un discurso de tonos enérgicos y violentos contra el Gobierno.

En uno de los momentos de mayor exaltación fué interrumpido el orador por otro diputado, que dijo:

--;Que se escriban esas palabras!

--¡Que se esculpan dijo Ríos Rosas - pediría yo si no fuesen más!

LA CUARTA HEROICIDAD

Un diputado presumido y ridículo por su traza, principió su debut de discurso con estas frases:

--Yo vengo aquí, señores diputados, a hablar en nombre de la tres veces heroica ciudad de Gerona...

Rodrigo Soriano le interrumpió:

--¡Cuatro... cuatro veces horóica! ¡Cuatro!

--¡Tres!--gritaba el diputado.

--¡Cuatro! ¡Cuatro!--respondía Soriano.

--¿Dónde está la otra heroicidad, señor Soriano?

--Por haber nombrado diputado a su señoría.

Y el presidente del Congreso rompió dos campanillas.

¿QUIEN ESCRIBIO EL «QUIJOTE»?

Ocupaba por aquel tiempo la cátedra de Historia de la Literatura, en la Universidad de Granada, un sabio profesor que tenía la insólita manía de que todos sus discípulos supieran bien la asignatura. Debido a ello solía suspender más de lo que creían justo sus alumnos y entre ellos gozaba fama de temible.

Fué a examinarse a la histórica ciudad andaluza un muchacho sevillano que andando el tiempo ha brillado en política, y cuando le tocó el turno en el examen de Historia de la Literatura, entró en la sala con el temor de cuanto le habían dicho sus amigos del profesor terrible.

No habían pasado aún cinco minutos de su entrada cuanto salió, muy satisfecho.

—Pero. ¿no me decíais que ese tfo era un malange? ¡Si es más bueno que el pan! No he hecho más que entrar, me ha preguntado que quién escribió el «Quijote», le he dicho que Quevedo, y afectuoso y sonriente me ha replicado: «Bien. ¡Vaya usted con Dios!» ¡Si es más bueno que el pan!

Y cuando el bedel le dió la nota vió que el pan era duro.

PERDIO LA APUESTA

Cierto político español muy conocido, ministro en varios Gabinetes y muy bebedor, se vanagloriaba de conocer, sólo por el paladar, todas las bebidas que le diesen a probar, aún cuando le vendasen los ojos.

Un amigo, sólo por llevarle la contraria, sabiendo que perdía, apostó con el político cinco mil pesetas a que con los ojos vendados se equivocaba.

Admitido el reto, vendaron los ojos al buen bebedor y le fueron dando copitas de bebidas espirituosas.

Apenas se las llevaba a los labios decía: «Anís del Mono... Cazalla... Benedictino», y así sucesivamente, desde las corrientes y vulgares a las más raras.

Pero llegó un momento en que al probar el contenido de una copa se detuvo y comenzó a paladear succionándose los labios... Sorbo a sorbo se bebió todo el contenido de la copita, y cuando ya no quedaba gota, malhumorado, se arrancó la venda diciendo:

—Señores, he perdido la apuesta...

Era agua...

UN LIBRO POPULAR

Don José Canalejas y D. Marcelino Menéndez y Pelayo eran grandes amigos a pesar de sus distintas filiaciones políticas.

Un día el político discutía con el polígrafo sobre arte literario. Buscó, ingenioso, un ardid para vencer a su contradictor en su indiscutible fama de bibliógrafo.

— ¿Dice usted que conoce todos los libros que se escriben en España?

— ¡Todos!

— Pues dígame algo sobre el último del señor Layana.

— ¿Del señor Layana?—dijo D. Marcelino, repasando nombres en su memoria.

— Si, hombre, un libro del que se han hecho numerosas ediciones y cuyas hojas son muy finas.

— No puede ser—decía D. Marcelino—; si yo no conozco a ese autor.

Y Canalejas, sonriente, le enseñó un librito de papel de fumar, diciéndole triunfal:

— ¡Pues ahí lo tiene usted!

Y casi se rompe violentamente aquella amistad cordial.

DON ANTONIO GALANTE... Y AL QUITE

En una fiesta aristocrática, el gran estadista don Antonio Cánovas del Castillo, bailaba un rigodón con la señora de la casa, título de la más rancia nobleza, bellísima mujer, viuda y madre de dos preciosas chiquillas que hacían andar «de cabeza» a los pollos en estado de merecer que frecuentaban la aristocrática mansión.

Don Antonio, inspirado sin duda por la belleza de

su compañera de baile, hizo algunos madrigales dignos de su ingenio peregrino, elogiando la hermosura de la dama y aludiendo a la felicidad de un hogar en el que ella pudiera reinar con el cetro de su bondad y de su belleza.

No olvidaba la aristocrática señora que Cánovas era viudo también, y sonriendo insinuante le preguntó:

—Amigo mío, en su boca esos elogios, ¿son un cumplido vulgar o tienen otra significación?

—Señora—contestó rápidamente el gran estadista, creo que no me acostumbraría nunca a mirar a sus bellísimas hijas con ojos paternos...

EL COLMO DEL MADRUGADOR

Se acababa de estrenar «Marina». Al saloncillo del Circo asistía todas las noches D. Emilio Arrieta con otros varios autores. Uno de éstos, hombre descubridor y pretencioso, al ver salir una de aquellas noches a Arrieta más pronto que de costumbre, le preguntó:

—¿Por qué se va usted tan pronto, maestro?

—Tengo que madrugar.

—¿Pero usted se levanta temprano?

—Todos los días.

—Y yo soy el hombre que más madruga en España.

—Hombre, tanto como eso...

—Tanto. Yo me levanto todos los días con el alba. Aún es de noche cuando yo estoy en pie; ¿a ver quién es el que madruga más?

—Yo—dijo el maestro—. Yo, que ¡me levanto «la víspera»!

Y salió del saloncillo entre las risas de sus concurrentes.

PROFECIA CUMPLIDA

En una huerta de cierta villa de la provincia de Almería, poseía un hermoso melonar el labrador Juan López Ponce, hermano del cura de aquel pueblo.

Cierta noche se presentaron en la finca de Juan, cuando éste vigilaba los melones, tres fantasmas que parecían almas del otro mundo, las cuales, con tono aterrador, dijeron:

—Juan López, ve al lugar y dí a tu hermano el cura que viene el fin del mundo: que de los grandes no quedará ninguno y de los pequeños pocos.

Juan López huyó al pueblo a informar a su hermano de la terrible nueva; pero éste, que en lo de las almas del otro mundo sabía a que atenerse, le dijo:

—Vuelvete pronto al melonar, que no te van a quedar melones.

Y cuando el bueno de Juan López llegó a él, vió que la profecía se había cumplido: de los grandes no quedaba ninguno, y de los pequeños, los «pepinos».

¡MAS SOMBRERO!

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, el afamado autor de «Marcela», o «Cuál de los tres?», «El pelo de la deheza» y otras obras teatrales muy aplaudidas hace cincuenta años, era un hombre pequeñito y vivaracho que guardaba un gran talento en una cabeza de reducidas dimensiones.

Una noche, al salir de una tertulia de amigos con otro señor de agigantado aspecto, hombre vacuo e impertinente que aspiraba a eclipsar las glorias de Cervantes, cogió éste el sombrero de D. Eugenio, y al pretendérselo poner, notó en seguida el cambio.

— Este sombrero no es mío.

—Es el mío, caballero.

—Perdone usted. Me había equivocado; yo tengo más cabeza.

—¡Ca, hombre! Lo que tiene usted es más sombrero.

LA BARBA DEL TRIBUNO

Por extraño antojo, el insigne Ríos Rosas se teñía la barba y no el pelo de la cabeza, lo cual intrigaba a muchos. Cierta día, al entrar al Congreso, se atrevió a interrogarle sobre el caso un jovencuelo periodista.

—¡Por favor, don Antonio!—le dijo desenvueltamente—. Aclárenos usted una duda que nos tiene muy preocupados.

—Con mucho gusto contestó bondadoso el orador ilustre—. ¿Qué es lo que les preocupa?

—Pues, la verdad, que quisiéramos saber por que motivo se tiñe usted la barba únicamente.

Miróle Ríos Rosas con detenimiento, y en seguida le dijo con frialdad:

—Pues ya que eso les preocupa diré que lo hago por dos razones. La segunda de ellas es que me satisface mucho hacerlo.

—¿Y la primera?

—Pues la primera es que me gusta preocupar a los necios.

REPARTAMONOS LAS ALBARDAS

Siendo gobernador de Cataluña el Marqués de Almazán hubo necesidad de renovar las alabardas de la guardia, encargó a su secretario que escribiese al Conde de Fuentes—virrey a la sazón de Milán—para que

le enviase de allí las alabardas, pues tenían fama por lo bien templadas.

Hizolo así el secretario y—sin leer siquiera la carta que éste le puso a la firma—el Marqués de Almazán la firmó.

A su debido tiempo llegó el envío, pero con gran sorpresa vieron que en vez de veinticuatro alabardas les mandaba el Conde de Fuentes dos docenas de alabardas y una carta en que se extrañaba de que le pidiesen tales piezas, puesto que en España se hacían primorosas.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Almazán a su secretario.

—¿No me mandó vucencia pedir veinticuatro alabardas?

—En la equivocación tenemos la misma culpa los dos—repuso el Marqués—, Usted por haberse enterado mal y yo por firmar la carta sin leerla; así pues, repartámonos las alabardas, que bien merecidas las tenemos.

LOS HONORARIOS DE UN SABIO

Una extranjera multimillonaria que padecía una enfermedad nerviosa que no habían podido curarle ninguna de las eminencias médicas de su país, oyó hablar del sabio histólogo Ramón y Cajal, y decidió consultarlo, embarcando inmediatamente para España.

Llegada a Madrid, dirigióse al domicilio del sabio profesor, que se negó a reconocer a la paciente alegando que él no ejercía ahora la profesión, dedicándose solamente a investigaciones de laboratorio; pero ante la insistencia de la dama acabó por reconocerla y darle su dictamen facultativo.

Agradecidísima por el excepcional dictamen, preguntó la extranjera los honorarios.

—Dos pesetas — respondió modestamente el sabio.

—¡Imposible! ¿Cómo puede cobrar honorarios tan ínfimos una tal eminencia de fama universal? — argumentó la dama.

Y Cajal le respondió:

—En conciencia no debo cobrar más; como historiador dicen que no soy del todo malo; pero como médico sé que soy detestable.

Y la señora, que acababa de recorrer casi todos los gabinetes de consulta de los médicos europeos, quedó maravillada de este insólito caso de probidad y modestia.

ELOGIO EXACTO

En una tertulia de un café de Santander a la que concurría el celebrado periodista montañés Pepe Estrañi se festejaba cierta tarde el éxito de una linda tiple de zarzuela que había debutado, pocos días antes, en un teatro de aquella capital y que era muy amiga de algunos de aquellos contertullos.

Un poeta ultraista que se hallaba presente improvisó a la tiple, una composición que él llamaba poética.

En tu cara de rosa y en tus ojos de cielo.

El primer verso arrancó una carcajada en los presentes. Estrañi también rió.

El poeta, amoscado, encaróse con él:

—¿Tampoco a usted, maestro, le agradan estos ojos de cielo?

—Al contrario, si me parece muy exacta la expresión: ¿no ve usted que tiene en uno de esos ojos una pequeña nube?

Y la salida del maestro cortó en flor el estro del poeta.

¡QUE ARREGLEN LA CERRADURA!...

Se celebraba el estreno de una obra en verso, en la que Mariano Fernández representaba un cobrador de un Banco.

Tenía que entrar en escena, presentar una letra al cobro y marcharse.

El personaje que había de pagar la letra estaba encomendado al gran actor don Julián Romea, quien al tomar la letra, se dirigió a la caja de caudales que había en escena para el dinero, según estaba marcado en el libro.

Pero ¡ay! que la llave no funcionaba, y por más que le daba para un lado y para otro, la caja no se abría.

Mariano Fernández se dió cuenta rápida de lo que ocurría y de lo que podía ocurrir si no le pagaban la letra, y con una serenidad admirable, declamó como si fuera del papel, la siguiente redondilla:

Señor, no se apure usted,
que el cobro es cosa segura,
Que arreglen la cerradura
y mañana volveré».

E hizo mutis, sin que el público se diera cuenta de lo que había pasado.

LUNA INVITACION

Encontrábase en cierta ocasión en Sevilla, y en situación apurada, por cierto, una compañía de verso, de la que era representante el marido de la notable actriz Amalia Sánchez de Ariño.

El negocio iba de mal en peor, y el público no se dignaba hacer acto de presencia en el teatro donde actuaba la citada compañía.

Así las cosas, llegó a la capital andaluza Su Majestad el Rey, y en el acto los de la compañía pensaron celebrar una función, a la que invitarían al Monarca; pues de este modo estaban seguros de conseguir un lleno, que les resarciera en parte de las pérdidas que estaban sufriendo.

Se comisionó al señor Ariño para que éste consiguiera que Su Majestad honrara el espectáculo con su presencia; y pronto el representante se puso en campaña, decidiendo entrevistarse con el marqués de Viana para que hiciera llegar al Rey el deseo de los actores.

Sabía el señor Ariño que en cierta ocasión el Soberano había asistido en la Comedia a la representación de la obra «Mi papá», que le regocijó grandemente.

Puesto al habla con un alto funcionario palatino le expuso su pretensión, y aquél prometiéndole solemnemente influir cerca de Su Majestad a fin de que una noche asistiera al teatro.

Entonces, recordando el señor Ariño el agrado con que el Rey vió la citada obra, dijo al funcionario:

—Con objeto de que acuda al teatro y salga satisfecho, anúnciele que en obsequio suyo, la noche que él designe, irá «Mi papá».

El palatino respondió un poco extrañado:

—¿Y quién es su papá de usted?

UN NUEVO EXPLOSIVO

Un gallardo y muy ilustrado capitán de artillería hubo de contraer matrimonio con una lindísima muchacha.

Desde el momento en que como novios se conocieron, la oposición de la mamá de la niña fué tan tenaz que se la veía crecer en razón al tiempo que pa-

saba, llegando a tal extremo la antipatía y mala voluntad de la futura suegra y del joven oficial, que se hizo pública, estremando todos los peores términos cuando en sociedad hacían la referencia uno del otro.

Organizóse en Segovia una fiesta benéfica y se eligió a nuestro capitán para dar una conferencia acerca de los últimos adelantos científicos en la vida social.

El teatro, lugar de la fiesta, estaba concurridísimo, ocupando todas las localidades lo más distinguido de aquella capital.

Cuando llegó el turno a tan distinguido capitán, el público le mostró sus simpatías acogiendo su presencia en el escenario con muy nutridos aplausos. Su conferencia fué notable, y al ocuparse de los adelantos de la ciencia militar, estuvo felicísimo al hablar de la artillería y de su trascendentalísima importancia en las guerras modernas, poniendo de manifiesto los terribles efectos de los explosivos, dedicando a la dinamita, a la melinita y a la Margarita, particular atención.

Cuando hubo terminado, al ser felicitado por sus numerosos oyentes, el coronel de su regimiento, viejo e inteligentísimo soldado artillero, se mostró en público extrañado de no conocer uno de los explosivos citados en el discurso del joven oficial; pero éste satisfizo la curiosidad de su jefe al tener el honor de presentarle a su mamá política, la señora doña Margarita X, asegurándole que no había explosivo de mayor fuerza que el que representaba su suegra.

Excusado es decir que fué muy del sentir de todos, celebrando la ocurrencia.

EL MUNDO ES UN DESATINO...

Buenos andaluces los hermanos Alvarez Quintero, han tenido durante muchos años la costumbre de

merendar a lo castizo en algún colmadillo donde sirvieran vino oloroso y «tapas» variadas. Esta costumbre se interrumpió hace tiempo, apenados los insignes comediógrafos por desventuras familiares.

Ahora han reanudado Serafin y Joaquín su vida de antaño, acudiendo a los ensayos de sus comedias y dejándose ver en las salas de espectáculos. Sólo que eso de las meriendas...

La otra tarde, al salir de un ensayo de «Las de Abel» Joaquín preguntó a su hermano: «¿Vamos a merendar?» «Bien», contestó Joaquín. Y ambos, sin ponerse de acuerdo, echaron calle de Alcalá abajo y se metieron en el Casino de Madrid, y allí tomaron como dos reverendos priores, sendos chocolates con bizcochos y vaso de leche.

Terminado el pisolabis, los autores de «Cancionera» salieron silenciosamente del Casino, y ya en el zaguán se plantó Serafin, se terció la capa fiamenca y le espetó a su hermano esta rociada, con acento entre melancólico e iracundo:

¡El mundo es un desatino!

¡Haber nacido cantor
de la mujer y del vino,
para acabar en señor
de chocolate... ¡¡en casino!!

—¡Un horror!,

concluyó Joaquín, retorciéndose el bigotillo.

LA ASPIRACION DEL VENDEDOR

Cuando en su último viaje a la América del Norte Mr. Stanley Baldwin, el famoso estadista británico, visitó Nueva York, se encontró cierta tarde en la calle con un chico vendedor de diarios cuyo semblante inteligente le llamó la atención. Detúvolo para comprarle

un periódico y cambiar con él algunas frases indiferentes. Y viendo que la presunción de inteligencia se confirmaba en aquel pequeño, le preguntó por qué se había dedicado a aquella ocupación, más propia de ancianos que de un muchacho a quien en ese país podían ofrecérsele horizontes más vastos.

—Pues yo estoy satisfecho con mi trabajo, señor —le afirmó el muchacho.

—Bien; mas sólo por el momento, presumo. ¿Es que no tienes aspiraciones?

—¡Seguro! Siempre he aspirado a dos cosas, y por eso trabajo.

—Dos cosas... ¿Se puede saber cuáles son?

—La primera es hacerme millonario algún día.

—Bueno, ¿y la segunda?

La segunda, señor, es hacerme multimillonario.

UN SABLAZO

Julio Ruiz, el notable actor cómico cuya bohemia accidentada le llevara a constantes casos de penuria, tuvo un día un altercado grave con un abonado del teatro en que el actor actuaba en Madrid, y quedó concertado un desafío a sable, que se celebró en una finca cerca de San Fernando de Jarama.

Del lance salió Julio Ruiz con un rasguño en la cabeza, pero hecho tan amigo de su contrincante, que a los dos días ya le había pedido prestados veinte duros.

Una tarde se hallaban los dos en un café con otros varios amigos, y salió a plaza en la conversación el lance realizado.

—¿Quién de los dos salió tocado?

—Este; le dí un sablazo en la cabeza—dijo el contrario de Julio Ruiz.

—Mayor fué el que le propiné yo—respondió éste.

—Pero si no me tocó usted.

—¿Cómo que no? ¿No le pedí en seguida veinte duros?

Y los amigos convinieron en que aquél había sido el golpe más certero.

«MELGARES» Y «EL BIZCO»

Un diario de gran circulación de la última década del siglo pasado, y de cuya Redacción formaba parte como redactor político el ex-senador y veterano periodista D. Ramón Melgares, combatía a sangre y fuego a D. Antonio Cánovas del Castillo, a la sazón presidente del Consejo de Ministros.

Por aquel entonces la Guardia Civil capturó al bandido «Melgares», que en unión del «Bizco» tenían aterrorizados a los pueblos de la serranía de Córdoba.

El jefe del Gobierno, en su diaria conversación con los informadores políticos, les dió la noticia en los siguientes términos:

—Acabo de recibir un telegrama de Córdoba en el que se me comunica que ha sido detenido «El Melgares», ingresando en la cárcel, donde debía estar hace mucho tiempo.

Don Ramón Melgares, que oyó la referencia y percatado de la intención de Cánovas, repuso al momento:

—Señor Presidente, en mi periódico también se han recibido noticias de que «El Bizco» está a punto de caer en manos de la Guardia Civil.

UN TANTO POR CIENTO APROVECHABLE

Un escritor muy conocido en Madrid, hombre de gran talento y de reconocido prestigio en el periodismo, se hallaba convalciente de una de esas enfermedades que el exceso de trabajo ocasiona, y para cuyo restablecimiento le indicaron los médicos una temporada de descanso en el campo, cosa para sus escasos recursos pecuniarios imposible.

Enterado Rafael Molina (Lagartijo) muy amigo suyo, del caso, le escribió rogándole aceptase su invitación para pasar con él dos meses en una finca que cerca de Córdoba poseía el famoso torero.

Tan excelente efecto produjeron en la salud quebrantada del escritor los aires salutíferos de la serraña cordobesa y las comidas del cortijo, que al mes justo había engordado considerablemente.

Cierto día, de vuelta de la ciudad, donde los dos amigos habían ido a ver una novillada, comentando los incidentes de la lidia y las faenas desastrosas de un novillero muy gordo que había hecho aquel día su debut, dijo el califa cordobés:

—Desengáñate, Pepe, que todos los gordos son unos sinvergüenzas.

Quedóse un poco parado el escritor, y Lagartijo comprendió que había dicho una inconveniencia; así es que, deseando enmendarla, después de un corto rato de silencio enojoso, preguntó:

—¿He dicho yo que todos los gordos son unos sinvergüenzas?

—Eso dijiste, y...

—Perdona, hombre. Yo he querido decir que lo son el noventa por ciento, y te dejo a tí un «diez» ¡pa que te cueles!

UNA FRASE DE URZAIZ

Al formar Canalejas su primer Gabinete trató de convencer a D. Angel Urzaiz para que aceptase una Cartera.

No pudo lograrlo, y días después, en un debate que se planteó en el Congreso sobre la orientación política de aquel Gobierno, Urzaiz intervino con gran vehemencia.

Un poco enojado por ello, Canalejas manifestó a la Cámara que si Urzaiz se expresaba en tales términos era porque no había querido ser ministro solamente.

Y entonces Urzaiz le contestó:

—En efecto. Ministro no quiero, presidente no puedo y Urzaiz me quedo.

POBRE RICO

Asistía una marquesa cuya belleza estaba en relación directa con su talento y su ingenio, a una fiesta benéfica, en la cual, después de ejecutarse un selecto programa, había de efectuarse una colecta en pro de las clases más necesitadas.

La dama a que nos referimos recorría los salones con una bandeja en la mano, poniendo a contribución las carteras y bolsillos de banqueros, aristócratas y millonarios concurrentes a la fiesta citada.

Un banquero de los más caracterizados por su avaricia y tacañería, fué abordado por la linda postulante:

—¿Quiere usted contribuir al remedio de los necesitados?—le dijo.

—No tengo nada que darle a usted—contestó el interpelado.

—Pues entonces, tome lo que quiera de la bandeja, porque yo pido para los pobres—replicó ingeniosamente la ilustre dama.

UN ACADEMICO EN AGRAZ

En una mesa de aquel tan simpático y desaparecido café Suizo, de Madrid, reuníanse diariamente varios periodistas y escritores de los de más en boga en aquel tiempo, y a esa reunión solía asistir un torero de pocas contratas, muy simpático y conocido, aunque basto en su trato.

Un día que en la reunión se habían agotado los temas a discutir, entretenían su ocio proponiendo cada uno un acertijo. Tocóle el turno al torero, quien propuso el de acertar qué palabra era la que empezaba con «me» y terminaba en «tro». Claro es que en seguida dijeron todos: «Metro»; pero el torero dijo que no, que era más larga y que tenía en la mitad más letras.

Tras un rato de cavilar, todos confesaron que no daban con ella, y entonces el torero, orgulloso de haber vencido a personas tan ilustradas, dijo con énfasis:

—Pues, hombre, «menistro».

—Ni que decir tiene a dónde fueron a parar las cucharillas y platillos que había sobre las mesas.

EL EQUIPAJE DE CAJAL

Invitado por la Clark University de Worcester, fué Cajal en 1899 a los Estados Unidos para dar varias conferencias tocante a sus investigaciones sobre la corteza cerebral. Llegado allí, acudió a saludarle y

ponerse a sus órdenes el secretario de la Universidad, joven muy simpático, que desempeñaba una de las cátedras en dicho establecimiento docente.

Hubo que llevar el baúl mundo y la maleta al coche, y entonces el joven profesor, que vestía impecablemente, dijo con la mayor seriedad:

—¿Para qué molestar a nadie? Aquí estoy yo.

Y ladeando con despreocupación su flamante chistera, cargó con los dos bultos, que pesaban cerca de cien kilos, y los acomodó con destreza en el vehículo.

—Aquí, señora—dijo en seguida a la esposa de Cajal, que protestaba cariñosamente contra aquello—, a nadie abochorna el trabajo manual. La única aristocracia que reconocemos es la del talento.

EL TIRO AL BLANCO

Un conocidísimo escritor, hombre de gran talento y muy aficionado a las bebidas caras, fué invitado una noche a una comida por unos amigos suyos de la Mancha, en que no se podía beber más que vino tinto del país.

Como es natural, durante la comida hubo copiosas libaciones, y el escritor llegó a ponerse en un estado lastimoso.

Un capitán de Infantería que era de la partida, se despidió al mediar la noche para irse a acostar.

—¿Cómo tan pronto?

Es que mañana tengo tiro al blanco.

—¡Pues tenga usted mucho cuidado, amigo!—le dijo el escritor—Mire usted cómo me ha puesto a mí el tiro al tinto.

Y se abrazó llorando a un contertulio.

MAS ASUSTA PENSAR EN LOS QUE DEJA

Cuando el entierro de Echegaray, Sellés asistía a la ceremonia afligidísimo, pues todos saben el cariño y la sincera admiración que siempre tuvo por el autor de «El gran galeoto».

Uno de aquellos escritoruelos que al ir desapareciendo las grandes inteligencias del siglo pasado, comenzaron a llamarse a sí mismos «intelectuales» iba con Sellés, molestandole con su insulsa charla.

—Maestro—dijo una vez—, asusta pensar en los hombres que la muerte se lleva.

—Sí—replicó vivamente el autor de «Las vengadoras»—; pero más asusta pensar en los que se deja.

LAS «MORCILLAS» DE CERBÓN

El gran actor D. Antonio Vico tenía contratado como primer actor al graciosísimo Servando Cerbón, que gozaba de todas las simpatías del público; que reía con cuantas «morcillas» colocaba, pues Cerbón era muy aficionado a colaborar con los autores de las obras que representaba.

Cierta vez - al llegar la obligada época de los «Tenorios»—, y cuando llevaban ya varias representaciones del drama de Zorrilla, en las que Cerbón había «morcilleado» a su antojo, Vico llamó a su cuarto a Cerbón y le dijo:

—Estoy ya cansado de que digas en escena todo lo que se te antoja. De modo que, como eres incorregible, te advierto que si esta noche dices algo que no esté en el ejemplar, al concluir la representación te parto la cabeza. ¡Nada más!...

Prometió Cerbón no decir ni una sílaba que Zor-

rilla no hubiese escrito, y así empezó la representación estando el actor cómico bastante ajustado a su papel. Pero al final del segundo cuadro, cuando dice Don Juan:

«A las diez, en esta calle...»

Cerbón sacó del bolsillo un lápiz y un papel, hizo como que miraba el nombre de la calle y el número de la casa y lo apuntó en el papelito, entre las carcajadas de los espectadores.

Antonio Vico, apenas cayó el telón, se lanzó contra él como una furia. Pero Cerbón le calmó, diciéndole:

—¿He dicho algo más de lo que Zorrilla escribiera?...

FE EN SI MISMO

Hace años trabajaba en el teatro Principal de Madrid el insigne Julián Romea.

Una noche, cuando estaba acabándose de vestir para salir a escena, se le presentó un joven delgado, pálido, de aspecto enfermizo, que le dijo:

—Nadie me recomienda a usted; he querido verle, fiado en su bondad, para rogarlo lea una obra que he escrito y que nadie conoce, seguro de que si la cree digna de ser puesta en escena lo hará, aunque su autor sea desconocido.

Algo asombrado D. Julián del aplomo del mozo, prometiéndole hacerlo así.

—Tenga usted la seguridad que como la obra sea buena se pondrá—le dijo.

—Entonces se pondrá—contestó el joven con firmeza.

La obra era «Don Francisco de Quevedo», y el autor D. Eulogio Florentino Sanz, que a partir del día del estreno fué un autor afamado.

EL EXPEDIENTE DE LA A

Un-ex-ministro conservador despachando un día con el jefe de un negociado, le preguntó si habían resuelto ya un expediente por el que tenía mucho interés un muy amigo suyo.

Consultado el índice de expedientes se vino en conocimiento de que había sido archivado.

—¿Cómo es eso, cuando yo dije que se trabajara en él?—interrogó el ministro al empleado.

—Perdóneme vucencia; pero en el expediente, y de su puño y letra, está la orden de archivo.

—A ver, tráigalo usted.

Puesto el expediente ante la vista del ilustre consejero se vió que en la portada había escrita una A.

—Ya ve vucencia cómo de su puño y letra está puesta esta A indicando el archivo.

Y el ministro, todo indignado, contestó:

—¡Pero, hombre! ¡Si ahí lo que dice, bien claro, es se «ágase»!

Y al empleado casi le da un síncope.

¡... Y NO SISAN!

El Marqués de Castroserna, dueño del palacio que hoy es propiedad del Infante Don Fernando, tenía una gran fortuna, era muy simpático, le gustaba mucho hacer vida de club, y raro era el día que no comía en el Casino de Madrid presidiendo la mesa redonda que ocupaba el centro del comedor cuando estaba el Casino en «La Equitativa».

Gran conversador, siempre correctísimo y en ocasiones muy ocurrentes, era el viejo Marqués un digno representante de la señorial dignidad castellana, siem-

pre correcta y nunca empedregada. Alto, grueso, solemne, con figura evocadora de los grandes señores de nuestro Siglo de Oro, se complacía en vivir a lo grande, y en su palacio había siempre uno de los mejores cocineros, un buen repostero y varios pinches.

Un amigo del Marqués, que conocía la existencia de tan bien dotada cocina en el palacio de la Cuesta de la Vega, no podía comprender cómo el Marqués no comía nunca o casi nunca en su casa. Tenía confianza con Carroserna, y se lo preguntó. La respuesta fué muy lacónica y muy expresiva. «Para fastidiarlos», dijo.

No comprendió la respuesta el amigo del Marqués y de nuevo interrogó:

«¿Y cómo los fastidia usted?» «Pues de un modo muy sencillo. ¡Cómo no como, no compran y no sisan!»

DE BENAVENTE A GOIGOECHEA

Siendo don Jacinto Benavente diputado maurista por Madrid, celebráronse elecciones municipales, y durante la campaña electoral de los partidarios de don Antonio, que dirigía el Sr. Goigoechea, el insigne dramaturgo solía acompañarle, yendo de un lado para otro, si no como orador, porque don Jacinto no hablaba en los mítines, si como la mayor gloria del partido, que, además, representaba en el Congreso a los mismos electores cuyos votos iban a requerirse.

La última semana de la propaganda, o sea cuatro o cinco días antes de la elección, una tarde reunieron-se con Goigoechea Benavente y otros notables de la idea para acomodar al tiempo los postreros quehaceres.

—Mañana — decía Goigoechea contemplando un plano en que aparecían destacados con lápiz rojo los distritos en que había elección — nos dedicaremos a

Centro. El jueves, a la Universidad; el viernes, a la Lafina. Al Hospital iremos...

Benavente, sacando de la boca un gran habano en combustión, interrumpió rápido.

—Al Hospital iremos el domingo.

Pero Goicoechea rectificó cándido.

—Al Hospital debemos ir antes de la lucha.

Don Jacinto volvió a alejar de los labios el cigarro y dijo lento y socarrón:

—No, hombre; Antonio, no... Lo natural es que al Hospital vayamos después de la lucha.

UN CHISTE DE NARCISO SERRA

El gran poeta Narciso Serra pasaba épocas de gran penuria, en las que acudía al juego con todos los cuartos que lograba reunir, esperando que una racha favorable le permitiera tapan la boca a los despiadados «ingleses» que le perseguían a sol y a sombra. En una de tales ocasiones, cuando el gran don Narciso se hallaba en una timba de la calle de Atocha, en Madrid, llegó la policía y atrapó a todos los «puntos», que se vieron obligados a dar sus nombres.

Como puede imaginarse, ninguno dió el verdadero. Uno se llamaba José Pérez, otro Diego Fernández, etc. Serra no había de ser menos, y dijo llamarse Arturo Gómez.

Tocó entonces el turno a un escritor andaluz que había venido recomendado a Serra para que le «colocase» una obra dramática en cualquier teatro, y el mozo, todo turbado al ver que el jefe de Policía se encabraba con él, salió del paso con lo primero que se le vino a la boca:

—¿Yo? Me llamo Antonio Pérez.

--El señor es el secretario de Felipe II—añadió Narciso Serra imperturbable.

Hubo una explosión de risa por el chiste, y el buen Antonio Pérez fué llevado a la Prevención, de donde tuvo que sacarle Serra.

LA NIÑA RUBIA

El general Ros de Olano era un gran amigo de Narciso Serra, y solía decirle con frecuencia:

—Pero hombre, déjate de calaveradas; no hagas esa vida; mira que te arrepentirás algún día.

—Deja a mi cuerpo que se distraiga—respondía el poeta—; mi alma es una niña rubia a la que oculto las trastadas que hago.

Pasó el tiempo, quedóse paralítico el pobre Serra, y un día, como algún camarada le recordase aquellas frases del general, Narciso contestó con forzada sonrisa:

— Ahora, como al cabo sucede en los matrimonios de viejo con joven, se han cambiado los papeles. La niña rubia se divierte, y el pobre cuerpo, como no puede hacer otra cosa, es el que no se entera...

EL HIJO DE LA CABALLERÍA

Discutíase en una ocasión el presupuesto de Guerra en la Alta Cámara e intervino en el debate un general muy popular y dicharachero, analizando con tonos de alguna violencia las cifras asignadas al Arma de Caballería.

Se levantó a contestarle el Ministro de Hacienda, por no hallarse en aquel momento en la Cámara su compañero el de Guerra, y reprochó al interpelante que, perteneciendo al Ejército, hablase en tonos tan duros al referirse al Arma de Caballería. Se levantó rá-

pido el general aludido, y exclamó con su característica vehemencia:

Su Señoría ha interpretado mal mis palabras. ¿Cómo voy yo a hablar mal de la Caballería, si soy hijo de ella?

POR QUE NO AHORRABA UN ASTURIANO

Preguntaba un pasajero al mozo de una posada, mientras le servía la comida, que de dónde era, y habiéndole contestado que de Asturias, le volvió a preguntar qué cuantos años hacía que se hallaba sirviendo en la posada, y como le respondiese que diez, aquél le dijo:

—¿Y en qué consiste que siendo los asturianos tan listos no has ahorrado en tanto tiempo lo suficiente para establecer una posada por tu cuenta?

—Es, señor—le contestó el mozo—, porque el amo es gallego.

El pasajero quedó completamente convencido.

SE LEVANTO EN SEGUIDA

En 1911, don José Canalejas, que a la sazón era presidente del Consejo, acompañó al Rey en un viaje que el Monarca hizo a Alicante.

Entre los diversos festejos, que con motivo de la visita regia, se organizaron en la capital levantina, figuró un baile de gala, al que, como es natural, asistió Canalejas.

Al cruzar don José uno de los salones del local donde el baile se celebraba, resbaló en el «parquet», que estaba muy encerado, y cayó cuan largo era. Pero se levantó muy rápidamente, sin admitir el auxilio de

un diputado conservador que estaba cerca de él y que acudió a socorrerle.

El diputado, en tono de broma, dijo al jefe del Gobierno:

--;Vaya, don José, ya podía telegrafarse esta noticia sensacional!: ¡La caída de Canalejas!

Y Canalejas, haciendo un guiño, replicó:

Pero habría que agregar que se ha levantado en seguida...! ¡y sin ayuda de los conservadores!

SE ACABO EL CARBON

Hallándose un día en su despacho de «España Nueva», periódico que dirigía por entonces, Rodrigo Soriano, fué a verle un minero asturiano con objeto de exponerle un asunto sobre carbones que se iba a debatir en el Congreso y que quería que lo defendiese el diputado republicano.

Tenía éste aquel día que estudiar un discurso y la visita interrumpió su trabajo, por lo que con gran contrariedad se aprestó a escuchar al visitante, que tomó la palabra y durante una hora estuvo hablando de aranceles, de reglamentos mineros y de carbones.

Soriano no despegó sus labios mientras duró la perorata, y al acabar, viendo que ya no tenía más que decir el disertante, le preguntó con gesto resignado:

—¿Qué, se acabó el carbón?

Y el negociante se marchó «echando lumbre».

¡SI NO ME LAS BEBO!...

Manolito Gázquez era—como Carreño—uno de esos tipos a quienes la fantasía popular ha atribuido

todo género de anécdotas e historietas sólo porque en su vida fueron hombres graciosos y protagonistas de algunas divertidas aventuras.

Claro que tanto Carreño como Gázquez mentían lo que podían y exageraban un horror: pero quizá no haya «bola» más grande que la que Manolito relataba con desconcertante seriedad.

—Etaba yo visitando las bodegas de Jerez:—Gázquez era media lengua—y me encañaron una habitación donde había más de mil tinajas de doscientas adobas cada una. Me encañan la primeda, destapan, me dan un trago, me madeo y ¡cataplum! de cabeza en el vino, al fondo de la tina...

—Te sacarían pronto, ¿eh?—preguntó uno.

¡Ca! Tardadon mucho; pedo ci no llevo a tened la precaución de bebedme las doscienta adobas, me ajogo.

PARADOJA MINISTERIAL

Nombrado ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes el Sr. Bergamín, surgió a los pocos días una de esas crisis parciales, tan frecuentes en la antigua política, y quedó sin Cartera.

Un amigo político del notable jurisconsulto malagueño, y admirador sincero, suyo, se condolía ante él de aquel hecho político que le dejaba cesante.

Y entonces el Sr. Bergamín repuso, sonriendo:

—Mira, eso era una cosa que me la figuraba yo cuando me hicieron jurar el cargo. ¿Tú crees que con esta cara se puede ser ministro de bellas Artes mucho tiempo?

Y la indignación del amigo se deshizo en estentóreas carcajadas.

UNA FRASE ACERTADA

En Marzo de 1909 estuvo visitando la ciudad de Ronda el Rey Alfonso XIII, y después de almorzar en el hotel, desde el que disfrutaba del espléndido panorama del famoso Tajo, entró en deseos de hacer a pie una excursión con sus acompañantes.

Por una puerta al borde de una roca descendieron hacia el fondo del Tajo, y hallando en el camino una casita en cuya puerta se hallaban unos burros amarrados, llegaron allá para ver si podían en ellos verificar la ascensión más fácilmente.

La casa parecía abandonada; pero á los pocos momentos presentóse ante los regios visitantes un labriego que les preguntó lo que deseaban, pues estaba él solo allá por haberse ido al pueblo toda la familia a ver al Rey.

—¿Tú no vas también?

—Yo, no señor. Tengo mucho trabajo, y como el Rey no venga a verme a mí, me quedaré sin verle.

Expuestos los deseos, el labriego ofreció sus cabalgaduras y acompañó a sus visitantes. Al terminar la excursión, el Rey, dando al mozo un billete de cien pesetas, le dijo:

—Toma por tus sevicios, y ya has visto cumplidos tus deseos: el Rey soy yo y te he venido a visitar.

Y el labriego rondeño recordó aquellos cuentos que al amor de la lumbre le contara su abuela.

«Pues señor... Una vez era un Rey que bajó a una cabaña...»

UN HIJO MODELO

A la tertulia que hace ya muchos años tenía en el antiguo café de Fornos de Madrid, algunos de nues-

tros. literatos y artistas, concurría un señor que le llamaban «Don Interrogación» porque preguntaba por todo y sobre todo.

Una noche, con Sinesio Delgado, entabló el diálogo siguiente:

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor; uno.

—¿Fuma ya?

—No ha tocado en toda su vida un cigarro.

—Perfectamente: el tabaco es muy perjudicial a la salud. ¿Va al café?

—Nunca ha estado en ninguno de ellos.

—Le felicito a usted; pero ¡será trasnochador!

—Tampoco. Se acuesta al anochecer.

—¿Y qué edad tiene?

—Seis meses.

Y «Don Interrogación» dejó de asistir a la tertulia.

UNA CITA OPORTUNA

Un conocido industrial madrileño, famoso por sus equivocaciones en los nombres de las cosas, obtuvo un acta de senador en premio a los muchos servicios pecuniarios que había «prestado» a uno de los primates de la antigua política.

En la primera sesión a que asistió, el jefe del partido político en que el nuevo senador militaba, salió muy poco airoso de una interpelación que hiciera aquella tarde al Gobierno D. Segismundo Moref.

Y el novel padre de la Patria, comentando después en los pasillos con un compañero de senaduría aquel debate parlamentario, decía, contrariado:

—La verdad es que a nuestro jefe le ha pasado esta tarde lo que a Napoleón en la batalla de Waterloo.

¡QUE GALANTE!

El Príncipe Antoine Bibesco, casado con miss Elizabeth Asquith, es el prototipo de la galantería y uno de los más apreciados «gentlemen» de la sociedad londinense.

Hallándose un día en una comida oficial a la cual había sido invitado, sentóse junto a una bella dama desconocida para él, con la que entabló animada y galante conversación.

De pronto vió en el extremo de la mesa a un comensal con el que, algún tiempo atrás, había tenido algunas diferencias mercantiles, y exclamó, desabrido:

—¡Oh! Ahora veo a aquel caballero que está allí, en el extremo de la mesa.

—¿Le conoce usted?—preguntó la dama.

—No puedo decir que le conozca; apenas he conversado con él una vez. Pero, créame usted, le odio profundamente.

—¡Caballero!—exclamó la dama —Le advierto que ese señor es mi marido.

Y el Príncipe, cuya memoria, ausente en ese preciso instante, le había hecho cometer tan grave «gaffe», salió del atolladero recurriendo oportunamente a su galantería.

—¡Lo sé, señora, lo sé! Justamente, por eso le odio.

Y la dama no pudo menos de exclamar:

—¡Qué galante!

YO NO TENGO A NADIE

Hace ya muchos años que D. Gustavo Bauer, terminada su carrera de abogado, demostró su inclinación

a seguir las huellas del autor de sus días, el eminente y opulento banquero D. Ignacio Bauer, al que el célebre Salamanca y los ministros de Hacienda de aquella época consultaban en asuntos financieros. Eran famosas las reuniones que ofrecía a la aristocracia madrileña, y por sus espléndidos salones desfilaban los Reyes y todo cuanto en la corte representaba hermosura, nobleza o talento.

Un día de Carnaval, acompañado por varios amigos, iba D. Gustavo por la Castellana, cuando se aproximó al coche un postulante de la estudiantina. D. Gustavo, generoso, echó en la pandereta del escolar un billete de cinco duros.

Poco después acertó a pasar por aquel sitio D. Ignacio Bauer, y el mismo postulante le suplicó un donativo. El opulento banquero dió una moneda de cinco pesetas, y como el escolar le advirtiera que minutos antes su hijo, D. Gustavo, había dado cinco duros, don Ignacio replicó:

—Mi hijo puede sentirse pródigo porque tiene a su padre; pero yo no tengo a nadie.

EL TIMO

Un ministro de Hacienda, brillantísimo financiero, defendía en la Alta Cámara un audaz proyecto que, a creerlo a él, era el remedio de todos nuestros males.

Entretanto uno de los miembros de la Cámara, inculto y socarrón, pero que había demostrado su certero instinto crematístico amasando de la nada, émulo de Dios, una fabulosa fortuna a la que unía una ignorancia enciclopédica, hacía cálculos sobre su pupitre.

Después que el ministro recibió aplausos y felicitaciones, nuestro hombre, muy calmado y con torpísima expresión, comenzó a decir:

—A mi entender, lo que propone el ministro de Ha-

cienda no es más que un «timo». (Escándalo mayúsculo de cinco minutos de duración.)

El senador, estupefacto:

—No comprendo lo que le pasa a la Cámara. Digo, porque lo dicen los números que a nadie ofenden, que lo que intenta el señor ministro, para quien yo tengo una gran consideración, es un «timo», y que voy a probarlo (Escándalo fenomenal de diez minutos).

El senador:

—Pero si es verdad. Si eso no es más que fantasía...

Un senador avisado:

—¿No habrá querido decir su señoría un «mito»?

El senador:

—¡Pues claro, hombre! Eso: un «mito», una cosa irrealizable... (Carcajadas durante veinte minutos.)

El presidente:

—Para dar descanso a la Cámara, se suspende la sesión por quince minutos.

ENTRE PAISANOS

Siendo ministro D. Manuel Becerra asistió una noche al banquete de gala celebrado en Palacio con motivo de la fiesta onomástica del Monarca. Uno de los camareros que servía la comida era paisano de don Manuel, y al servirle cada plato le anunciaba en voz baja el siguiente.

Al acercarse al ministro liberal con una de las fuentes, le preguntó aquél:

—¿Qué viene ahora?

— Don Manuel—contestó el sirviente—, en la tarjeta dice «petits pois»; pero cómalos con tranquilidad, porque son «gisantes».

¿QUIEN SE HA SACUDIDO?

Desempeñaba la cátedra de Química general, en el preparatorio de Ciencias—y por lo tanto de Medicina—, el insigne maestro D. Santiago Bonilla, que a su saber, reconocido por todos, unía una respetabilidad muy merecida. Como el número de alumnos de que constaba la clase sumaba algunos centenares, hubo necesidad de darla en una aula amplísima de la Escuela de Arquitectura.

Con la inconsciencia propia de los pocos años, uno de los estudiantes, mientras el Sr. Bonilla explicaba un día su cátedra, arrojó sobre la mesa del profesor una bellota. Por todo comentario, el sabio profesor se contentó con exclamar:

—¿Quién se ha sacudido?

El osado escolar a quien se refería, optó por permanecer incógnito.

LA PRIMERA PIEDRA

Se verificaba en Barcelona la colocación de la primera piedra para el monumento del comediógrafo catalán que inmortalizó el seudónimo de «Seraff Pitarra», y fué invitado al acto el gran actor Antonio Vico, que actuaba en uno de los teatros de la capital de Cataluña.

No estaba Vico satisfecho del público en aquella temporada, y como fenía su geniecito y no le parecía oportuno acudir donde le llamaban cuando los demás no acudían a las llamadas de su taquilla, decidió no asistir. Instábale su hijo, el popular Manolo, exponiéndole la significación que podía darse a la ausencia de un actor castellano en un homenaje a un catalán, y el

padre, firme en sus trece de no ir, daba por salvada la dificultad con la fórmula de que su hijo lo representara.

—Eso, no—decía Manolo—, porque yo no tengo traje apropiado.

—Sí, verás. Mi sombrero de copa te está que ni pintado, porque tenemos la misma cabeza...

—Por fuera...

—Por fuera te lo vas a poner; y mi levita no te estará mal. Pruébatela.

Se la probó y podía embozarse en ella, según le sobraba tela por todos lados; pero don Antonio, empeñado en que su hijo lo representara, insistía.

—Mira, no te está mal. Algo larga; pero eso puede ser capricho, y lo ancho está ahora de moda.

Pero Manolo, que no se dejaba convencer y que miraba en el espejo su grotesco indumento, dijo firmemente.

—Yo no voy.

—¿por qué?

—Porque si me presento en esta facha la primera piedra va a ser para mí.

¡HASTA LANGOSTA!

Llegó el genial actor D. Antonio Vico, acompañado de su sobrino, el graciosísimo escritor Guillermo Perrín, a una capital de tercer orden, donde había de dar unas funciones.

Recorrieron, buscando hospedaje, varias casas de la localidad, y en una de ellas salió a recibirlos la dueña, una buena mujer que tenía los ojos extraordinariamente saltones.

—Mira—dijo Perrín a su tío—, vamos a quedarnos aquí, que estaremos muy bien. ¡Tenemos hasta langosta!

SERVIDOR DE VUESTRA MAJESTAD

En vísperas de casarse el Rey Alfonso XIII, una Comisión del Ayuntamiento de Madrid, de la que formaban parte los entonces concejales don Luis Mazzantini, el famoso ex-matador de toros, y el señor Larrea, notable abogado, visitó al Soberano para exponerle el programa de festejos que con motivo de las bodas reales había organizado el Municipio.

Aprobado dicho programa por el Monarca, se habló del júbilo popular que reinaba en la villa.

—El día del casamiento de Vuestra Majestad— dijo Mazzantini al Soberano—se desbordará el entusiasmo del pueblo. Estoy seguro de que no harán falta caballos que arrastren la carroza de la Corona, porque serán los madrileños, con nosotros al frente, los que la conduzcan en triunfo.

Echóse a reír Don Alfonso, y exclamó alegremente:
—¡Arrea!

Entonces el señor Larrea, separándose de la fila de concejales, se inclinó ceremoniosamente y dijo:

—Servidor de Vuestra Majestad.

LA INMORTAL GERONA

Hacia su debut parlamentario el diputado entonces carlista D. Dalmacio Iglesias, que vino al Parlamento representando el distrito de Gerona. Comenzó su discurso diciendo: «Yo, que tengo el honor de representar a la dos veces inmortal Gerona...» Súbitamente interrumpió Lerroux: «¡Tres!» Quedóse perplejo el orador y extrañada la Cámara, volviendo D. Dalmacio a comenzar su discurso con las mismas palabras y Lerroux a insistir en que eran tres y no dos las veces que era

inmortal la ciudad de Gerona, y al preguntar Iglesias el porqué de la interrupción, contestóle rápidamente Lerroux: «Dos, por sus hechos históricos, y la tercera, por haber votado a su señoría.»

Inútil es decir que la Cámara rió el chiste; pero D. Dalmacio continuó impertérrito su discurso, pues no era hombre, como ha demostrado después, de fácil azoramiento.

OBSESION PARLAMENTARIA

Precisando el ilustre político malagueño Sr. Romero Robledo hacerse una operación quirúrgica de suma importancia y gravedad, trasladóse a Alemania, ingresando en la clínica del entonces célebre doctor Bergman, y yendo acompañado de su señora y de algunos amigos y correligionarios, entre los que se encontraba el también ilustre malagueño Sr. Bergamín.

Tratábase de la extirpación de un cáncer que en el centro de la cara se le había manifestado, siendo grandes los temores de todos y aún del propio doctor de que aquel político tan batallador y elocuente, quedase después de la operación sin la facultad del habla.

Practicóse aquélla, que fué horrorosa, pues extrajéronle todos los huesos nasales y casi toda la mandíbula superior, quedando sujeto el operado a un silencio absoluto durante muchos días. Y llegado el momento temido y también anhelado por todos, quitado el apósito y colocado el aparato que se le hiciera para substituir la parte de rostro extraída, autorizóle el doctor para que hablase; y aquel hombre, que tan gran afecto tenía a las personas que le habían acompañado sin separarse de él un momento, las olvida en aras del amor de sus amores, el Parlamento, y las primeras palabras que pronuncia son: «Señores diputados».

RIOS ROSAS Y NARVAEZ

Corría el año 1866 y el Gobierno que presidía Narváez dió orden de prender a Ríos Rosas y a D. Mauricio López Roberts.

Fué D. Antonio a ver a Naváez para enterarle de la verdad. Esperóle en la puerta López Roberts, y él subió a la casa, encontrando a Narváez todavía en la cama y como era calvo, con un gorro de dormir.

Se cruzaron entre ambos duras frases, y Ríos Rosas salió del dormitorio de Narváez lívido, descompuesto.

—Don Antonio, ¿qué tal se ha presentado Narváez? ¿Qué le ha parecido a usted?

—¿Qué quiere usted que me parezca un firano con gorro de dormir?...

AHORA TIENEN USTEDES QUE GRITAR MENOS

El gran comediógrafo Linares Rivas, tiene, como es sabido, la desgracia de ser sordo. Para corregir en lo posible el defecto, compró una trompetilla acústica, que utilizaba frecuentemente.

Uno de los amigos de Linares Rivas, al ver la trompetilla le dijo.

—Ahora estará usted bien don Manuel. Gracias a esa trompetilla oírás usted mucho mejor.

—¡Quia!—replicó el autor de «La Garra»—Yo oigo exactamente igual que antes. Quienes salen ganando son ustedes, porque ahora tendrán que gritarme menos.

POR QUE NO SE ATACA A UN MINISTRO

Durante una sesión del Congreso, Romero Robledo fué a sentarse en el escaño inmediato al que ocupaba Rios Rosas.

—¿Ha visto usted don Antonio—le dijo—que cosa más extraña ocurre con el ministro de Fomento? Siendo como es un hombre de tan escasos merecimientos, ningún diputado le interpela ni le ataca. En cambio, sus compañeros que valen más que él, son objeto con frecuencia de ataques e interperaciones.

—¡Pollo!—le contestó Rios Rosas.—Cuando un puesto está ocupado por un tonto, todo el mundo cree que está vacante.

LINARES RIVAS, SU FAMILIA Y LOS ESTRENOS

El ilustre dramaturgo que preside la Sociedad de Autores es opuesto a que la familia asista a sus estrenos.

El día del de la magnífica comedia «Fantasmas», encontrándose Thuiller en casa de Linares Rivas, le indicó que por qué no permitía que su hijo fuese aquella noche al teatro.

—No hay peligro ninguno—añadió—porque el éxito está descontado.

Fué tal la confianza que el notable actor infundió en el ánimo de don Manuel, que éste llamó a su hijo y le dijo así:

—Puedes ir esta noche al «Lara»: pero veas lo que veas y digan lo digan, tú te callas. ¡Ah! Y si en un entreacto pasas por un grupo en el que oigas: ¡Es un animal!, tú sigues tu camino; ese animal es tu padre.

Y LE SOBRARON

Aunados los esfuerzos de su tío el industrial antequerano Sr. Robledo, del luego célebre canónigo Sr. Morales, y de su gran amigo D. José García Sarmiento, fué elegido diputado a Cortes por Antequera y por primera vez el gran parlamentario D. Francisco Romero Robledo.

Ligada el acta al Congreso, fué dictaminada en contra por no haber cumplido el candidato elegido los veinticinco años, que era entonces la mayoría de edad, según se comprobaba con la propia fe de bautismo unida al acta y de la que resultaba que le faltaban cuatro meses para la referida mayoría. Y al discutirse aquélla y defenderla el mismo Romero Robledo, con aquella agudeza de ingenio, gracejo y facilidad de palabra de que diera tantas muestras durante su vida política y que en aquel momento dejara ver el gran parlamentario que sería, ante la estupefacción de la Cámara sostuvo la teoría de que como la ley es igual para todos, de la misma forma que al huérfano de padre y no nacido aún, se le tiene por tal y se le reconocen derechos, también a él, a los efectos legales, debía la Comisión y el Congreso en justicia reconocerle los meses que estuvo en el claustro materno, y por tanto, en lugar de faltarle cuatro meses, como decía la Comisión, le sobraban cinco.

Y el Congreso, encantado de aquel novel diputado, le aprobó el acta por unanimidad, y en el acto le puso un mote; «El Pollo Antequerano».

UN BONITO EJEMPLO

Explicaba la cátedra de Historia del Derecho español en la Universidad de Barcelona, el venerable y sabio jurisconsulto D. Juan Permanyer, que unía a su competencia científica una bondad inagotable,

Expuesto el contenido de la lección correspondiente al contrato en derecho romano, y para aclarar a sus alumnos la diferencia entre compraventa y permuta, el competente catedrático puso el siguiente ejemplo:

—Yo tengo dos caballos, unos blanco y otro negro, y deseo tener un tronco de caballos blancos. Voy a casa de Ticio (sabida es la costumbre de acudir a nombres de supuestos personajes romanos utilizada en cátedra) y le doy mi caballo negro por otro blanco.

Y seguidamente llamó a un alumno, a quien preguntó qué clase de contrato era el que se había realizado, y una vez que el estudiante contestó que era una permuta, le pidió que pusiera otro ejemplo análogo al que él había explicado para la mejor comprensión de la materia definida.

—Yo—dijo el alumno—tengo dos caballos, uno negro y otro blanco, y deseo tener...

—No siga usted—interrumpió el profesor—: ese es el mismo ejemplo.

—No, señor—replicó el alumno—, pues yo iba a casa de Ticio a cambiar el caballo blanco por otro negro.

UNA «TOURNEE» ARTISTICA

La «tournée» de la Empresa Germán de Silas por Andalucía, fué financieramente deplorable. Y preguntado uno de los actores sobre el particular, contestó:

—Calle usted. Poníamos una tragedia, y la recaudación era verdaderamente cómica, pero si se representaba una comedia, entonces el resultado era trágico.

UNA DEFINICION DE LA HISTORIA

Acababa de abrirse el curso académico, y los alumnos, como ocurre siempre, se agolpaban en las

clases. En la de Historia de España, por ser del preparatorio, los estudiantes eran en su mayoría imberbes, de poca talla, y un tanto tímidos. Descollaba por eso entre ellos un apuesto escolar con toda una barba corrida, gran estatura y desafiadora prestancia. Al verle el catedrático, le preguntó:

—¿Usted ya sabrá lo que es Historia?

Y el aludido, sin inmutarse, contestó:

—La sucesión sucesiva de los sucesos que se suceden sucesivamente.

Allí terminó la clase de aquel día.

UN PRECEPTO EVANGELICO

Posada Herrera, el «gran elector», como se le llamaba por los políticos de aquella época, ocupaba la cartera de Gobernación, y durante el tiempo que destinaba a la preparación de las elecciones, no permitía entrar en su despacho ni siquiera a sus compañeros de Gabinete ni daba cuenta a nadie de sus manejos electorales.

Era O'Donnell presidente del Consejo de ministros y se quejó de esta reserva de Posada Herrera diciéndole:

—Soy el jefe del Gobierno y dicen que es usted mi mano derecha. Siendo así, ¿por qué no me da cuenta de lo que hace?

— Porque es preciso cumplir el precepto evangélico—contestó Posada Herrera—de que la mano izquierda de usted no sepa lo que hago yo, que soy su mano derecha.

UN EXCESO DE FINURA

En Valencia fué famoso el Sr. Pastor y Canut por sus ocurrencias y sus frases de hombre que, elevado

por sus riquezas a cargos de representación y jerarquía social, carecía de ilustración.

Estuvo fondeado en El Grao el crucero de guerra, español «Carlos V», y, como es consiguiente, el comandante y la oficialidad estuvieron saludando al excellentísimo Ayuntamiento de la perla del Turia. En la primera sesión que celebró el Cabildo valenciano, el Sr. Pastor y Canut se levantó y propuso que constara en acta el agradecimiento del Municipio y que se devolviera inmediatamente la visita a la dotación del... «Carlos <usted>».

Todavía hay quien se está riendo en Valencia.

UN GABAN POR TREINTA BOLLOS

Una vez, en Granada, un fresco que necesitaba abrigo, andaba en un mes de Enero a cuerpo y sin dinero para comprarse un gabán.

Nuestro hombre, que tenía bastante más ingenio que numerario metálico, discurrió un medio fácil para hacerse con un bonito redingote.

Fué al puesto de bollos del Corzo y adquirió treinta y cinco bollos de aceite, que dejó en depósito, diciendo que iría un muchacho a recogerlos.

Marchó en seguida a una sastrería y probándose un gabán, rogó le acompañara un dependiente para entregarle el dinero del coste, pues «no llevaba encima lo bastante».

Y con el gabán puesto y el dependiente al lado, llegó a la bollería, que a la sazón estaba llena de público, y gritó al bollero:

—Oiga, amigo, ya sabe usted: de los duros míos que dejé, déle treinta al muchacho.

Y desapareció con su magnífico gabán mientras el dependiente de la sastrería quedó como quien ve visio-

nes ante la entrega de treinta magníficos pollos de aceite.

¡QUE NO FUE EN LEPANTO, VALLE!

Todo Madrid, y con Madrid toda España, sabe de cómo el ilustre y punzante autor de las «Memorias del Marqués de Bradomín» y «Voces de gesta» tuvo la desgracia de perder un brazo. Fué de resultas de una riña vulgar, originada por una mordacidad en cierta reunión de café. El percance sirvió a don Ramón María del Valle-Inclán para satisfacer su orgullo de escritor, más quizá que el éxito de librería de sus obras o el de público de sus estrenos.

Y a raíz de la publicación de un nuevo libro del admirable estilista, una noche, en su tertulia, afirmaba con el aplomo que caracteriza todos sus juicios:

—En España sólo ha habido dos escritores que escriban en castellano: yo y Cervantes. Y, rara casualidad, Cervantes era manco y yo también he perdido un brazo.

Era uno de los contertulios D. Jacinto Benavente, y sonriendo, a la vez que arrojaba una bocanada de azulado humo del veguero, saltó al punto:

—¡Que no fué en Lepanto, Valle!

LOS HONORARIOS DE UN ABOGADO

Hace años, cuando comenzaba a ejercer su profesión en Albacete el hoy magistrado del tribunal Supremo D. Ernesto Jiménez Sánchez, un fabricante de chocolate intimamente relacionado con la familia del citado funcionario, le proporcionó el primer asunto de su carrera.

Se trataba de un pleito algo difícilillo, en el que D.

Ernesto puso todo su entusiasmo para sacar a flote al amigo de casa, lo que consiguió después de un brillantísimo informe con que el novel letrado debutaba, demostrando su gran competencia en materias civiles.

La sentencia fué favorable al chocolatero, y éste, agradecido, trató de abonar a su defensor los honorarios; pero D. Ernesto, en atención a la amistad que unía a ambas familias, rechazó de plano el ofrecimiento, diciéndole: «Esto no vale nada.»

Al día siguiente recibía de su cliente una libra de chocolate. El abogado, molesto por el juicio que de su trabajo había formado el chocolatero, reunió a la familia y, en broma, le dijo: «Aquí tenéis lo que vale mi primer éxito.»

El caso fué muy celebrado, y a la mañana siguiente, cuando cogió el paquete de soconusco la cocinera para preparar el desayuno, al partir la primera pastilla descubrió en su interior una onza de oro con el busto de Carlos III. Cada cuadro de chocolate contenía una moneda de igual metal y valor.

LA GRATITUD DE UNOS GITANOS

Un joven, en Jaén, que había heredado importante fortuna, por no estar ocioso, decidió abrir su bufete de abogado.

En el turno de oficio le correspondió defender a unos gitanos acusados de un delito de poca importancia, y logró que salieran absueltos.

Los gitanos, ya en libertad, visitaron a su defensor y le expusieron que carecían de dinero para pagarle; pero le ofrecieron harcerle un regalo tan pronto como pudieran.

Al cabo de quince días uno de los gitanos se presentó en la casa del abogado llevando cuatro pavos

hermosísimos, que el letrado tuvo que aceptar ante la insistencia de su defendido.

—Horas más tarde el manijero de un cortijo, propiedad del abogado, se presentaba en la casa de éste a comunicar que habían robado cuatro pavos.

El abogado enseñó al manijero los que le habían regalado los agradecidos gitanos, y se comprobó que eran los robados en el cortijo.

Al día siguiente el abogado quitó la placa del portal y cerró el bufete.

¡PA TO LO QUE MOLESTA!

Cuando en el año 1906 emprendió Su Majestad el Rey el viaje por toda España para conocer su reino, entrado ya en la mayoría de edad, dió en un pueblecito de la provincia de León, donde a pesar de ser verano, fué recibido por el Ayuntamiento y los principales del pueblo envueltos todos en unas inmensas capas, de un magnífico paño de un dedo de grueso.

Terminada la recepción oficial habló el Rey amistosamente con el alcalde, y de lo primero que preguntó, porque era lo que más le había llamado la atención, fué de las capas.

—¿Las usan ustedes a diario?

—No señor, señor: nos las ponemos pa las proci-siones, pa la visita del obispo, pa las cerimonias... ¡pa to lo que molesta!...

EL CUARTO EMPERADOR

Celebraba una entrevista en territorio ruso los tres Emperadores Nicolás, Guillermo y Francisco José, entrevista que terminó en cacería. Durante la excursión se les ocurrió ocupar la «troika» de un campesino

no que pasaba, para gozar de una rápida visión del paisaje.

Acomodáronse en el vehículo—definido por Julio Verne como «coche de cuatro ruedas de salir y de dos al llegar»—, dentro, el Zar y el Emperador de Austria, y en el pescante, con el cochero, el Káiser.

--¿Quiénes son esos que van dentro?—preguntó el campesino, mordido por la curiosidad.

—El de la derecha, el Emperador de Austria.

—¿Sí?—dijo, incrédulo, el ruso.

—Sí; el de la izquierda, el Zar.

—¡Caramba! ¿Entonces tú quién eres?

—Yo, el Emperador de Alemania.

—Pues yo—terminó el campesino—, el Emperador de China.

Terminado el paseo regresaron a donde estaban los séquitos, y cuando el «mujik» se daba cuenta de la importancia real de sus acompañantes, se le acercó al Káiser y le dijo:

—Aquél es el Emperador de Austria; ese es el Zar; yo soy el Káiser..., y tú un grandísimo embustero.

EL CARDENAL Y EL GAPUCHINO

El cardenal Acquaviva—protector que fué del caballero Casanova de Seingalt cuando éste no pasaba de modesto abate—, yendo en una carroza magnífica por las afueras de Roma vió, con gran sorpresa, a un capuchino jinete en una mula. Mandó S. E. parar la carroza y dijo al fraile:

—¿Desde cuándo va montado a caballo San Francisco?

—Desde que San Pedro pasea en rica carroza—le replicó, humildemente, el capuchino.

¿EZ OZTE DE UNA PIEZA U AÑIDIO?

Hay en un pueblo de la provincia de Murcia un abogado que es tan alto como poco caritativo; su talla pasa de dos metros, y esto, unido a lo delgado de su cuerpo, es bastante para que parezca un gigante.

Un día pasó por ese pueblo una pobre gitana pidiendo limosna, y al llegar a casa del letrado pronunció su acostumbrada súplica: «¡Una limosna, por Dios!»

Nuestro hombre, que salía hacia la calle, respondió: «¡Que El te ampare!»

Esperó la gitana que saliese, y al llegar a la puerta le dijo:

—Zeñor, ¿ez ozté de una pieza u añidio?

¡Y había que ver la cara que puso el generoso!

UN BUEN BEBEDOR

Aquel genial granadino que se llamó Manuel Paso, gran poeta y cordial camarada, era un hombre de un felz ingenio y de ocurrencias admirables. Sabido es cómo las gastaba el autor de «Curro Vargas», cuya vida bohemia y accidentada constituyó una novela interesantísima.

Su incorregible espíritu bohemio llevó a Manolo Paso a situaciones muy difíciles, de las que él sabía como Dios le daba a entender, para caer de nuevo en las mismas precarias estrecheces.

En cierta ocasión iba Paso con un indumento deplorabile, intentando librarse del frío con el liviano paño de una capa demasiado vieja, cuando acertó a pasar por su lado una muchacha amiga suya, la cual, al verle en tal estado, le dijo:

—Pero, chiquillo, ¡qué mal andas!

Y Manolo Paso contestó sonriente:

—No lo creas, hija, porque debajo de esta mala capa se oculta un buen bebedor.

CUBRASE SU MAJESTAD

En uno de los viajes efectuados por Su Majestad el Rey a un pequeño pueblecito industrial y dinástico, el alcalde extremaba las atenciones con el Soberano. Este, a quien molestaba el calor que hacía, llevaba el sombrero en la mano. Así penetraron en una fábrica propiedad del alcalde.

Al ver al Rey descubierto, el alcalde se apresuró a decirle:

—Cúbrase, Majestad, cúbrase.

El Monarca, comprendiendo el alcance de la invitación, se sonrió y continuó descubierto. Pero el alcalde, creyendo cumplir mejor con los deberes del respeto y de la cortesía, insistió diciendo:

—Pero cúbrase, Majestad.

Entonces, Don Alfonso se puso el sombrero, al mismo tiempo que decía:

—Con permiso de usted, señor alcalde.

ENTRE LEGULEYOS

Informaba el ilustre Martos ante una de las Salas del Tribunal Supremo, y el verbo inconfundible de su elocuencia derrochó hermosas imágenes que le parecieron irrespetuosas al presidente del Tribunal, que, interrumpiendo al eminente político, dijo..

—No olvide el letrado la diferencia que existe entre el modesto sitio desde el que actúa y este alto sitio de la presidencia.

—¿Cómo he de olvidarlo—replicó Martos—si de sobra estoy convencido de que para ocupar ese sitio

de su señoría es preciso haber demostrado que no se ha servido para ocupar este desde el que yo actúo?

¡ARRIBA LOS MUERTOS

Un conocido político que presentaba su candidatura para diputado a Cortes por un distrito de Galicia en elección parcial, por haber sido anulada el acta de las anteriores elecciones generales en el Congreso, solicitó del gobernador de la provincia permiso para celebrar un mitin electoral en el cementerio.

El gobernador, al oír formular esta curiosa demanda de permiso exclamó...

—¿En el cementerio? ¡Está usted loco! ¿A que viene ese sacrilegio?

Y el candidato le respondió, con el fino humorismo característico de la región gallega:

-- Como ha hecho usted que voten contra mi todos los muertos en la elección anterior, quiero ver si los convenzo, al exponerles mi programa, para que me den sus votos en la próxima contienda electoral....

UN ORFEO INEDITO

Creo que solamente viven de cuantos conocieron esta página de la vida de Gayarre, Mariano Benlliure y quien esto escribe, pues Valentín Gayarre, su sobrino, no recuerdo que estuviere en aquellos días en Madrid. Quien escribe estas líneas era entonces un chiquillo; pero por su ascendencia roncalesa y por su parentesco con personas muy allegadas a Julián Gayarre, estaba en casi diario contacto con el gran tenor.

Estaban en Madrid la Kuffer, la Pasqua, De Lucía Uetam, y si la memoria no me es infiel, Battistini, Carmen, Peña y Goñi, Luis Alfonso, el Conde de Mor-

phi, Monasterio, Manolito Alvarez, Mariano Benlliure, el maestro Ferrera, Mariano de Cavia, «Fernanflor» y un senador navarro eran los más habituales contertulios de Gayarre. La Kuffer, que estaba en la plenitud de sus facultades y en toda la esplendidez juvenil de su escultural belleza, preparaba «Orfeo», y Gayarre le daba lecciones.

Un día, no fué la Kuffer quien ensayaba «Orfeo». En el silencio de la noche se oía una voz angélica que de modo inimitable cantaba el «Che fazó senza Euridice». Era Julián Gayarre, que había decidido cantar el «Orfeo», y un día, pocos antes de morir el gran tenor, tuvieron sus amigos el placer divino de escucharlo a plena voz. Aquel «Orfeo» quedó inédito, y la Kuffer, cada vez que lo cantaba, recordaba al «divino Gayarre», del cual decía que era «El Orfeo soñado por Gluck».

INGENUIDAD INFANTIL

Un político levantino, que tiene una mina en su bufete y que la sabe cultivar con entusiasmo implacable, marchó a reposar unos días entre los pinos que hermocean la más valiosa de sus grandes posesiones. Cierta día, paseando en automóvil por la contornada, halló en el camino a la hija de un importante elector suyo, la cual regresaba de oír misa. Y como ya venían las elecciones—esto sucedió en Abril—, nuestro político, en un rasgo de amabilidad poco común en él, subió la niña al carruaje y la condujo a casa de sus padres.

—¿Saben ustedes—dijo el personaje cuando éstos salieron a recibirle—que su chica se ha quedado muda? No he conseguido hacerle hablar una sola palabra.

—¿Es posible?—exclamó la madre estupefacta—. ¡Si es una cotorral! Oye, hijita; dí: ¿Por qué no has respondido a lo que te decía este señor?

—Yo bien quise—murmuró al fin la pequeñuela—; pero al ir a hablar recordé lo que dice papá: que el señor es abogado y que una vez, por abrir la boca en su bufete, tuvo que pagarle quinientas pesetas.

UN ADMIRADOR DE TALLAVI

Cuando aquel gran actor inolvidable Pepe Tallaví actuaba en Madrid, con excepción de muy pocas noches, al terminar la función acudía a cenar al Colonial. Y sin ninguna excepción, a la puerta le aguardaba un comichuco, muy malo como tal, que se llamaba Cerdeña, Cerdeña o algo así, y con él penetraba en el café.

Tallaví se acomodaba junto a una mesa, siempre seguido de su admirador, y pedía de cenar.

—Tráeme—le decía al camarero—una tortilla, unos langostinos y un bisté.

Y luego, volviéndose hacia su admirador le preguntaba:

—¿Y usted, amigo Cerdeña?

Cerdeña repetía:

—Una tortilla, unos langostinos y un bisté.

Al fin, tomando el postre, Tallaví pedía cigarros y ponía uno en combustión. Cerdeña encendía otro y le apretaba entre los dientes.

Ya muy entrada la madrugada. Tallaví pagaba y se alzaba en pie para marcharse. Entonces invariablemente Cerdeña le tendía la mano y le preguntaba:

—¿Quiere usted algo más?

E invariablemente también Tallaví contestaba:

—Yo, no... ¿Y usted?

¡NO TENGO!

Pablo Iradier y Narciso Serra vivían juntos la vida de bohemios que viven casi siempre los escritores que dan sus primeros pasos por Madrid.

Serra tenía una cuentecilla pendiente con un usurero de la Villa y Corte, que decidió cobrarla yendo una mañana a casa de los dos amigos.

—¿Está don Narciso?

—No, señor respondió Iradier, que por encargo de Serra salió a recibir al «enojoso visitante.»

—¡Caramba, cuanto lo siento, pollo! ¿Tiene usted un cigarrillo?

—Sí, sí, señor—e Iradier le dió el cigarro pedido, en su deseo de que se fuera cuanto antes.

Este mismo diálogo se repitió tres días más, hasta que al quinto, al preguntar por don Narciso el usure-ro, Iradier, cerrando el ventanillo, contestó:

—¡No tengo!

Y el Matafías se fué aquel día sin fumar.

EN ASTURIAS NO HAY BOBOS

En ocasión en que abandonaba el Senado don Alejandro Pidal, en compañía de varios amigos, asturianos como él, observó que lloviznaba.

—Está «orvallando»—dijo.

—¿Y qué quiere decir eso?—inquirió un senador madrileño que formaba parte del grupo.

—Pues quiere decir—le replicó Pidal—que cae lluvia menuda.

—Pues sí que son ganas de complicar las cosas. En Madrid se llama a esto «calabobos».

—Mire—contestó Pidal,—es que en Asturias no hay bobos.

UN CASO DE SINCERIDAD

Manolo Uria fué un diputado que dejó en el Congreso y entre cuantos le trataron en vida, imperecedero recuerdo de su inteligencia, su ingenio y sobre todo de su fravesura, a la que muchas personalidades de alto relieve político tenían verdadero pánico.

Una de éstas, tan falta de seso como sobrada de vanidad, se acercó una tarde a Uria y le dijo:

— Me han dicho que en una casa donde tenían la bondad de reconocerme a mí talento manifestó usted su opinión contraria.

— No hay una sola palabra de verdad—contestó Uria—en todo lo que le han dicho a usted. Yo no he estado en ninguna casa ni en ninguna parte donde le hayan reconocido a usted talento.

EL MILAGRO DEL AVIADOR

Estaba anunciada la llegada a un pueblecito de Ciudad Real de varios alumnos de aviación que hacían un viaje de prácticas en aeroplano. Como en dicho pueblo nunca se había visto volar, fué grandísima la afluencia de público al lugar que se había designado para el aterrizaje de los aparatos, y hasta una pobre mujer que llevaba varios años enferma de parálisis mostró tantos deseos de presenciar aquel espectáculo, que fué conducida por sus familiares en una silla al campo.

No se hicieron esperar los aviones, que eran tres, de los cuales dos aterrizaron prontamente. Cuando fué a hacerlo el tercero descendiendo en vuelo planeado, el piloto, que era novel, en lugar de dirigirse sobre el espacio despejado, lo hizo derechamente sobre la masa de gente, que huyó despavorida en todos sentidos, dejando sola a la pobre paralítica.

Un segundo después el aparato avanzaba tan velozmente y se encontraba ya tan cerca, que el peligro era inminente. Entonces el piloto se dió cuenta de su error, y acelerando la marcha del motor continuó su vuelo, evitando la desgracia. Pero al oír la parálitica el ruido del motor sobre su cabeza, cuando ya tenía los ojos cerrados preparada a bien morir, se puso en pie y a buen paso se dirigió a su casa: estaba curada.

UN SOBRENOMBRE DE CATEGORÍA

En Málaga residía un señor cuya talla se aproximaba a los dos metros y tenía una hija muy bonita, sí, pero de baja estatura.

Los maiaqueños, que no perdonan ocasión de dar muestras de su ingenio y buen humor, bautizaron a la muchacha con el título de «la hija del altísimo».

SIEMPRE EN LA OPOSICION

Luis M., notable periorodista, cumple un mandato de su director representándole en el entierro de un famoso político a quien M. había combatido con verdadera saña, haciéndole objeto de sus preferencias en terribles artículos de oposición.

Proverbial era entre profesionales la furibunda antipatía que existió siempre entre el político muerto y el periodista que en aquel momento cumplía por delegación aquel póstumo deber.

En un grupo de políticos y periodistas se charlaba animadamente. Luis M., infatigable y hábil conversador, permanecía callado, subido el cuello del gabán hasta las orejas y evidentemente distraído.

—¿Qué te ocurre—le preguntó un compañero—, que estás hoy tan silencioso, precisamente hoy?

—Pues nada de particular: que no me encuentro bien. Como que no haré más que llegar al cementerio y me volveré a mi casa para meterme en cama.

—Claro, el muerto ha venido de la cama al cementerio y tú no puedes menos de continuar en la oposición.

«¡NIÑO, HAZLO OTRA VEZ!...»

Noche de Jueves Santo, en Sevilla. La «Macarena» va a salir de su templo y en la estrecha callejuela se aglomera la muchedumbre de curiosos. Barullo, algarrabía. De improviso, rumor de riña, gritos e imprecaciones. ¿Qué ocurre? Que un hombre como un castillo ha sentido sobre sus piernas una rociada sospechosa y que la rociada proviene de un muchachuelo que no pudiendo aguantar y no queriendo perder su sitio, ha «desaguado» allí mismo cierta necesidad imperiosa.

Protestas y cates al muchacho. Este los soporta impávido y se niega a irse de allí, como le recomiendan algunas personas conciliadoras. Y cuando el escándalo arrecia suenan las trompetas de los «armaos», se abren las puertas del templo... y todo el mundo calla. La «Macarena» sale.

Y cuando la hermosa imagen, hecha un ascua resplandeciente, pasa ante el grupo donde surgió la pelea, el chicuelo de marras se empina sobre los pies, y con voz en la que hay humedad de lágrimas y temblor de emoción, canta esta saeta:

Madre mía de la Esperanza,
¿quién es tu hermano mayor,
que te ha puesto tan bonita,
reluciente como el sol?

Murmullo de aprobación en la muchedumbre.
«¡Qué bien!» «¡Vaya estilo!»... El chaveta, cumplida su

misión, exclama: «¡Ahora ya me pueo dir! ¡Antes, no...»

Pero el que recibió la mojadura le detiene y le dice, conmovido: «¡Anda, niño, hazlo otra vez si quieres!...»

ROMANONES Y MAURA

Siendo presidente del Consejo el conde de Romanones se discutía en el Congreso de los Diputados un proyecto de ley, y en la discusión intervenía D. Antonio Maura, que, haciendo una crítica del contenido de la reforma puesta a debate, expresó que una cosa parecida se había intentado hacer en Inglaterra sin resultado.

—No se pudo hacer en Inglaterra—decía el Sr. Maura—, y quien presentó el proyecto era Gladstone, señor conde de Romanones, Gladstone.

—A Gladstone quería yo ver aquí con esta tropa—interrumpió quedamente el conde de Romanones; pero el silencio que había en el hemicycle por oír la autorizada palabra del Sr. Maura, hizo que se escuchase con bastante claridad la interrupción del jefe del Gobierno, que provocó la hilaridad de la Cámara.

LA PROPOSICION INCIDENTAL

Siempre envuelven un ardid político las proposiciones incidentales, y así no tiene nada de extraño que un parlamentario tan experto como Ruiz Zorrilla dijese a Sagasta:

—Si su señoría trae el Credo en una proposición incidental, votaré en contra del Credo.

Pero es más pintoresco un incidente parlamentario de las Cortes de 1921.

Los diputado señores Salvatella y López Monis,

caracterizados romanonistas, firmaron una proposición incidental sin consultar con el conde de Romanones.

Se promovió un debate en el que intervinieron varios jefes de minoría, y todos coincidieron en que había un fondo político en la proposición que se discutía.

Al corresponderle hablar al conde de Romanones, después de coincidir en el criterio de los anteriores oradores en lo que se refería al fondo político del asunto, dijo:

—Respecto a la proposición he de dar un consejo a mis amigos. La proposición incidental es siempre el acto más político de la vida parlamentaria. Lo de menos es el texto. Lo más, la circunstancias políticas. Por eso—añadió el conde dirigiéndose a sus amigos—si alguna vez os invitan a firmar una proposición incidental lo primero que debéis hacer es no leer el texto; lo segundo, mirar a la cara del proponente para escudriñar sus intenciones personales; luego, acordaos de la formación de este Gobierno (se trataba de un Gabinete de concentración), y, después de todo, ¡no firmar!

SEÑAL EVIDENTE

A D. Enrique Gaspar, el ilustre autor de «Las personas decentes», fué a leerle una comedia un autor novel. Iba este tan aturdido que, apenas entró en el recibimiento del comediógrafo, tropezó con el perchero, dándose un tremendo golpe en un ojo, que se le amorató en seguida.

Ya en presencia de D. Enrique, el visitante dió principio a la lectura. Pero, a poco de iniciarse esta, Gaspar la interrumpió para preguntar al novel:

—¿A quién ha leído usted esta comedia?

—¿Yo? ¡A nadie!—replicó el muchacho, azoradísimo—. ¡Es usted la primera persona que la conoce, don Enrique!...

—Pues entonces —insistió Gaspar —, ¿quién le ha hecho a usted ese cardenal en el ojo?

QUE ES EL ALMA?

Se examinaba en uno de los institutos madrileños, de Psicología, Lógica y Ética, un muchacho travieso y despejado que, andando el tiempo, ha ejercido algunos cargos públicos en las revueltas de esa política española fracasada hace poco.

El catedrático de la asignatura, muy amigo del padre del alumno, al observar lo «pez» que éste se presentaba a examen, quiso tenderle un «cable».

—Vamos a ver. ¿Qué es psicología? —preguntó.

—La ciencia del alma —respondió el muchacho, satisfecho de haber podido responder a una pregunta.

—¿Y qué es el alma?

—El alma..., el alma...

Titubeó el discípulo, buscando salir de aquel apuro, y al fin, resueltamente, dijo:

—El alma es... lo que me va a romper mi padre en cuanto llegue a casa con las notas.

LA MEMORIA DE CANOVAS

El gran D. Antonio Cánovas tenía, como otros muchos hombres de extraordinario talento, una gran memoria; pero tenía además, y ya esto es menos frecuente, la memoria de los hombres buenos: la memoria de corazón, que guarda el recuerdo de los beneficios recibidos.

Como presidente del Consejo visitó una capital del Sur, y allí, después de no pocos esfuerzos, logró llegar a su presencia un pobre cesante a quien la falta

de recursos y una numerosa familia, habían puesto en trance de intentarlo todo.

Apenas lo vió entrar don Antonio se levantó súbito y, yendo hacia él, le dijo conmovido:

—No sé quién es usted; pero no he olvidado que dió diez reales para el entierro de mi padre. Pídame lo que quiera.

Y desde entonces al pobre cesante, repuesto en su empleo, no le faltó jamás la protección de D. Antonio Cánovas.

¡...Y NO ERA NADA

Hacia la visita de la mañana en la sala de Medicina del Hospital militar de una capital importante, el capitán-médico, a quien acompañaba el sanitario «libretista», encargado de anotar el diagnóstico y tratamiento que debía aplicarse a cada enfermo.

Al llegar a la cama núm. 37, ocupada por un «caloyo» (soldado recién incorporado a filas) que había ingresado el día anterior y cuyo decaimiento llama la atención del médico, le dice éste: Vamos ¡hombre! ¡Animo!. Dime ¿Qué sientes?

—¡Ay! «Dotor». ¡Que no me para nada en el cuerpo!

—¡Vá! eso no es «nada». Que te ha hecho daño el primer rancho.

Le hace un rápido reconocimiento del vientre y dirigiéndose al enfermo para darle ánimos le repite:

—No tengas miedo que esto no es «nada».

El sanitario inicia una interrogación a la que contesta el capitán médico:

—Tiene gastro enteritis coleriforme.

Dá las instrucciones convenientes y prosiguen la visita.

Entonces se vuelve el «caloyo» hacia su compañero del núm. 36 y le dice:

—Ya ves si me voy a creer que no tengo «nada». Le ha dicho el «dotor» que tengo «drento» (y el quinto señalaba su vientre) ¡un gato enterito con uniforme!

ANECDOTAS CANARIAS

En los tiempos que existía en la Laguna la antigua parroquia de los Remedios, acostumbraban los principales murmuradores del pueblo a sentarse en unos poyos situados en el exterior de aquel templo.

Es fama que en los pórticos del mismo, encima de los poyos, estaban las estatuas de San Pedro y San Pablo.

Una noche, después de la acostumbrada tertulia, pasó por la plaza el señor Corregidor y vió con extrañeza a uno de los contertulios que se había quedado solo.

—¿Qué hace vuesa merced tan solitario?—preguntó el corregidor.

—Señor, —repuso el interpelado— como todo el que se ha ido hoy de estos poyos ha sido criticado por los compañeros que se quedaban, temo que si yo me voy ahora se queden San Pedro y San Pablo sacándome el cuero.,.

Trabajando un mampostero en la histórica ermita de Gracia, tuvo la mala suerte de irse al suelo, no sin grave detrimento de sus costillas.

Nuestro hombre, dolorido aún de la caída, comentaba el suceso con unos amigos:

—No estoy conforme—decía—con eso de que vale más caer en gracia que ser gracioso. Yo prefiero ser gracioso antes que caer en Gracia...

Don Pedro X... obispo de Tenerife, visitó en cierta ocasión a un célebre cura del Realejo que tenía fama de versificador fácil y oportuno.

Estaba D. Pedro contemplando el panorama de los campos del Realejo, desde una de las ventanas de la casa del cura, cuando vió en la huerta de éste a un gallo que, sin reparo de Su Ilustrísima, se entregaba en cuerpo y alma a su gallina predilecta.

—¡Señor cura!—exclamó entonces el obispo sin poder contener la risa.—¡Mire usted qué cosa está haciendo el gallo y qué versito se merece su atrevimiento!...

El cura, que para versificar no encontraba inconvenientes, se apresuró a complacer al ilustre huésped con esta donosa redondilla:

De un gallo el triste sonido,
a un Pedro hizo gemir;
y a otro Pedro hizo reir
un gallo de amor rendido.

=

Un chasnero, natural de un árido paraje que en las bandas del Sur llaman por irrisión «La Gloria» se confesaba en peligro de muerte en un hospital de Santa Cruz.

—Hermano, le decía el confesor, preparándole para bien morir—confíe usted en Dios que El le llevará a la gloria.

—¡Padre!—exclamó entonces el chasnero con verdadera compunción, mejor sería que me mandaran al cielo porque en la gloria se muere uno de necesidad...

=

Un noble de la Orotava, en ocasión en que se hallaba en el portal de su casa, vió pasar por la calle una manada de machos cabríos, y deseando comprar uno preguntó al ganadero:

—Amigo, ¿a cómo corren los machos?

—¡Señor!—dijo el rústico—a cuatro pies.

—No te quiero decir eso, sino a cómo andan.

—Según y conforme—añadió el ganadero, aprovechándose de la necesidad del noble—. Por lo general, a dos o tres juntos...

LA IGUALDAD ANTE LA LEY

Era presidente de la Audiencia de Zaragoza el magistrado Sr. Gadod, y presidía una Sala ante la que se veía una causa por un asunto bastante escabroso ocurrido en un pueblo próximo a la capital aragonesa.

Como en él jugaba papel importante una muchacha de aquel pueblo, todas las vecinas se trasladaron a Zaragoza a presenciar los incidentes del juicio y conocer las andanzas de la moza en cuestión.

El presidente, al ver que el local en que se celebraba la vista se hallaba ocupado por mujeres, dirigiéndose a la concurrencia femenina dijo:

—Como quiera que se pueden oír aquí ciertas cosas algo fuertes, ruego a las mujeres decentes que salgan del local.

A la invitación presidencial solo respondieron tres o cuatro mujeres, que abandonaron la Sala.

Las demás optaron por quedarse, y entonces el presidente exclamó:

—Ahora que despejen el local todas las demás señoras.

Y la vista se celebró a puerta cerrada!

¡QUE SUBAN!

Manolo Vico, maestro en la frase graciosa y el dicho pronto y oportuno, tuvo en cierta época de su vi-

da el prurito de dominar toda clase de juegos de los llamados de azar.

Una tarde se hallaba en un casino con algunos amigos jugando al treinta y cuarenta y se había puesto de banquero.

En una de las jugadas, al contar los puntos de las cartas de la fila segunda, se equivocó en la suma, cantando cinco en vez de dos.

—Manolo, que abajo hay dos-le corrigió un amigo.

Y Vico, que no quería reconocer su error, le dijo rápido:

—¡Que suban!

Y barajó las cartas.

UN ANTIGUO CONOCIMIENTO

En una de las visitas del Rey Alfonso XIII a Barcelona actuaba en el Liceo de la Ciudad Condal una compañía de ópera en cuyas listas figuraba el gran tenor español Hipólito Lázaro.

Una de las noches, en que éste cantaba «Aida», fué a presenciar el espectáculo el Monarca español, quien, al acabar el primer acto, llamó a Lázaro a su palco para felicitarle.

—No es la primera vez que Vuestra Majestad me ha visto—dijo el tenor al Rey—; nos conocemos hace tiempo.

—Pues no recuerdo; y es extraño, porque suelo ser un buen fisonomista.

—¿Se acuerda Vuestra Majestad de su visita a Zaragoza?

—Sí, sí, me acuerdo.

—Pues uno de los cabos de la compañía de Infantería que le rindió honores era yo.

Y el Rey, ante aquella cita tan precisa, hubo de sonreír.

CURIOSA EQUIVOCACION

Se había celebrado una recepción de gala en Palacio y a ella concurrió el entonces presidente del Consejo, D. Práxedes Mateo Sagasta, vistiendo el uniforme de su cargo y ostentando cruzada sobre el pecho una banda de seda de un precioso color café.

Los periodistas palatinos, expertos conocedores de condecoraciones nacionales y extranjeras, no conocieron el distintivo que llevaba el presidente, y a él recurrieron para que los sacase de dudas.

El Sr. Sagasta, muy sorprendido por la pregunta, dijo a los informadores que también ignoraba la Orden que representaba la banda que llevaba puesta.

—No les extrañe a ustedes—añadió—. De estas cosas se ocupa mi hija. Cuando llegue a casa se lo preguntaré y tendré mucho gusto en decírselo a ustedes.

Llegó el Sr. Sagasta a su casa y no tuvo necesidad de preguntar a su hija, pues ésta, al verlo aparecer, exclamó:

—Pero papá, ¿cómo te has puesto una cinta de mi vestido?

UNA ESCENA TEATRAL

Contaba el ingenioso autor García Alvarez a varios de sus amigos que era muy fácil hacer una escena teatral para terminarla en un chiste.

—Vean ustedes—añadió—. La escena representa la estación de un ferrocarril en el momento que en un pueblo se hace la despedida al diputado del distrito. Personajes: el diputado, el alcalde, el cacique, el secretario, el médico y varios mozos contratados a tres pesetas para dar vivas.

El diputado sube al vagón y todos a porfía le preguntan si quiere llevarse algo del pueblo.

—Señor diputado, ¿quiere usted unas truchas, que son riquísimas?..,

—¿Quiere usted unos chorizos?--dice otro.

El diputado dice que se llevaría una gallina para regalarla en el pueblo inmediato, y entonces el alcalde se vuelve rápidamente al grupo que le rodea y dice:

—¡A ver, que traigan una gallina!

Uno de los mozos sale de estampía a buscarla, y el alcalde le grita:

—¡Tráela viva! ¡Viva!

Y todos los contratados para los vítores creyendo que esa era la señal para la ovación, exclamaron a todo pulmón:

¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el diputado!...

EL FINAL DE UN DISCURSO

Tras de una activa propaganda por provincias hecha por D. Nicolás María Rivero para la organización del partido democrático, y después de haber dejado constituidos numerosos Comités en los pueblos, se celebró una reunión en Madrid de representantes de éste.

Celebrada la reunión, a la que asistieron numerosos representantes del partido en provincias, quedó constituido el Comité Central, y cuando ya estaba a punto de terminar la sesión, uno de los representantes provincianos, que traía embotellado un discurso, pidió la palabra.

—¿Para qué quiere su señoría la palabra a estas horas?—preguntó el señor Rivero, que presidía la reunión.

—Para explicar los orígenes de la Democracia.

—Está bien—dijo el Sr. Rivero—; puede usted hablar.

—Señores: La Tierra fué creada o increada —comenzó diciendo el orador en cuestión—. Eso no lo sabemos; pero lo que está fuera de duda es que su primitivo estado fué incandescente, luego vino el enfriamiento, y con él las especies. Después de las épocas paleontológicas...

—Perdone su señoría un momento—le interrumpió el Sr. Rivera—, pero antes de que llegue el Diluvio voy a mandar que me traigan un paraguas.

La interrupción del Sr. Rivero puso término al discurso y a la reunión.

EL TRABAJO DEL NOVELISTA

Un ilustre novelista tenía la costumbre de ir todas las tardes a tomarse un vaso de leche a un establecimiento del barrio de Salamanca, en Madrid,

Ocurrió que un día, al marcharse a la calle, uno de los parroquianos de la lechería, amigo del dueño, le dijo:

—¿Sabe usted quien es ese señor que se acaba de marchar?

—No; aquí viene todas las tardes; pero no sé quien es.

—Pues se llama don Fulano de Tal, y es autor de tales y cuales libros.

Al siguiente día entró, como de costumbre, el ilustre literato en la vaquería, y el dueño se apresuró a saludarle cariñosamente, diciéndole:

—Sé que es usted don Fulano y que ha escrito muchos libros muy bonitos.

—Si—contestó evasivamente el aludido.

Y el lechero añadió:

—No le dé a usted vergüenza, ¡qué demonio! Cada uno se gana la vida como puede.

LECCION DE ORTOGRAFÍA

En la campaña de Filipinas, un viejo coronel procedente de la tropa, dictaba una comunicación a uno de los sargentos a sus órdenes.

—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que ayer...

Al llegar a este punto, el coronel, que no perdía letra de lo que el subordinado iba escribiendo, se interrumpió para decirle:

- Mal andamos de ortografía.
- ¿Me permite, mi coronel, que le pregunte...?
- Ayer se escribe con «hache».
- Mi coronel, con hache lo que se escribe es hoy.
- ¡Cómo se entiende! Con hache se escribe ayer, hoy y mañana.

LAS EXAGERACIONES

Sagasta, para quitarse de encima un individuo que le venía durante mucho tiempo atosigando para obtener un destino, le dió una credencial de secretario de Ayuntamiento de un pueblo de Andalucía.

Al cabo de un par de años vino a Madrid el individuo en cuestión y se creyó obligado a visitar a Sagasta. El jefe de los liberales, que no olvidó la pesadez de su visitante, se alarmó por si venía en busca de otro empleo; pero amable y acogedor siempre, le preguntó:

- ¿Cómo le va por Andalucía?
- Como todos los días, don Práxedes; pero paso un calor horrible. Allí hay días que a la sombra hay sesenta grados.
- ¡Qué atrocidad, hombre! —contestó Sagasta—. ¿Cómo se le ocurre a usted ponerse a la sombra?

¡VAYA TACTO!

En una recepción dada en Palacio, cuando reinaba D. Alfonso XII, se comentaban las raras habilidades de ciertas personas en un corrillo formado por distinguidas personalidades. Entre éstas se encontraban Su Majestad y el celeberrimo ministro de Hacienda don José María Albareda.

—En Ecija—decía Albareda—hay un ciego que entra en una cuadra y sólo con pasar la mano por el lomo de las bestias dice: «Este es bayo; éste es tordo; éste es negro...»

—¿Y acierta siempre?—preguntó con interés don Alfonso.

—¡Ni por «cazualidá»!—contestó, impertérrito, el ministro andaluz.

EL MANTENEDOR

Al regresar a Madrid el secretario de la Asociación de la Prensa, D. Eduardo Palacio Valdés, de un breve viaje a una población valenciana, donde había actuado de mantenedor de unos Juegos Florales, fué saludado por un escritor que repetidas veces había acudido al bolsillo del simpático D. Eduardo para remedio de apremiantes apuros pecuniarios.

—De verdad—dijo el escritor en cuestión a Palacio Valdés—que no creía que tú hubieras podido ser manteneador.

—Pues a tí menos que a nadie—replicó prontamente Palacio Valdés—puede extrañarte, porque te he mantenido mucho tiempo.

EL TOCADOR DE SEÑORAS

Aquel famoso don José Casini, tan celebrado en Málaga por sus felices ocurrencias y por sus cuentos graciosísimos, se hallaba cierta noche junto al tocador de señoras en un lujoso baile de Carnaval.

Una mascarita elegante, aproximándose a Casini, le preguntó con impaciencia:

—¿El tocador de señoras?

Casini le miró de alto abajo, se hizo cargo en el acto del inapreciable tesoro que bajo el disfraz se ocultaba, y contestó sin vacilar:

—Servidor de usted. ¡Ya lo creo!

UNA RESPUESTA LOGICA

Durante la actuación de Rosario Leonís en el teatro Tívoli, de Barcelona, en la pasada temporada, llegó a su «camerino» un admirador que deseaba saludarla personalmente.

Hechas las presentaciones de rigor por un amigo de Rosarito, el presentado se deshizo en elogios al arte y a la persona de ésta, y como viera en un cartel anunciada «La tempestad» para «debut» de otra nueva compañía, creyendo que su admirada artista formaría también parte de ese elenco, le preguntó:

—¿Y qué hace usted en «La tempestad»?

A lo que la gentil tiple sevillana respondió, sonriente:

—Pos yo, meterme en casa y no salí hasta que pase la troná.

Las carcajadas se oyeron en la sala del teatro.

¿Y SI LE DAN SUSPENSO?...

Llegó una noche a la tertulia de periodistas de Fornos, Mariano García Cortés, acompañado de un hijo suyo, con quien había estado en el teatro donde actuaba un galán que frecuentaba la reunión.

--¿Venís del teatro?—preguntó a Mariano, Eduardo Palacio Valdés.

—Sí— se apresuró a replicar el galán—; el chico ha sacado sobresaliente y su padre le ha llevado a verme trabajar.

Y Palacio contestó en el acto:

—¡Dios mío! ¿Qué hubiera hecho si le suspenden?...

UNA GRACIOSA CONFUSION

En Valencia existe una tienda, cerca del Ayuntamiento, en la que se venden molduras y artículos análogos, cuyo comercio tiene un rótulo que dice solamente: «Marcos fantasía»

Se discutía en una sesión del Municipio de la capital levantina el gasto que ocasionaría poner un marco nuevo al retrato del Rey colocado en el salón de sesiones de la Casa de la Villa, y en la discusión intervino el famoso concejal señor Canet y Pastor, quien abogaba por que se hicieran economías en la cifra presupuestada.

—Yo—decía el aludido concejal—puedo encargarme de gestionar una rebaja, y espero obtenerla, porque soy muy amigo de la Casa de don Marcos Fantasía.

Una unánime carcajada acogió las frases del famoso concejal, que confundía, con su característica buena fé, el rótulo de una tienda con el nombre de un industrial.

¡LO QUE SUDARÁ SU SEÑORÍA!

A fines del siglo pasado hizo su debut parlamentario en el Congreso D. Pascual Amat, entonces diputado novel y perteneciente al Cuerpo Jurídico Militar y que luego llegó a ocupar importantes cargos, incluso el de ministro.

Era en pleno verano, y las Cortes se mantenían abiertas porque el Gobierno necesitaba aprobar unos proyectos con toda urgencia. En la discusión de uno de tales proyectos intervino el Sr. Amat, que comenzó su discurso diciendo:

—Por primera vez tiene el honor de dirigirse a la Cámara un hombre modesto que viste el honroso uniforme militar, y que sobre el uniforme lleva la gloriosa toga de letrado, y sobre la toga de letrado luce ahora la toga de legislador.

Y el ingenioso Guillermo Rancés, interrumpió al orador diciéndole:

—¡Lo que sudará su señoría con este calor y con tanta ropa!

El discurso se malogró allí mismo.

¡SILENCIO ABSOLUTO!

En una de las «tournées» por provincias de la Orquesta Sinfónica, el maestro Arbós tuvo que ordenar que se colocase entre bastidores un vigilante para impedir que durante la ejecución del programa nadie hablase ni hiciese ruido.

Ejecutábase la obertura de «Leonora» entre el silencio más sepulcral, merced a la cara «feroche» del vigilante. En esa pieza de concierto hay un pasaje que ejecuta un cornetín, situado lejos del resto de la orquesta...

Llegó el momento oportuno, y cuando el profesor

señor Coronel, se llevó, entre bastidores, el cornetín a la boca, el vigilante se echó sobre él como una fiera y, arrebatándole el instrumento, dijo con media voz furibunda:

—¿Qué va usted a hacer, desdichado? ¡Aquí hay que guardar silencio absoluto!...

UN DOMESTICADOR DE PAJAROS

En la plaza de toros de Talavera de la Reina, se anunció hace años que un domesticador de pájaros abriría una jaula que contenía más de cien gorriones y jilgueros, dando a éstos completa libertad.

El domesticador tocaría un silbato, y al oírlo todas las aves volverían a la jaula.

La entrada a la plaza sólo costaba veinticinco céntimos de peseta, y ante lo modesto de esta suma excusado es decir que toda la plaza se llenó de espectadores.

Llegó el momento de soltar los pájaros, y no hay que decir la satisfacción con que éstos emprendieron el vuelo a una alameda inmediata.

A los pocos momentos sonó el pito del domesticador, sin que ni remotamente se le ocurriera retornar a la jaula a ninguno de los libertados.

No hay que decir la gritería que se armaría en la plaza cuando, transcurrida media hora no había vuelto ningún gorrión.

—Pero, ¿cómo han de volver con este escándalo?—decía el empresario del espectáculo y propietario de las avejillas.

Y todo el mundo le daba la razón poco después, desfilando la gente y compadeciendo al infeliz por haberle separado de sus alados discípulos.

Por la noche, en la posada, un espectador de los de la tarde le decía:

--¿Estará muy triste por el perjuicio que le han causado?

—¡Hombre! Si usted me guarda el secreto le diré que todos los pájaros los había cogido esta madrugada.

HABERLO DICHO ANTES

Pepe Millán Astray, el bravo jefe que fué del Tercio Extranjero, y a quien se debe la formación de tan brillante unidad militar, fué herido en una de las operaciones en que tomó parte con arriesgado valor y sangre fría.

La bala le entró en una pierna, a pesar de lo cual siguió peleando y dando ejemplo a sus legionarios. Terminada la operación, el mismo Millán se contempló la herida y de ella extrajo, simplemente con apretar un poco los bordes para contener la hemorragia, la bala que le había herido.

Trasladado al hospital, los médicos procedieron a curarle.

Durante dos días los médicos no hacían más que sondar la herida, hasta que, cansado de sufrir, preguntó Millán:

—¿Qué buscan ustedes?:

—Buscamos la bala—le respondieron.

—¡Mil bombas!--rugió Millán Astray—;Haberlo dicho antes. ¡La tengo en el bolsillo!...

UNA SALIDA DIFÍCIL

En una compañía de comedias dirigida por una aplaudida actriz, figuraba un joven actor con quien el público se mefía todos los días de una manera despiadada. Tan grande fué el pateo durante una de las re-

presentaciones, que el actor tuvo que dirigir la palabra a los espectadores:

— Respetable público: Desde que tuve el honor de presentarme ante ustedes, he sido protestado en todas las obras con muchísima razón, pues mis dotes artísticas son muy escasas. Pero debo hacerles saber que mi sueldo es de cinco pesetas; y como esta compañía carece de primer actor, se me obliga a desempeñar los papeles de éste.

El público aplaudió la sinceridad del joven comediante, quien, con toda tranquilidad, continuó la escena interrumpida; pero terminada ésta se acercó a la batería y volvió a dirigir la palabra a la concurrencia:

— Respetable público. Ruego a ustedes que me permitan marcharme por aquí, porque en las cajas de la derecha me espera la primera actriz y directora y en las de la izquierda su señora madre.

Uno de los músicos le dió la mano, el actor saltó al patio de butacas, y se marchó a su casa entre la primera ovación que había oído en su vida artística.

CON ALGUIEN HE DE DESAHOGARME

Veraneaba la Corte en La Granja. Don Práxedes pasaba allí algunos días, y era ministro de jornada don José Luis Albareda.

Este, que era un empedernido cazador, solía salir de excursión con su secretario, D. Rafael Comenge, y su perra «Témida», un magnífico y envidiado animal que compró a un gitano y al que conservó el nombre con el acento equivocado, porque por él estaba acostumbrado a atender el animalito.

Una tarde se unió a la expedición D. Práxedes, más por andar un rato por el campo que llevado por entusiasmos cinegéticos, que no sentía; pero llevaba la escopeta por si las perdices se ponían a tiro y espe-

raban tiempo suficiente para que el cazador apuntara con comodidad. Iban también «Témida», orgullo de Albareda, y Comenge. De pronto la perra se pone de muestra en esa actitud, tan elegante y escultórica, que caracteriza a los buenos canes de caza, y Albareda, en la fiebre de la afición, pero deferente con su jefe, dijo a Sagasta:

—¡Don Práxedes, prepárese usted, que ahí están las perdices! ¡Prepárese!

Y comenzó a azuzar a la perra.

—¡Entra, «Témida»! ¡Ahora!

Entró «Témida» dando un salto; sonó un tiro, y el precioso animal cayó pesadamente en tierra.

Albareda se volvió loco, airado, furioso, contra Comenge.

—¡Animal! ¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Me has matado la perra! ¡Infame!...

Tímidamente, D. Práxedes se aventuró a decir:

—José Luis, no insulte más al muchacho. Yo fui el que disparó.

—Ya lo sé; pero usted es el presidente del Consejo, y yo con alguien he de dosahogarme.

ROMERO, OBISPO SIN MITRA

Allá por los años de mil ochocientos ochenta y tantos celebrábase elecciones para diputados a Cortes, dirigidas por el entonces ministro Romero Robledo. Presentó su candidatura por un distrito malagueño el consecuente republicano Carvajal y Hué, quien a fuerza de tropelías resultó derrotado, sobreviniendo «a un posteriori» una terrible persecución contra aquellos electores que le prestaron su concurso, de los cuales muchos tuvieron que abandonar sus hogares, marchando a otros pueblos.

Transcurridos unos años fueron convocadas otras

elecciones, esta vez hallándose en el Poder el partido liberal. Carvajal decidió presentar nuevamente su candidatura por el mismo distrito, marchando a preparar su elección; mas tropezó con la indecisión de sus amigos, que, escarmentados de la vez anterior, temían nuevas persecuciones de los representantes de Romero.

El gran republicano escuchó sereno las razones que le iban exponiendo, y cuando hablaron todos sus contertulios se dirigió a ellos, diciéndoles:

—¿Pero ustedes saben quién es ahora Romero Robledo?

Callaron todos, y él, con cara sonriente, les expuso:

—Romero Robledo, fuera de los Consejos de la Corona, no es más que un obispo sin mitra.

LOS SUDORES DE FRANCOS RODRIGUEZ

Hace algún tiempo, elementos del distrito de Chamberí obsequiaron con un banquete al industrial del dicho distrito Sr. Amat por sus gestiones con motivo de los festejos celebrados durante la verbena del Carmen, siendo el iniciador del homenaje a la vejez.

Al banquete, como es consiguiente, no podía faltar D. José Francos Rodríguez.

El acto tuvo lugar en un restaurán de Cuatro Caminos, y tanto por el excesivo calor de aquellos días como por el número de comensales y lo reducido del local, los asistentes al mismo sudaban la gota gorda.

El ilustre ex-ministro demócrata se liquidaba materialmente; pero no por ello dejaba de «pícar» en los platos.

Dos comensales que se hallaban a espaldas del Sr. Francos Rodríguez se fijaron en él, y uno de ellos, en voz baja, pero no tanto que no pudiera oírle, dijo al otro:

—Fíjate en Francos Rodríguez cómo traga a dos carrillos...

Y el ilustre presidente de la Asociación de la Prensa, volviéndose al comentarista, dijo humorísticamente:

—¡Pero lo que como mis sudores me cuesta!...

MINISTROS DE MADERA

Entre las grandes cualidades que destacaban a Canalejas ninguna superaba a su mordacidad. A sus mismos íntimos amigos, los que más debían a su predilección, les zahería y les mortificaba constantemente.

El año 1910, unos días antes de reunirse las Cortes que el insigne estadista había convocado como jefe de Gobierno. Luis Morote le hacía una interviú para un diario de la Habana, y le preguntaba que concepto tenía de sus ministros.

—Fulano... ¿Qué le parece a usted Fulano?—preguntaba Morote.

Canalejas, sin contestar, dió un golpe con los nudillos sobre la mesa.

—¿Y Mengano?—siguió inquiriendo el popular periodista.

Canalejas, siempre silencioso, dió entonces dos nuevos golpecitos insinuantes.

—¿Y Perengano?—volvió a preguntar Morote.

Canalejas dió tres nuevos golpes y repique. En seguida se puso en pie, y exclamó sonriendo:

—¡Querido Luis!... Pregúnteme usted sobre otra cosa, porque si me obliga a que le diga lo que pienso de todo el Gobierno me voy a destrozar los nudillos.

LA VENGANZA DE ARIÑO

Don Lorenzo Moret, hijo prematuramente fallecido del gran orador, era aficionado a vestir muy bien, y como iba mucho al Extranjero casi siempre se vestía en Londres. Había en aquella época en Madrid un sastre que empezaba a acreditarse y que luego tuvo una gran clientela. El sastre vestía a un diputado amigo de Lorenzo Moret, tan ingenioso como escaso de dinero, llamado Tomás Ariño, el cual hizo un trato con el sastre: llevarle de cuando en cuando a Moret para que copiase el último modelo inglés, a cambio de hacerle un traje de balde cada estación. Todo fué bien durante un par de años, hasta que el sastre tuvo clientela; pero cuando ya la tuvo se negó a vestirle de balde.

Ariño se preparó para vengarse, y para ello se negó a pagarle una cuenta con pretexto de que, siendo pequeño, le cobraba igual que a los altos y gruesos. Tuvieron un serio altercado, y Ariño logró lo que se proponía: que lo demandase. El sastre acudió al Juzgado, declaró que en su casa no había tallas, sino precio uniforme, y ganó el asunto. Tomás Ariño pagó y desde aquel día no cesaba de enviarle nuevos parroquianos, siendo raro que no entrasen en la tienda tres o cuatro al día, enviados por él. D. Alberto Aguilera, «Gonzalón», el célebre notario; don Antonio Barroso, don Fermín Calbetón, Luis Fuentes, el General Ríos, Salvador Bayona y cien amigos por el estilo que necesitaban cinco metros de tela, pasaron por aquella sastrería, amenazando arruinar al sastre.

Un día recibió Ariño la visita del atribulado sastre, que le dijo: «No me envíe usted más clientes y le haré cuatro trajes de balde cada año.»

«...NOSOTROS TAMBIEN»

Hubo en Madrid un célebre marqués, senador vitalicio, multimillonario, muy aficionado al pacto de retro y al interés compuesto, tacafío como pocos y con una salud tan admirable que, según uno de sus yernos, hasta economizaba el estar enfermo.

Contábanse de él cosas increíbles, y de él se dice que fué el inventor de la costumbre de «pedir fuego» para economizarse la cerilla.

Nuestro marqués tenía un yerno muy simpático, muy chascarrillero, capaz de hacer un chiste a costa de sus propias dolencias, y que veía aumentar los millones «de papá» sin que ni por casualidad llegase a sus manos otra cosa que una renta sobrado mezquina para atender con holgura a las necesidades de la vida.

Toda vida humana tiene su término, y si Matusalen murió, no iba a dejar de morir el marqués retratado en esta ficha. Era preciso participar la muerte a algunos parientes próximos, y el yerno, al redactar el telegrama, no pudo prescindir de su característica gracia. El telegrama decía lo siguiente: «Papá ha pasado a mejor vida. Nosotros también.»

¡CUATRO GOLPES!

Llegó a una de las principales provincias un gobernador civil jugador empedernido y hombre de escasa moralidad. Había sido llevado allí por un íntimo amigo suyo, con solemne promesa de que «se portaría bien.» Por añadidura, era muy amigo de casi todos los diputados de la provincia y estaba tan cohibido, que en tres o cuatro meses fué un funcionario modelo.

Nuestro hombre andaba muy mal de dinero, y no sabía cómo hacer unas pesetas. Un día, al ver entrar en su despacho a un personaje de la localidad, del

cual sabía que muy en reserva llevaba parte en el negocio del juego del Casino, tuvo una idea luminosa. Se lamentó de no poder jugar por su cargo, y añadió que por jugar daría cualquier cosa. «Cada día —decía— tengo una corazonada, y sufro de un modo indecible cuando me dicen que acierto. Hoy —terminó diciendo— me dice el corazón que en la primera baraja se van a dar cuatro negros de salida.»

El banquero oía y callaba. Al despedirse le dió el Gobernador quinientas pesetas y le dijo: «Hágame usted el favor de jugarlas por mí. Ya sabe usted. Cuatro golpes a negro, y de salida, en la primera baraja.

Comprendió el «atracado» la maniobra, y a eso de las tres y media estaba en el Gobierno Civil con ocho mil pesetas. El Gobernador exclamó: «¿Vé usted cómo no me engañaba el corazón?»

UN TRUCO PERIODISTICO

En uno de los viajes que hizo a Madrid, siendo gobernador de Barcelona, el general Martínez Anido, fué al Congreso a saludar al presidente de la Cámara, que era a la sazón el Sr. Sánchez Guerra.

Abandonó éste su sitial, que ocupó el vicepresidente, Sr. Bullón, y se encerró en su despacho con el general visitante.

Eran los tiempos del mayor incremento del sindicalismo, y el general Martínez Anido la figura del día, y pronto, el pasillo que conducía al despacho presidencial, se llenó de periodistas, ávidos de conocer la escásima referencia que a su visita hiciera el general a la salida, Pero la entrevista se prolongaba tanto, que se corría el peligro de que la noticia no alcanzara a los periódicos de la tarde ni a las ediciones de provincias de los periódicos de la mañana.

En ese apuro, recurrieron los periodistas a un

compañero que tenía asiento en la Cámara, al batallador y ágil Indalecio Prieto, para que produjera un alboroto en el salón, único medio de que el vicepresidente reclamara la presencia de Sr. Sánchez Guerra, con lo que la entrevista había de terminarse.

Y pensado y hecho. Penetró el periodista diputado en el salón; se dió cuenta de una casual, pero extraordinaria asistencia a la tribuna pública de individuos pertenecientes a determinada colectividad, y de este hecho tomó pie para armar un escándalo de atorradoras proporciones. Trató de cortarlo el vicepresidente. Su falta de costumbre y su especial manera de ser, agriaron el incidente y hubo, como estaba previsto, que recurrir a la autoridad del Sr. Sánchez Guerra.

Llegar éste y aquietarse el diputado promovedor del alboroto, fué todo uno. El presidente pudo envanececerse del efecto que producía con sólo su presencia; pero ahora le vamos a dar el disgusto de descubrirle la verdad. No fué su presencia: fué que su presencia descubrió a Prieto que ya sus compañeros tenían en su poder, arrinconado en un pasillo, al gobernador de Barcelona.

UN BUEN PADRE

Un andaluz castizo llegó a la plaza de toros, a mitad de una corrida, con un hijo suyo de cinco años.

Estaba el tercer toro en el ruedo. Habían matado cuatro caballos y ya iban a banderillearle.

El sevillano, después de promover un gran escándalo en el tendido por querer sentarse en su puesto pasando por encima de todos los espectadores que encontraba al páso, comenzó a decir, excitadísimo:

—¡Que fogueen a eze toro! ¡Que lo fogueen, zeñó presidente! ¡Hay que foguearlo!

—¿Pero cómo quiere usted que lo fogueen—excla-

mó un caballero en cuya espalda se hundían las rodillas del andaluz—, si ha matado cuatro caballos?

El andaluz se sonrió y, ya más sereno, replicó:

—¡Zeñó! ¡Pa que lo vea mi chico!...

¡LOS ZAPATEROS SIN REY!

Florentino Moreno Godinez era conocido por Floro Moro Godo, y tuvo durante varios años fama de ingenioso. Era ocurrente y de muy mala intención. Su característica era la persistencia en el odio, y cuando alguien se le ponía entre ceja y ceja lo hacía víctima de sus ironías.

Uno de los hombres que le eran más antipáticos era D. Manuel Catalina, empresario a la sazón del Teatro Jovellanos, como entonces se llamaba al Teatro de la Zarzuela. La temporada había sido mala, casi tanto como la del Teatro del Príncipe, en donde estuvo sin trabajar Romea casi todo el invierno y se pelearon, además, la Berrobiano, la Espejo y la Palma.

Catalina contrató a Mata, y Floro Moro Godo se entretuvo en decir que debutaría con «Quiero y no puedo», obra a la sazón muy en boga; pero no de su repertorio. No fué así, y se representó «El zapatero y el Rey».

Floro dedicó unas líneas a la representación, que decían: «En vez de representar «Quiero y no puedo», en la cual estarían admirables todos, han intentado representar «El zapatero y el Rey»; pero los espectadores decían que debía estar equivocado el cartel y ser «Los zapateros sin Rey», pues allí no vieron a ningún Rey y sí a muchos remendones.»

LAS MATEMATICAS DE GONZALITO

Gonzalito era un famoso banderillero de toros sevillano, prototipo de la agudeza y el ingenio andaluz.

Una tarde, en que por hallarse el famoso torero Reverte herido, acompañábale en el hotel donde se hospedaba en Madrid algunos de sus amigos íntimos, entró Gonzalito al saloncillo en que estaban los contertulios, precisamente cuando se disponían a jugar una partida de «golfo» algunos de ellos.

—Oye, ha er favó de traerme der armario diez duros que tengo en plata allí—le dijo el matador.

Y el solícito banderillero salió a recoger el dinero. Debió ser una fatalidad, cosa de brujería, algo de misteriosa fuerza magnética, quizá, quizá exceso de la práctica «en poner banderillas»; el caso es que al entregar a Reverte la cantidad pedida quedó olvidado un duro en el bolsillo del banderillero.

—Oye, Gonzalo—dijo Reverte, contando las monedas—; aquí no hay más que nueve duros y yo tenía allí diez. ¿Te has quedao tú con un duro?

—Ya lo creo—contestó, notando la equivocación y sin querer rectificar no lo atribuyese la reunión a malas artes.

—Pues dámelo.

—¿Qué dices? Entonces, tú no sabes Aritmética.

—¿Y qué tiene que ver eso con el duro?

—Pues ya lo creo; la Aritmética dice que de diez siempre me lleve uno.

RECUERDOS DE VIAJE

Un ilustre periodista, hombre de gran imaginación y muy aficionado a proezas fantásticas, hablaba cierto día en su «peña» de amigos sobre los grandes viajes a realizar.

Era en tiempos en que el escritor, que aún no había conquistado la posición social que luego sus talentos escalaran, vivía esa vida bohemia por que pasa todo el muchacho que sin otro patrimonio que su ingenio, llega a Madrid a conquistar la fama.

Aquella noche hacía un frío de algunos grados bajo cero, y el periodista había llegado a la tertulia sin gabán.

—¡Buen tiempo para ir a dar una vueltecita por Egipto!—dijo uno de los contertulios.

—Pues no hay más que proponérselo—arguyó el literato.

—¡Hombre, así tan de repente...! Habrá que preparar el equipaje.

—Yo nunca viajo con equipaje: es muy incómodo; no llevo más que calcetines y camisas. Una vez en que tuve que ir a Nueva York me compré en casa de un camisero dos docenas de calcetines de seis duros el par. Los metí en el maletín de cuero, y en el vapor todos los días al levantarme tiraba por la mirilla al mar los calcetines sucios.

Y uno de los oyentes exclamó, compungido:

—¡Me has fastidiado, amigo! Desde hoy no como más merluza, que era el único pescado que me gustaba.

PARA ACABAR UNA PERMANENTE

Para acabar la discusión de unos presupuestos, próximo ya el 31 de Diciembre del año 1907, el Gobierno Maura, que ocupaba el Poder, tuvo que apelar a la sesión permanente en el Senado. Eran las cuatro de la madrugada y se estaba en la discusión del presupuesto de Instrucción Pública. Un senador reclamó la presencia del titular de esa Cartera, que desempeñaba el Sr. Rodríguez San Pedro, el cual desde primera hora de la noche se había retirado a descansar.

Los ministros que ocupaban el banco azul intervinieron en el debate para dar tiempo a que llegase el Sr. Rodríguez San Pedro, a quien se fué a buscar a toda prisa.

Llegó D. Faustino a la Alta Cámara, y al comenzar a hablar para contestar al senador que había reclamado su presencia en el Senado, dijo:

—Es de tal importancia el problema de la enseñanza en España, que vengo dispuesto a discutirlo con todo detenimiento.

Como D. Faustino, aunque buen orador, tenía fama de pesado, bastó el anuncio para que en la Alta Cámara se oyeran voces de «¡No! ¡No!», y la sesión, que amenazaba ser larga, concluyese sin que nadie se atreviera a discutir más,

EL SUEÑO DE ROMERO ROBLEDO

El sagaz político antequerano se hallaba una tarde en los pasillos del Congreso refiriéndoles a unos amigos suyos un sueño que había tenido.

«Figúrense ustés que zofné que nos habíamos muerto juntos un día de sesión Pepe Luis Albareda y yo, y que como la causa de nuestra muerte había sido un discurso de Rodríguez Sanpedro íbamos derechos pa el cielo. Allí San Pedro, antes de entrar y como penitencia, ordenó que nos metieran a los dos en dos barricas: a mí en una de estiércol y a Albareda en una de miel.

Pos zeñó—decía Romero Robledo—, yo estaba un poquito indignao, porque decía: «Pero zi yo he sio allá abajo menos pirandón y más formal que ese sombrón de Pepe Luis!... ¿Por qué esta diferencia?»

Y cuando estaba en esto va un angelote, nos saca de las barricas y, poniéndonos a uno frente a otro, dice con tono imperativo: «¡A lamerse!»

La campanilla presidencial! tuvo que cortar las carcajadas que en los pasillos retumbaron.

LOGICA APLASTANTE

El famosísimo letrado valenciano D. Federico Tormo, hombre ocurrente y de un talento natural extraordinario, defendía en cierta ocasión a un conocido individuo, tumbón y holgazán a más no poder, a quien se le había procesado por tomar parte en un mitin societario pidiendo la jornada de ocho horas.

Y como argumento principal de su defensa exclamaba el Sr. Tormo con voz cálida, dirigiéndose a los jurados:

—Yo estimo, señores, que es un contrasentido que un hombre como mi defendido, que no ha tenido a bien trabajar nunca, se vea ahora en ese banquillo por pedir ocho horas de trabajo...

Y efectivamente: los jurados, comprendiéndolo así, absolvieron a aquella «fiera para el descanso».

LA VANIDAD DE UN GRAN HOMBRE

El actor italiano Cola mostró deseos de ser presentado a Fernández y González. Y fué su compañero Sánchez de León quien satisfizo su petición.

—Don Manuel—dijo—, tengo el gusto de presentarle al galán joven italiano señor Cola.

Y volviéndose a éste:

—El señor Fernández y González, novelista y poeta, autor de «El Cid», de «Men Rodríguez de Sanabria», de la oda «Lepanto», de...

Y el simpático sevillano le interrumpió:

—No se canse usted. ¡Si sabe quién soy! En Italia me conocen más que en España. ¿Verdad «Colilla»?

NO HAY QUE OLVIDAR LO INDISPENSABLE

En una población de Asturias residen actualmente un prócer y su hermano. Este es conocidísimo por su economía, rayana en la avaricia: vive a costa de su hermano, que le paga todas las cuentas y deudas que contrae, incluso los gastos de poca monta en establecimientos tales como cafés o sidrerías.

En una de éstas, y en determinada ocasión, el hermano del prócer invitó a un paisano, quien en varias ocasiones y en el transcurso del convite intentó pagar, siendo siempre atajado en su intento por el anfitrión, que le decía:

—No pagues, hombre, que esto es mío.

El dueño de la sidrería, ya harto de oirlo, una de las veces que repitió la frase intervino, diciendo:

—Mire, señor, si esto es suyo, no deje de pagar la luz y la contribución.

LA DEMOCRACIA

Fué D. José Canalejas a un viaje de propaganda política por Alicante, y en Alcoy dió una conferencia acerca de la democracia, cuyo tema desarrolló con la insuperable elocuencia característica en aquel excelso orador.

Al eminente parlamentario le acompañaban en su viaje varios correligionarios, que en el hotel donde se hospedaban comentaron la brillantez y elocuencia del discurso que Canalejas había pronunciado.

—Buena está la democracia—interrumpió a los comentaristas el diputado D. Manuel Uría—. A mí me han alojado en un desván y me dieron para dormir un fermentido catre. En cambio, D. José ha tenido la mejor

habitación de la casa y una magnífica cama. Está visto que la democracia termina a la hora de acostarse.

NOSOTROS SOMOS NOSOTROS

Es bien conocida la famosa frase de D. Antonio Maura: «Nosotros somos nosotros», que pronunció en un agitado debate en el Congreso para defender al partido conservador de los ataques de que era objeto por el entonces jefe de los liberales D. Segismundo Moret.

Pero no se recuerda en cambio la contestación dada al Sr. Maura por el Sr. Moret, quien en su réplica al discurso del jefe de los conservadores dijo:

—Vosotros sois vosotros: pero no sois mejores que nosotros.

LOS REYES CATOLICOS

Se examinaba un alumno de la reválida del grado de bachiller y presidía el Tribunal de Letras el catedrático Sr. Commelerán.

Este preguntó al alumno quienes fueron los Reyes Católicos.

El alumno, que hasta entonces había hecho buen exámen, quedó perplejo ante la pregunta, y el Sr. Commelerán, haciéndose cargo de que el azoramiento del muchacho le impedía la respuesta, le dijo:

—Ya sé que usted lo sabe; así es que dígalo. Recuerde que habrá oído hablar del lema famoso «Tanto monta, monta tanto», etc., etc.

—Sí, señor; sí lo sé—contestó el alumno.

—Bueno, pues dígalo. ¡Si hasta en su casa, su propia madre, le habrá hablado de ellos!

—Los Reyes Católicos.— Repuso, al fin, el alumno — fueron Melchor, Gaspar y Baltasar.

LOS BILLETES DE FAVOR

Como todos los artistas, y los «virtuosos» en particular, Paderewski recibía gran número de peticiones de billetes de favor para oír sus conciertos.

Muchos peticionarios lograron quebrantar la consigna que impedía la entrada de importunos en el alojamiento del ilustre pianista.

En cierta ocasión, la noche anterior a la señalada para un concierto, un individuo logró presentarse a Paderewski.

—Señor—le dijo—, deseo que me proporcione una localidad cualquiera para aplaudir a usted.

—Le aseguro—contestó Paderewski—que no tengo posibilidad de hallarle un sitio.

—Vaya: alguno tendrá usted.

—No me queda más que uno —replicó al fin exasperado Paderewski.— Ese sitio es el mío, ¿quiere usted ocuparlo!

COMO SE CUMPLEN LAS LEYES

Era presidente del Consejo de Ministros don Antonio Cánovas del Castillo y subsecretario de la Presidencia el conde de Esteban Collantes en ocasión que fueron a la inauguración de una importante obra en un pueblo de Castilla.

Para solemnizar dicha inauguración se celebraron varios festejos, y entre ellos una brillante función de fuegos artificiales, que el jefe del Gobierno, el subsecretario, el alcalde y las autoridades locales, presenciaron desde el balcón del Ayuntamiento.

Varias veces Cánovas hizo su característico signo de impaciencia, al pasar rozando casi por el balcón los cohetes que el pirotécnico disparaba. Al final de una fuente luminosa se oyó una explosión formidable.

—¿Qué es eso?—preguntó Cánovas.

—Eso—contestó el alcalde—lo hacen con una nuez de coco rellena de pólvora y dinamita.

—Pues es una barbaridad. Eso es una bomba y debería estar prohibido.

—¡Ah, y lo está!—repuso, muy convencido, el alcalde.

EL GOBIERNO Y LA POESIA

El ilustre Canalejas tenía distracciones tremendas. Discutía una tarde, en el Congreso, con Nocedal y le dijo:

—Y no son palabras mías. Aquí, en el bolsillo, tengo la carta a que aludía ayer su señoría. ¿Quiere su señoría que la lea? ¿Sí? ¿Dice que sí su señoría? Pues voy a complacerle ahora mismo, para que vea que en las elecciones de Tarragona la neutralidad del Gobierno ha sido absoluta.

Echó mano al bolsillo, sacó un papel, y con aquella arrogancia de gesto que era peculiar en él, enarcando las pobladas cejas, complaciéndose en la lectura, leyó de cabo a rabo, sin inmutarse, un soneto de Leopoldo Cano. «El clavel de mi ventana».

Una inmensa carcajada resonó en el hemiciclo. Canalejas, sin inmutarse, se volvió airado y, dando un puñetazo en el pupitre, gritó indignado:

—¿De qué os reís?... ¿Es una carcajada todo el premio que se os ocurre para un peregrino ingenio como éste?

—No les haga caso su señoría—interrumpió Nocedal—, que si no ha probado la neutralidad del Go-

bierno en Tarragona, las musas, en cambio, han quedado en muy buen lugar.

LOS ADJETIVOS

Un periodista novel ingresa en una redacción; y le encargan de hacer la crónica de sociedad. El director le da instrucciones:

—Ya sabe usted que en esta sección no se pueden escatimar los adjetivos. Las «bellísimas», los «distinguidos», las «encantadoras» y las «elegantes» vienen siempre a punto.

El redactor tomó buena nota de ello y volcó en sus primeras gacetillas todo el arsenal encomiástico de que disponía. Y ya al final, no encontrando vocablos apropiados para describir la cámara ardiente de una ilustre dama que había fallecido, escribió:

«Aparecía el elegante cadáver de la marquesa...»

PUDO SER UN GRAN MINISTRO DE MARINA

Al poco tiempo de comenzar su publicación la «Gaceta del Norte», de Bilbao, acudía todas las noches, con maravillosa puntualidad, el que en aquella época era corresponsal de «La Vanguardia» de Barcelona, a recoger la lista de los buques entrados y salidos durante el día.

Para redactar el telegrama sacaba siempre un gran cuaderno, hacía unas marcas misteriosas con un lápiz rojo, copiaba cuidadosamente lo marcado y daba al despacho proporciones desmesuradas.

Siempre que le preguntaban los redactores de la «Gaceta» por el cuaderno, respondía imperturbable:

—¡Es la clave!

Una noche entró demudado en la redacción. Le

habían dado el cese. Y arrojando el misterioso cuaderno sobre la mesa, exclamó:

¡Este tiene la culpa de todo!

Sencillamente. Suelen pagar los periódicos a los corresponsales el 50 por 100 del valor de las palabras telegrafiadas. Como la imaginación no puede desbordarse al telegrafiar a «La Vanguardia» ni a ningún periódico del mundo cosas tan poco sensacionales como: «Entró «Angelita» procedente Avilés, lastre», o «Salió «Capetown» Cardif, mineral», nuestro hombre se había construido para él solo... y para «La Vanguardia» una flota colosal, que manejaba gracias a su cuaderno con una habilidad prodigiosa.

Jamás entraron en el puerto de Bilbao tantos barcos griegos, rusos, ingleses y americanos como en los venturosos días en que telegrafiaba aquel corresponsal.

LAS OPINIONES SE DIVIDIERON

Los señores Cocat y Criado fueron dos autores dramáticos que, hace veinte o veinticinco años, lograron bastantes éxitos aunque, como es natural, también tuvieron que sufrir algunas veces las iras del público.

En cierta ocasión estrenaron una comedia cuyo fracaso fué ruidosísimo. Sin embargo, un crítico, amigo de ellos, al hacer la reseña de la obra, quiso aliviarles, y tras de explicar brevemente el asunto de aquella terminó las reseña:

«Al final, las opiniones se dividieron.»

—¿Cómo dice usted que se han dividido las opiniones—le preguntó el director del periódico al leer las cuartillas—, si la grita ha sido espantosa y unánime?

—¡Ay! ¡Perdone usted!—contestó el crítico, viéndose cogido—. Es que he olvidado una frase.

Y volviendo a coger las cuartillas añadió en el último renglón:

«Unos silbaban a Cocat y otros a Criado.»

LA ACRESIVIDAD DE GONZALEZ BRABO

González Brabo, hablando en una sesión de la Alta Cámara, dijo a un senador con quien discutía:

—Desengáñese su señoría. Si del cielo cayeran albardas, serían muy pocas las que dieran en tierra.

MARK TWAIN Y LA SOPA

El famoso humorista norteamericano Mark Twain, comía en casa de una familia muy rica... y muy exigente en cuanto se relacionaba con la etiqueta.

Al servirse la sopa, Twain, distraído, tomó la primera cucharada. El caldo estaba hirviendo, y el humorista, inconscientemente, devolvió el líquido al plato.

Entre los demás etiqueteros comensales se hizo un silencio enojoso, Mark Twain comprendió que estaba en ridículo, y se apresuró a decir, con una sonrisa maliciosa:

—Vean ustedes la diferencia que existe entre un hombre de talento y un imbécil... El imbécil se hubiese tragado la sopa.

Una carcajada general puso término a la difícil situación.

¿QUE QUIERE PRIM?

El general Narváez hacía política por un pueblo de la provincia de Alicante allá por el año 1852, en el que residía un zapatero admirador entusiasta del general

Prim, que traía soliviantados a los amigos del general Narváez.

Como en algunas elecciones el zapatero, que era además un fogoso orador, le había restado muchos votos, un día que se hallaba recorriendo aquel distrito el general llamó a su presencia al zapatero, y ofreciéndole un empleo para su hijo y una decidida protección para él logró atraérselo.

Desde entonces el acérrimo partidario de Prim, cerró su pico, y si en el casino del pueblo alguna vez hablaba era para elogiar las dotes de gran gobernante de Narváez.

Y cuando Prim, nombrado jefe de los progresistas años después, desencadenó aquella lucha política contra Narváez que registra la Historia, el zapatero clamaba todos los días, indignado:

—¿Pero que quiere Prim ahora?

LA HORA DE REEMPLAZAR AL MARIDO

La Duquesa de la Torre, que fué una de las mujeres más hermosas y más admiradas de su época, obsequiaba una noche con una comida en su palacio a varias personalidades, en ocasión de hallarse ausente de Madrid su esposo el Duque.

Figuraba entre los comensales D. Antonio Cánovas, y al ir a acomodarlos en torno a la mesa, la Duquesa tuvo con el insigne estadista una galantería.

—¿Quiere usted—le dijo señalándole el puesto que ocupaba habitualmente el Duque—reemplazar esta noche a mi marido?

Cánovas se afirmó los lentes, contempló a la Duquesa y replicó muy serio;

—¿Hasta qué hora?

UNA PRUEBA DE MODESTIA

Conocida es de todos la pintoresca e ingenua vanidad que caracterizaba a Fernández y González. Marcos Zapata le preguntó una vez.

¿Quién es mejor novelista, Cervantes o tú?

Y don Manuel replicó gravemente:

—¡Hombre, te diré!...

Pues aquel hombre alardeaba siempre de modestia. Y como en cierta ocasión en que él mismo afirmaba ser tan grande o más que Shakespeare y que Schiller, alguien le reprochaba que aún hablase de su humildad, Fernández y González replicó:

—¡Y lo soy! Pues si no fuera modesto, ¿estaría aquí con vosotros?...

LOS POBRECITOS TOROS

Una dama aragonesa que profesaba alta estima a Mariano de Cavia preguntó cierto día al ilustre escritor:

—¿Por qué bebe usted tanto, querido Cavia?

— Señora—replicó—, lo hago para recuperar fuerzas y energía.

—¿Para tener fuerza?... Pues ya ve usted los toros cuánta fuerza tienen, y sin embargo no beben licor.

—¿Está usted segura?

—Naturalmente; completamente segura. Puedo jurárselo, si es que lo desea.

—Pues señora..., ya conoce usted mi afición a los toros... Y sin embargo, desde hoy los compadezco con toda mi alma.

LA JUVENTUD QUE REVOLOTEA

Cuando Wenceslao Fernández Flórez era casi un chiquillo y su firma no había alcanzado, claro está, el merecido renombre de que hoy goza, fué presentado al gerente inspirador de un periódico gallego de piadoso y eclesiástico matiz, persona conspícua y hábil en donosos escarceos perifrásticos.

Dicho gerente, que hacía presuntuosa profesión de inaccesible, manifestó con aire abstraído:

—Wenceslao Fernández Florez... No me suena su nombre entre los de la floreciente juventud que revolotea...

—Es que yo, señor—interrumpió Fernández Flórez—, nunca he tenido la ventura y angélica ocasión de revolotear.

Y tranquilamente le volvió la espalda.

USTED ES MI PADRE

Un muchacho andaluz se presentó a Romero Robledo con la pretensión de que le diese un destino del Estado.

—Soy—dijo—sobrino de don Fulano.

Este don Fulano era un cacique al cual tenía interés en servir Romero Robledo, quien proporcionó al joven un destino en un ministerio.

Al cabo de pocos meses el aprovechado joven pidió a Romero Robledo ser ascendido, y por mediación de don Francisco obtuvo el deseado ascenso.

Pasó algún tiempo, y el cacique de marras se presentó en Madrid a don Francisco. Este le dió cuenta de cómo había servido a su sobrino. Pero entonces se descubrió el enredo, y don Francisco llamó al desaprensivo empleado.

—¡Me ha engañado usted!— le dijo, furioso—. ¡Usted no es sobrino de este señor!

—Es cierto—contestó—que ese no es mi tío. Pero usted, que me ha colocado, don Francisco..., ¡usted es mi padre!

LECHE AGUADA

La Rábita es un pueblecito de la costa granadina, cuyos habitantes se distinguen por su frescura y buen humor.

En cierta ocasión uno de éstos fué a Almería, y una mañana, muy temprano, se coló en un cafetín del puerto con propósito de tomar el desayuno.

—¿Solo?—interrogó el camarero, según costumbre, al tiempo de servirle la tintura que por café se suele dar en tales sitios.

—¡Sí, solo!—contestó el interpelado, añadiendo desdenosamente—: ¡En este cafetín la mitad de la leche es agua!

El dueño del establecimiento, que oyó estas palabras y que, dicho sea de paso, no debía haber sido educado en el Sacromonte, gritó con enojo desde el mostrador:

—¡La mitad, leche!

—¡Y la otra mitad, agua! ¡Lo que yo he dicho!—respondió tranquilamente el rabiteño, mientras desleía el azúcar en el vaso.

UNA INTERVENCION DE SALVATELLA

Meses atrás, cuando los regionalistas prepararon aquella artificiosa manifestación de Ayuntamientos en pro de la autonomía catalana, se produjo en los pasillos del Congreso una agria polémica entre varios di-

putados de la Liga y otros de distintas regiones, que reprochaban a sus interlocutores falta de españolismo. Poco faltó para que viniesen a las manos, y es casi seguro que ello habría sucedido al no dar la casualidad que pasase por allí Salvatella, quien con tono humorístico, declaró que en cuatro palabras podía probar que los catalanes eran más españoles que los otros.

— ¡A ver! ¡A ver! dijeron los oyentes, rodeándole con curiosidad.

— Pues muy sencillo — contestó Salvatella, mientras iniciaba prudentemente la retirada—; porque todos los españoles no son de Cataluña, mientras que todos los catalanes son de España,

El chiste fué abucheado a conciencia; pero la discusión no pasó adelante.

HOMBRE ES DON JUAN

El ilustre ex-ministro D. Juan de la Cierva ha recibido numerosas felicitaciones con motivo del éxito completo de la prueba en Inglaterra del autogiro de que es inventor su hijo D. Ricardo, notable ingeniero.

Todos cuantos visitan al Sr. Cierva le hablan del invento de su hijo, sabiendo que, como es natural, es lo que más puede halagar su vanidad de padre.

Uno de los visitantes, un joven y notable abogado al dar la enhorabuena al Sr. Cierva, le dijo:

— Oiga usted, D. Juan, ¿y no podría inventar su hijo alguna cosa para que no cayeran los Gobiernos?

— Si eso pudiera ser — contestó, muy convencido, el Sr. Cierva —, lo hubiera inventado yo.

EL PLATO DE PERDICES

Luis XIV sentó una vez a su mesa al famoso actor Dominique. El cómico tenía los ojos fijos en un plato

de perdices. Lo advirtió el Rey y le faltó tiempo para ordenar al oficial de servicio:

—Que le sirvan ese plato a Dominique.

—¡Gracias, Majestad!... ¿Con las perdices?

El Rey, que adivinó el pensamiento del actor, añadió, sin inmutarse:

—Sí; con perdices y todo.

El plato era de oro macizo.

RESTOS DE PASADOS ESPLENDORES

Un distinguido escritor, gran humorista y excelente «gourmet», comió hace días en un restaurante de lujo. Entre los trozos de langostinos en salsa mayonesa un largo pelo se desenvolvía vergonzosamente.

Irritado, llamó al mozo. Al verlo calvo como una bola de billar trocó su ira en conmiseración:

—¡Pobre! ¿Era el último que le quedaba? - exclamó enseñándole el cabello.

LA OPINION DE LA ZORRA

Se produjo en el partido liberal una disidencia de las que en él han sido siempre tan frecuentes, y el Rey llamó a consulta a algunos de los prohombres del partido para ver la manera de evitar una ruptura que hubiera sido en aquellos días una verdadera dificultad política.

Tocó el turno a don Eugenio Montero Ríos, que por gallego y por viejo tenía las conchas y las martin-galas que le hicieron célebre.

Expuesto por el Rey el motivo de la consulta y pedido el informe, don Eugenio dijo:

—¿Me permite V. M. que le cuente una fábula?

—¿Por qué no, don Eugenio? Seguramente será instructiva.

—Pues allá vá. «El león», rey de las selvas, se enamoró de la mona y se casó con ella contra el parecer de su Consejo, que estimaba que la alianza era desigual. Como realmente lo era, pronto le pesó al Monarca, y empezó a indicar la idea del divorcio, pretextando que la reina olía mal. Para apoyo de su propósito requirió el informe de su Consejo, y todos los animales que los formaban fueron llamados uno a uno a la real guarida.

Fué el primero el caballo, que con la nobleza propia de su raza, después de oler a la reina, declaró que no encontraba motivo para el divorcio porque la reina no apestaba, como decían.

Apenas dado su dictámen ya era éste conocido, porque estas noticias corren tanto en las reales cuevas como en los regios alcázares, y los partidarios del rey, que lo esperaban fuera, se lanzaron sobre él y a mordiscos, zarpazos, cornadas y coces, lo pusieron hecho una lástima.

Tocó su vez al burro, animal más dúctil, más hecho al palo, más adulator que por no malquistarse con el león, declaró que, en efecto, la mona exhalaba un tufillo bastante desagradable, que justificaba la decisión del rey.

Salió el burro, y los partidarios de la mona, que también los tenía porque dispensó favores y aún podía conceder más si conservaba su alta jerarquía, le esperaban, y con sus garras, astas y colmillos le hicieran sangrar su informe.

Pero llegó la zorra, que, enterada de lo acaecido a sus predecesores, pasó a presencia del Rey, escuchó lo que se quería de ella, se acercó a la reina, aspiró, y luego, muy suavemente, dijo al león: «Señor: tengo tal constipado que no puedo ser voto en este caso ni estoy en condiciones de emitir informe.»

LA IMPORTANCIA DE UN PUESTO

Un abogado del Estado, de Valladolid, dirigió una carta al entonces magistrado de lo Contencioso don José Bahamonde, vizconde de Matamala, quejándose de que siempre que iba a informar ante la Audiencia, el presidente, en vez de colocarle a la derecha, puesto preferente del fiscal, le ordenaba que se colocara a la izquierda del Tribunal.

Máxima autoridad y competencia en toda cuestión jurídica se le concedía al vizconde de Matamala entre la gente de toga, y a él acudió en demanda de un informe el abogado del Estado.

• El informe del vizconde de Matamala no se hizo esperar. Estaba contenido en ocho pliegos escritos a máquina, y en él volcó el magistrado toda su erudición en la materia, reconociendo desde luego el derecho del abogado del Estado a ocupar el sitio de preferencia, tras numerosos considerandos y resultandos, y terminaban los razonamientos con el siguiente consejo:

«No olvide usted que al Estado le interesa más ganar los pleitos si se sienta usted a la izquierda del Tribunal que perderlos si ocupa usted el puesto de preferencia.»

EL TOISON CELEBRE

El año 1847, poco después de declarada la mayoría de edad de la Reina Doña Isabel, ésta recibió un día en audiencia al joyero de Palacio para examinar algunos estuches.

Acompañaban a la Reina el entonces presidente del Consejo, D. Salustiano Olózaga; el general Castaños, el general Dulce y la camarera mayor de Pala-

cio; y Doña Isabel, siempre generosa, a todos obsequió con algunas alhajas.

Al descubrir el joyero un estuche en el que se contenían las insignias del Toisón de Oro, insignia que, como es sabido, lleva pendiente del collar un borrego, Olózaga la cogió en la mano y mostrándoselo a la Reina le dijo:

—Señora, éste es para mí, y muy agradecido. Sirvase Su Majestad condecorarme.

La Soberana, en efecto, le impuso allí mismo el preciado Toisón, concesión que publicó la «Gaceta» al día siguiente.

Corrió el tiempo, cambió la situación política de Olózaga, y un día éste, desde los bancos de la oposición, pronunciaba un discurso de tonos duros para juzgar a la Reina Doña Isabel.

En uno de los períodos más violentos pasaba el ilustre historiador de aquellos tiempos, D. Antonio Benavides, junto al banco azul, y D. Manuel Cortina le preguntó:

—¿Qué le parece a usted el discurso de don Saulustiano, compañero?

A lo que Benavides replicó secamente:

—Me parece que le pesa demasiado el borrego.

INGENIOSA DISCULPA

El eminente dramaturgo y laureado pintor Rusiñol, venía siendo objeto de constantes «sablazos» del autor catalán Alberto Llanas.

Un día Llanas, encontró en una de las vías más céntricas de Barcelona a Rusiñol y le pidió cinco duros.

Rusiñol en aquel momento no se mostró propicio a dar a Llanas dinero, y se negó terminantemente.

Pero a los pocos momentos en el bondadoso carácter del genial artista, se produjo una reacción y sin-

tió remordimientos por si fueran ciertas las calamidades y tribulaciones que le había descrito Llanas para justificar su petición de dinero.

En tal estado de ánimo se dirigió al domicilio de Llanas para darle los cinco duros que le había pedido; y al llegar a la casa del citado autor, encontró a éste sentado a la mesa y en situación de comenzar a comer un magnífico pavo asado.

No se alteró Llanas ante la presencia de Rusiñol, y señalando al pavo se disculpó, diciendo:

—Como estaba tan falto de recursos y no lo podía mantener, he tenido que sacrificarlo.

Rusiñol no pudo reprimir una carcajada ante la ingeniosa ocurrencia de Llanas.

EL FEMINISMO ESPAÑOL

Durante, la estancia de Ramón y Cajal en los Estados Unidos, allá por 1899, varias escritoras se esforzaron en arrancar declaraciones sobre el feminismo a la esposa del glorioso sabio. Llegó a tanto la insistencia, fueron tantas y tales las persecuciones de aquellas damas, que un día, acosado por una comisión de ellas, tuvo que explicar nuestro ilustre compatriota las causas de la negativa de su cónyuge.

—Por desdicha—dijo—, estamos tan atrasados en España, que las mujeres se contentan aún con ser femeninas, y no feministas. Y, según parece, eso les basta para su felicidad y la del hogar.

La lección fué entendida, y las preguntonas desistieron de sus importunidades.

PEOR QUE JUDAS

Fué Pérez Rubio un pintor que gozó de relativa fama hace unos cincuenta años. Días antes de la Re-

volución se hablaba mucho en los periódicos madrileños de pintura, por estarse celebrando una Exposición de Bellas Artes, a la cual concurrieron casi todos los pintores de aquella época.

Pérez Rubio presentó un cuadro titulado «Los remordimientos de Judas», y Luis Rivera, al hacer la crítica de varias obras, se limitó a decir, juzgando el cuadro de Pérez Rubio, que su autor era «peor que Judas».

Por la noche fué muy comentado el juicio crítico, y en la tertulia que tenían varios artistas en la chocolatería en Madrid de «Doña Mariquita» convencieron a Pérez Rubio de que debía enviar los padrinos a Luis Rivera.

El asunto no podía llegar a otra cosa que a un acta, y así sucedió. Luis Rivera declaró que en la frase no había ofensa, pues había querido decir que el autor del cuadro era peor que Judas, por haber tenido remordimientos el Apóstol después de vender a su Maestro y no haberlos tenido el pintor después de pintar el cuadro.

TAL PARA CUAL

El célebre pintor Meissonier y el no menos célebre médico Charcot, ambos gloria que fueron de la nación francesa, residían un verano en quintas cercanas, algo distantes de París.

Meissonier tenía un perrito a quien profesaba gran cariño, y una noche el pequeño can fué aquejado de un mal convulsivo que amenazaba su preciosa existencia.

En pleno campo era difícil recabar el auxilio de profesor veterinario; pero, no obstante ello, el afligido dueño del perrito destacó a un rústico criado en busca de persona que fuese práctica en enfermedades de esta

clase de pacientes, presentándose al poco rato el referido criado acompañado del eminente Charcot.

Este, que no conocía personalmente a Meissonier, aunque sí por su fama, creía que éste era el paciente, quedando sorprendido al conocer la condición del que sufría el mal; pero al ver el pesar del célebre pintor y por lo anómalo del caso, prestó al perro los auxilios requeridos, que llevaron a éste la salud y la tranquilidad y la alegría a su dueño.

Al día siguiente, el célebre pintor recibía una carta de Charcot en la que éste le manifestaba que, precisando pintar una de las puertas de la casa que habitaba, le rogaba hiciese este trabajo.

Y allá fué inmediatamente Meissonier con pinceles y paletas a estampar en la puerta, a título de agradecido y en compensación, una verdadera obra maestra, que seguramente conservará y mostrará con orgullo el hijo de Charcot, también célebre médico y atrevido explorador polar.

NO HA SIDO DEL AGRADO DEL AUTOR

Se estrenaba en San Sebastián, en el teatro Victoria Eugenia, una obra de Luis Antón del Olmet, titulada «El Capitán sin alma», Antón del Olmet confiaba en su éxito y, horas antes de su estreno, cuando terminaba el ensayo general, decía a sus amigos:

—Creo que ha de gustar. En San Sebastián hay un público excelente y no faltarán aplausos para mi comedia.

Estaba, en efecto, el teatro lleno. Corría uno de los meses más propicios para la invasión de los veraneantes en San Sebastián y además, la obra venía precedida de ditirámicos elogios.

Pero, contra las esperanzas de Antón, la obra no gustó. A las primeras escenas se hicieron ya desmos-

traciones de impaciencia que fueron en aumento. Y, finalmente, la comedia se fué al foso de una manera lamentable.

Una hora más tarde se hallaban, en la terraza del Casino, Sinesio Delgado, Martínez Sierra y Catalina Bárcena. Un amigo se acercó al grupo y preguntó:

—¿Qué tal ha estado el estreno de «El Capitán sin alma?»

Y Martínez Sierra, que era el empresario de la compañía, se apresuró a responder:

—El público no ha sido del agrado del autor.

¡PIDO LA PALABRA!

Caduco ya el venerable ex-ministro D. Alejandro Groizard, fué sin embargo nombrado presidente de la Alta Cámara. Con los años le acompañaba la amnesia, y precisado a hacer la necrología de los senadores fallecidos durante el interregno parlamentario, comenzó su fúnebre peroración con los titubeos propios de su falta de memoria. Pero llegó un momento en que la vacilación proseguía, y el auditorio, hecho cargo de la «situación», aguardaba impaciente la salida de aquel minuto de silencio y de angustia...

El Sr. Groizard, olvidado sin duda de la tarea que tenía a su cargo, exclamó desde el sillón presidencial:

—¡Pido la palabra!

Y allí acabó, jocosamente, la reseña de los méritos de los difuntos.

NO LO LLEVAS, LO ARRASTRAS

El estreno de «El nudo gordiano» había sido un éxito clamoroso. Don Eugenio Sellés había sido aclamado en todos los actos, y aquella frase en que el pro-

tagonista corrige a su mujer—cuando le dice ella que lleva con orgullo su apellido—, advirtiéndole: «No lo llevas, lo arrastras», había producido un alboroto.

En el saloncillo del «Español» todo eran enhorabuenas.

—¡Qué frases!

—¡Qué conceptos!

—Sellés salió a la calle con algunos amigos, entre ellos el poeta Marcos Zapata, tan intencionado y mordaz en sus frases como cariñoso y fiel en sus afectos.

Era una noche de crudo invierno madrileño, y la figura menuda del autor triunfante, iba envuelta en un amplio gabán que le llegaba hasta el suelo.

Marcos Zapata, que marchaba algo detrás de él, le gritó señalando al gabán:

—¡Eugenio, no lo llevas: lo arrastras!

Y los amigos rompieron a aplaudir con tanta fuerza como si hubiese seguido todavía el drama de Sellés.

EN EL PROTOCOLO NO ENTRAN MOSCAS

Eduardo VII era de una gran severidad protocolaria, aún en el trato más íntimo y familiar. Diariamente almorzaba y comía con la Reina y con sus hijos y nietos, a quienes trataba sin ningún estiramiento, pero con una inquebrantable severidad de formas. Cierta día, estando la Familia Real en el almuerzo,—el Rey inició la narración de un recuerdo, cuando de pronto uno de los nietos exclamó:

--¡Oh, abuelito!

—¿Qué significa eso, señor mío?—preguntó el Monarca, frunciendo el ceño—. ¿Desde cuándo se permiten los niños hablar en la mesa sin que nadie les dirija una pregunta?

El pequeño Príncipe bajó la cabeza, enrojecido, y

Eduardo VII prosiguió su narración. Cuando la hubo terminado su mirada se encontró con la del nieto, que tenía los ojos bañados de lágrimas. Y entonces, afectado por aquel dolor mudo y sincero, le dijo:

—Vamos, no llores más. Otra vez no hagas eso. ¿Qué es lo que te proponías decirme hace un instante? Entonces el niño estalló en sollozos.

Ya es tarde... abuelito... Lo que quería decirle era que en su ensalada había caído una mosca... Pero... ¡ya se la ha comido usted!

EL TINTERILLO ES USTED

Sabido es que la condesa de Pardo Bazán tenía una letra imposible. Sus cuartillas, después de las correcciones que ella hacía, eran verdaderamente ininteligibles.

Se ignora porqué razones, la condesa estaba agraviada con el ilustre Unamuno, y escribió que el rector de Salamanca era solo un «chupatintas».

Al corrector de «A. B. C.» donde publicaba el artículo, le pareció un poco dura la frase y la sustituyó por la de «tinterillo».

La condesa, al verlo, se molestó mucho; fué a la redacción del diario, y haciendo que llamaran a su presencia al corrector, le interrogó por las razones que había tenido para sustituir el calificativo de «chupatintas» por el de «tinterillo». El corrector solo supo defenderse diciendo que le había parecido más suave y bello el adjetivo, y que lo cambió por que el sentido era igual.

—¡Qué ha de ser igual!—gritó indignada, la condesa. Hay clases en todo. Chupatintas es Unamuno. Y tinterillo lo es usted.

Desde entonces, aquel corrector no volvió a encomendar la plana a nadie.

EN EL HUESO

En el antiguo Café de Fornos se reunía diariamente una peña de literatos y periodistas a la que acudían Joaquín Dicenta, Antonio Palomero, Luis Bello, Valle Inclán y muchos jóvenes de entonces que hoy en día son gala y prestigio de las letras españolas.

Entre los contertulios figuraba un gramático, prototipo del erudito y del retórico, lleno de intransigencias y lugares comunes, al que los jóvenes e inquietos amigos, procuraban exasperar llevándole siempre la contraria.

Una noche se hablaba del empleo de la «h».

—Como es una letra muerta se la puede poner en cualquier parte sin que moleste—comentaba riendo Joaquín Dicenta.

—Precisamente la «h» es la piedra de toque de la ortografía—decía el retórico.

—Mire usted—respondía Dicenta—, yo hasta me locotón lo escribo con «h».

—¿Y dónde le coloca usted la «h», so ignorante? Y Dicenta, mirando con mal contenida risa a su interlocutor, le dijo:

—¡En el hueso, señor!

Y el gramático no apareció más por la tertulia.

EL FINAL DE UN DRAMA

Se estrenaba en el teatro Romea—por la compañía de «Gran Guignol» que dirigía Gómez de la Vega—uno de esos dramas patológicos en que el primer actor fallece en la escena final después de espantosas contorsiones y, casi siempre, en un sillón frailuno.

La obra iba bien, interesando al público, que seguía, emocionado, las incidencias truculentas del dra-

ma. Pero en la última escena, cuando Gómez de la Vega se debatía en las convulsiones agónicas, un pequeño espectador empezó a llorar con verdadero desconsuelo.

Y un espectador de butacas gritó entonces:

—¡Cállate, que hay enfermo!...

El drama terminó allí con una estruendosa carcajada.

¡MAÑANA SALE!

El viejecito e ilustre D. José Jackson Veyán, saladísimo autor cómico, tomó un día un tranvía en una cabeza de línea y se sentó pacientemente.

Llevaba allí él y los demás viajeros más de una hora esperando, sin que arrancase el tranvía, cuando se acercó a la plataforma del coche un vendedor de décimos y gritó:

—¡Mañana sale!

Don José Jackson Veyán, que le oyó, levantóse y dijo:

—¿Mañana? Pues me voy—y se apeó más que de prisa.

Los viajeros se están todavía riendo.

UN CAMBIO DE RETRATOS

Un prócer español de gran fortuna y mayor esplendor, el marqués de Campo Sagrado, fué enviado por el Gobierno de la Restauración como embajador a Rusia. En la Corte del Zar, entre las magnificencias eslavas, quiso el embajador hacer resaltar las españolas, y agotó la copiosa hacienda familiar en fiestas y en sa-raos que hacían honor al alto cargo con que representaba a España.

Ya en sus últimos esplendores, cuando su patrimonio se hallaba en trance muy difícil, envió a uno de sus hermanos un retrato en el que aparecía lleno de pieles y de joyas magníficas en su palacio petersburgués. En la dedicatoria le decía: «Para que veas cómo andamos por aquí.»

Y el hermano, agobiado por las deudas que el espléndido embajador había echado sobre la hacienda familiar, le contestó con otro retrato suyo en el que aparecía desnudo y en cuyo pie había escrito esta dedicatoria:

«Para que veas cómo nos has dejado por aquí...».

DIOS EN EL GALLINERO

Hace años el célebre actor Morales, al frente de una mediana compañía, realizó una «tournée» por España, «cayendo» en Madrid cuando la temporada estaba ya muy avanzada, y anunció en el antiguo teatro del Príncipe Alfonso la representación de varios dramas, clásicos unos, truculentos otros, muy medianamente interpretados.

A consecuencia del constante trabajo, Morales estaba completamente ronco, y en estas circunstancias anunció la representación de «Don Juan Tenorio».

El teatro citado tenía enormes dimensiones, y como a duras penas el público pudo oír al protagonista, durante toda la representación no cesó en sus protestas.

—¡Más alto!

—¡Que no se oye!

El actor esforzábese cuanto podía por que su voz llegase a todos los espectadores, y al llegar a la célebre escena en la que mata al Comendador, comenzó la frase:

—Llamé al cielo y no me oyó...

No pudo continuar, porque un espectador de la galería exclamó:

—¡Estaría en el gallinero!

¡NI UNA CERILLA!

En un pueblo andaluz hay cerca del casino una iglesia que tiene en una hornacina de su pórtico una imagen de San Rafael. Uno de los socios del casino, tan aficionado al juego como al vino, y hombre cínico y descreído, tuvo cierto día una discusión con otro socio sobre temas de religión, y quedó casi convencido de los milagros de la fé.

Al día siguiente, y cuando el socio iba hacia el casino ya después de haber apurado algunas copas de solera, al pasar frente a la iglesia se acordó de los consejos de su amigo.

—San Rafael—dijo, encarándose con el santo de piedra,—si gano hoy te compro un cirio «asín»— y elevó su brazo al cielo como si quisiera llegar a la torre.

Entró nuestro hombre en el casino, jugó y perdió.

Al salir se acordó de su fallida petición, y dirigiéndose nuevamente al santo exclamó a grito herido:

—¡Cómo sabías, so guasón, que no te iba a traer ni una cerilla!

TARTAMUDO PARLAMENTARIO

Siendo diputado a Cortes el popular Carreño, que, como es sabido, era tartamudo, procuraba, con su clara inteligencia, hablar las menos veces posible, no sólo por las dificultades que encontraba, sino por temor al ridículo.

Vióse durante una discusión bastante viva aludido tan directamente, que no tuvo más remedio que intervenir.

—Pi . . pi...pido la pa... labra —dijo, tartamudeando tal vez más que nunca; y al ver que su petición era acogida con algunas carcajadas, exclamó, en un arranque de su prodigioso ingenio:

—Se... se... flores: me extraña mu... mucho que en un Con... greso donde hay tantos diputados mudos se reían de oír a un pobre tartamudo.

UN BUEN CONSEJO

Don Juan Gutiérrez de Tovar, periodista andaluz que trabajó mucho en Madrid y al que no se recuerda todo lo que merece su ingenio, visitó un día a cierto amigo suyo, poeta de la clase de «quejumbrosos», y le sorprendió en el momento en que el tal comenzaba a escribir una composición titulada «El mendigo».

Durante la visita tuvo que salir el poeta, requerido por un recado urgente, y don Juan, solo en el despacho, se acercó a ver lo que había escrito su amigo. Era un solo verso, que decía así:

Tengo hambre, tengo sed y tengo frío.

Gutiérrez de Tovar se apresuró a completar un pareado escribiendo en la cuartilla el siguiente bonísimo consejo:

Come, bebe y arrópate, hijo mío.

Y se marchó a la calle sin esperar al poeta.

EL VIOLIN DE SARASATE

Cuando Silvela fué llamado al Poder por vez primera, D. Eduardo Dato le convenció de la conveniencia de nombrar ministro a D. Rafael Gasset, y para hacerle un hueco fué dividido en dos el Ministerio de Fomento, ocupando la poltrona de Instrucción Públi-

ca el Sr. García Alix y la de Agricultura el director de «El Imparcial», iniciador de la política hidráulica.

Al poco tiempo se desarrollaron aquellos famosos incidentes relacionados con el llamado «Empréstito de Villaverde», y «El Imparcial» publicó un violentísimo y famoso artículo, titulado «La orgía del agio». En aquella época equivalía un artículo de «El Imparcial» a una votación en el Congreso, y Villaverde sufrió tan gran disgusto al leer el artículo, que en cuanto lo leyó fué a ver a Silvela, ante el cual se quejó amargamente. No comprendía Villaverde cómo el periódico del ministro de Agricultura maltrataba de tal modo al Gobierno, y más especialmente a él. En sus lamentaciones llegó a términos de gran violencia, y Silvela, que jamás se alteraba, le contó un cuento: «Un prócer—dijo—invitó a Sarasate a una fiesta que pensaba celebrar en su palacio, y durante una semana hizo el reclamo de la fiesta hablando de Sarasate. Todos los invitados esperaban la llegada del gran violinista con impaciencia sin igual. Sarasate llegó; pero sin violín.»

Y añadió Silvela: «Pues eso nos ha pasado, querido Raimundo. Hemos traído a Rafaelito; pero se ha dejado «El Imparcial» en su casa »

UN MODELO

Hablaba el ilustre D. Francisco Silvela de una aristocrática dama, ligera y fácil, y decía:

Como mujer, no es un modelo: pero lo sería como hombre y diputado ministerial. Siempre tiene el sí en los labios.

DESEANDO SERVIRLE

Don Salvador María Granés se hallaba convaleciendo de una grave bronconeumonía, que le había retenido bastantes días en el lecho, con la desesperación que

era de suponer en hombre tan aficionado al ambiente callejero.

Aquel día, primero de su salida, fué a su tertulia de café tan débil y deprimido, que se sentía morir.

—¡Caramba, D. Salvador, mala cara se le ha quedado después del arrechuchol—le dijo uno de sus amigos.

Peor la tiene usted, porque yo la tengo de presunto difunto y la tendré dentro de media hora, en que esfiraré los remos, de difunto absoluto; pero usted la tiene de asesino y así la lleva usted toda su vida—le respondió el ático escritor, que tenía un carácter irascible.

Rieron la respuesta los amigos, Granés desfogó su mal humor, exacerbado por la cruel dolencia, y cuando se fué a marchar, un señor que se hallaba en la mesa de al lado se le acercó, solícito y risueño:

Don Salvador, me alegro verle; me han dicho que ha estado usted muy malo. Si necesita algo de mí, avíseme; ya sabe que estoy deseando servirle.

—Pues sirva usted a los suyos, que yo no necesito para nada sus servicios, ¡so lechuzal!

Y al advertirle los amigos que era incorrecto lo que había hecho, gritaba don Salvador:

—Pero, ¿ustedes no saben que ese tío tiene una funeraria?

ALFONSO XII Y PIO IX

Restablecida en el Trono la dinastía, acababa de llegar a Madrid y de instalarse en el Palacio de Oriente, aquel Rey tan español y tan simpático que fué don Alfonso XII.

No conocía D. Alfonso Madrid, y para conocerlo le gustaba salir anochecido, internándose en los barrios bajos. Le acompañaba, sirviéndole de guía, el duque del Sexto. Ni un policía, ni un amigo más.

Cierta noche se vió separado del duque del Sexto al que no pudo ya encontrar, y decidió volver solo a Palacio. Pero como desconocía el barrio, tuvo que acudir para orientarse al primer transeunte que encontró, y que se brindó a acompañarle.

Don Alfonso sacó su pitillera, ofreció un cigarrillo al desconocido y los dos, fumando y charlando como dos camaradas, siguieron su camino.

Al llegar a la plaza de la Armería, D. Alfonso, en quien el otro no había reconocido al Rey, dijo:

—Muy agradecido, y a la recíproca. Me tiene usted para todo a sus órdenes: Alfonso XII, en el Palacio Real.

El desconocido se le quedó mirando. Creyó que se trataba de un bromista, y para devolverle la broma, al estrecharle la mano, respondió:

—Pues yo también a sus órdenes: Pío IX, en el Vaticano.

¡POR SI NO NOS VOLVIERAMOS A VER!

En uno de los principales restoranes del Madrid de hace cuarenta años, cenaban una noche Julián Romea y Ventura de la Vega.

El camarero que les había tocado en suerte, tardó en servirles el primer plato cerca de media hora, y al traer el segundo llevaban allí los dos comensales muy cerca de dos horas.

Al retirarse el camarero para ir a recoger los otros platos, Julián Romea le llamó:

—Ven aquí, amigo mío; no te vayas tan pronto—y llegándose a él con gesto dolorido y emocionado, le abrazó mientras exclamaba sollozante:—¡Adiós! ¡Adiós!

—Pero, ¿qué haces?—le preguntó Ventura de la Vega.

Y Romea, muy serio, le respondió en el acto:

— Me he despedido de él por si no le volvemos a ver más.

EL ENTIERRO

Tenía que torear en La Línea en cierta ocasión Rafael «el Gallo», y deseando una casa limpia en que poder dormir tranquilo antes de la corrida, se alojó en una que un compadre suyo de Sevilla le recomendara.

— Aquí, otra cosa no encontrará «usté»; pero lo que es «limpíasa»... —le decía, su patrón, mientras le mostraba la alcoba.

Rafael, en tanto, levantó el embozo de la cama, y lo primero que descubrió sobre la albura de las sábanas fué el cadáver de una espléndida chinche.

— Ya ve «usted» —continuó impertérrito el posadero—; «na» más que una, y está muerta.

Resignóse «el Gallo», se acostó, y, apenas amaneció, su cariñoso amigo fué a saludarle, preguntándole:

— ¿Qué?... ¿Qué tal se ha «pasao» la noche?...

— Pues «miste» —repuso Rafael —: la chinche muerta no me ha «picao». ¡Pero, chavó, las que han «venfo» al entierro me han puesto negrol...

PETICIONES ESCALONADAS

Una Comisión de un pueblecito de la isla de Tenerife, abandonado a su mezquina suerte, visitó al ministro de Gracia y Justicia, Sr. Ponte, durante su reciente permanencia en Canarias, haciéndole entrega de una instancia en la cual, ingenuamente, hablan ido escribiendo todas sus necesidades y exponiendo sus legítimas aspiraciones. El ministro vió con asombro que eran las siguientes:

Primera. Un médico.

Segunda. Un farmacéutico con farmacia.

Tercera. Ampliación del cementerío...